

María Luisa Bombal

OBRAS COMPLETAS

TOMO 1

La última niebla
La historia de María Griselda
Las islas nuevas... y otros escritos

NOVELA | VOLUMEN DOBLE



Lectulandia



Este primer tomo incluye novelas, cuentos y otros escritos nunca antes publicados en un solo libro. Y una introducción con un esclarecedor estudio sobre la vida y obra de María Luisa Bombal.

Lectulandia

María Luisa Bombal

Obras completas, Tomo 1

ePub r1.0
Titivillus 04.11.17

María Luisa Bombal, 2005
Compilador: Lucía Guerra Torres

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

En los diversos y prolíferos cauces de la narrativa latinoamericana, la actividad creativa de María Luisa Bombal corre a la par de la producción literaria de Juan Rulfo. En el caso de ambos escritores, una primera novela de muy breve extensión (*La última niebla*, *Pedro Páramo*) produce un quiebre en los formatos tradicionales, abriendo los umbrales de una nueva escritura que revoluciona el género novelístico. Y, en un acto de traición a las expectativas del público y de la crítica, a esta primera novela le sigue una obra escueta, de poco más de cien páginas, que mantiene su impronta renovadora. Bombal y Rulfo son, en nuestra literatura, destellos que se entrecruzan en un territorio aún por analizar. El escritor mexicano señalaba a José Bianco que *La amortajada* era una novela que lo había impresionado profundamente en su juventud^[1] e, indudablemente, no obstante el importe folclórico y político atribuido a la muerte en *Pedro Páramo*, la noción de los personajes muertos y aún rondando por la vida son un eco intertextual de la novela de María Luisa Bombal. Entrecruzamientos y resonancias que también se engendran en el silencio, ya que, después de un período no mayor de una década, ambos dejaron de publicar y, durante años, se limitaron a anunciar títulos o proyectos de nuevos textos que nunca entregaron a ninguna casa editorial.

María Luisa Bombal y Juan Rulfo se hermanan, así, en la categoría denominada por la crítica «casos extraños». Pero ¿por qué ha de ser extraño que una persona escriba sólo durante unos pocos años? Evidentemente, esta categorización surge de un concepto determinado acerca de la escritura y del creador mismo; en ella subyace una noción cultural con respecto tanto a la producción de la escritura como a lo que se espera de alguien que escribe. En primer lugar, la crítica literaria, en su afán de acabar con las falacias subjetivas, ha elegido ignorar «lo imponderable», mutilando a la creación de aquello que considera «sin peso ni quilates», para un análisis objetivo que se precie de tal: las experiencias biográficas del escritor. Se omite, de esta manera, una relación fundamental entre vivencia y escritura. No obstante los escritores, en sus entrevistas, nunca dejan de aludir a aquel fermento vivencial que, yendo contra todos los esquemas de relaciones mecanicistas, resultan ser la trama (tejido, historia, dispositivo fotográfico) de sus creaciones literarias.

Por otra parte, predomina el concepto de que el escritor se dedica a un oficio, palabra que, en nuestro idioma, designa a la actividad literaria como «ocupación habitual» o «rezo diario de los eclesiásticos», adscribiéndosele, así, al escritor una función de por vida en una actividad regida por los conceptos dominantes de trabajo y producción. «¡No voy a tocar nunca más!», anunció el pianista de jazz, Thelonious Monk, en la década de los cincuenta, escandalizando a todo su público. Ni María

Luisa Bombal ni Juan Rulfo se atrevieron nunca a hacer una declaración semejante, pero, en el caso de la escritora chilena, sus manuscritos poblados de erratas y tachas ponen de manifiesto que el teclado de la escritura puede hacerse ajeno y frustrante, aun para los autores geniales, y que no existe el llamado oficio de escritor, como una actividad que se realiza diariamente. Por el contrario, la creación literaria parece correr en un caudal que escapa a todos los paradigmas que intentan definir y estabilizar lo inestable y desestabilizador.

En el caso de Juan Rulfo, su silencio se equiparó al hermetismo de sus propios personajes y su imagen pública se transformó en el mito que corroboraba los rasgos de «la esencia del mexicano», teorizados por Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*. A María Luisa Bombal se la convirtió en una figura nebulosa y teñida de ciertos escándalos: intento de suicidio, asesinato frustrado, adicción al alcohol y total incomunicación con su hija, selección de rasgos que, de ninguna manera, es inocente, puesto que corresponde a una modalidad cultural no exenta de preconcepciones de carácter genérico.

En una construcción que hace de María Luisa Bombal una mujer etérea y trágica, proclive a lo poético y lo sentimental, se omite siempre el hecho de que ella insistiera en un rasgo asociado por nuestra cultura con «lo masculino»: la lógica, la precisión y la simetría. La escritora citaba a menudo la frase, en apariencia paradójica de Pascal: «Geometría-Pasión-Poesía» y cada vez que se refería a su escritura, afirmaba que ésta se organizaba sobre un eje lógico y formas simétricas exactas. En este sentido, *La última niebla* resulta ser un tapiz geométrico de oposiciones y reiteraciones que se funden y se confunden en el andamio polisémico y ambiguo de la niebla. Como en el caso de Prosper Mérimée, a quien admiraba por la lógica que infundía en sus relatos, la escritura de María Luisa Bombal surge de los márgenes de toda oposición binaria entre realidad e irrealidad, y la tensión básica nace, precisamente, del enlace insólito, para los esquemas tradicionales del conocimiento, entre el misterio y la lógica, esta última asociada por los paradigmas de nuestra cultura con lo objetivo y lo racional; misterio anclado en la lógica, «escritura oximorónica», como diría la crítica para designar el carácter paradójico de dicho enlace. Sin embargo, más allá de lo explícito y lo manifiesto, María Luisa Bombal, ya en 1940, aludía a una paradoja mucho más significativa: el hecho de que en nuestra cultura se haya organizado una existencia lógica y definible, a pesar de que dicha existencia esté enclavada en el misterio: «Todo cuanto sea misterio me atrae, yo creo que el mundo olvida hasta qué punto vivimos apoyados en lo desconocido. Hemos organizado una existencia lógica sobre un pozo de misterios. Hemos admitido desentendernos de lo primordial de la vida, que es la muerte. Lo misterioso es para mí un mundo en el que me es grato entrar, aunque sólo sea con el pensamiento y la imaginación^[2]».

El entretejido de lo misterioso y lo lógico resulta ser, de esta manera, la modelización metafórica de una existencia postulada a partir de Friedrich Nietzsche y el pensamiento posmoderno como un haz de antítesis no resueltas. Por lo tanto, desde

una perspectiva ideológica, en la obra de María Luisa Bombal, esta fusión constituye en sí una metáfora que es también un acto de insubordinación en los cuarteles de la razón. Y es interesante observar que la visión que la escritora tenía de sí misma es también una antítesis no resuelta. En entrevista realizada en 1975, afirma: «Soy una Géminis. Dos personas en una: muy audaz, loca, imaginativa, y otra con criterio y prudencia. Dos personas que se han ido manifestando en el camino de mi vida, a veces las dos al mismo tiempo hasta que (yo creo) hagan un pacto y lleguen a estar juntas, complementarse y estar tranquilas^[3]».

No obstante la mecánica de los mitos de los personajes de dominio público que se realiza, en nuestra cultura, a partir de un mutilar y despojar para crear una totalidad aprehensible y fácilmente definible, María Luisa Bombal siempre insertaba brechas en dicha configuración. Su sentido del humor, por ejemplo, o el uso inesperado de la blasfemia desbarataban con una frase el mito de la mujer sentimental, dócil y romántica. Por otra parte, su posición conservadora con respecto a la política y a la caracterología de hombre y mujer sorprendía, dado el hecho de que en sus textos se desarrolla una visión transgresiva de dichos órdenes. Esta multiplicidad contradictoria hace de ella misma un ser signado por la heterogeneidad conflictiva, como demuestra Agata Gligo en su excelente biografía de la autora^[4].

La época en la cual escribió sus obras merece también algunos comentarios. Como otras mujeres dedicadas a las artes en la primera mitad del siglo xx, María Luisa Bombal vivió la circunstancia ambivalente de tener y no tener «cuarto propio», en el decir denotativo y metafórico de Virginia Woolf. A pesar de haber escrito en una época en la cual ya, por lo menos, se le había dado tarjeta de ingreso a las mujeres para participar en círculos intelectuales y artísticos que, hasta entonces, habían sido territorio predominantemente masculino^[5], su creación literaria se gesta en los bordes de los movimientos artísticos que empezaban a entrar en vigencia. Y, como en el caso de las pintoras Frida Kahlo, Leonora Carrington y Remedios Varo, la escritora chilena poco caso hace a los manifiestos literarios en boga que, desde una perspectiva eminentemente surrealista, producían mistificantes configuraciones de «lo femenino» desde una posición patriarcal, no obstante postularse como antagónica a todo enclave de orden burgués. En el imaginario surrealista, los procesos de territorialización de la mujer resultan en las figuras de Nadja, mediadora de los estados de éxtasis erótico e irracional, de la Mujer-Niña que, en su ingenuidad sensual, conectaba el inconsciente con la escritura automática, de Melusina —mitad mujer, mitad hada—, quien representaba para André Breton la absoluta transparencia de la visión, y de Gradiva, mujer esculpida en un relieve en la novela de Wilhelm Jensen, que los escritores surrealistas reciclan para hacer de ella la musa que guía al poeta.

Las pintoras antes mencionadas, rechazando estas imágenes de la mujer como Otro, eligieron buscarse a sí mismas en el autorretrato, el parto y el aborto (Frida Kahlo), en la magia de la cocina y el ámbito doméstico (Leonora Carrington, Remedios Varo). Con una posición ideológica similar, Victoria Ocampo, en 1935,

fecha de publicación de *La última niebla* por Editorial Sur, publicaba en su revista del mismo nombre el artículo titulado *La mujer y su expresión*, en el cual afirma:

Es fácil comprobar que hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente. Los hombres han hablado enormemente de ella, por necesidad de compensación sin duda, pero, desde luego y fatalmente, a través de sí mismos. A través de la gratitud o la decepción, a través del entusiasmo o la amargura que este ángel o demonio dejaba en su corazón, en su carne y en su espíritu. Se les puede elogiar por muchas cosas, pero nunca por una profunda imparcialidad acerca de este tema. Hasta ahora, pues, hemos escuchado principalmente a testigos de la mujer, y testigos que la ley no aceptaría, pues los calificaría de sospechosos. Testigos cuyas declaraciones son tendenciosas. Es a la mujer misma a quien le toca no sólo descubrir este continente inexplorado que ella representa, sino hablar del hombre, a su vez, en calidad de testigo sospechoso^[6].

A pesar de que María Luisa Bombal declaraba no haber participado activamente en los movimientos feministas de la época, sus textos ponen de manifiesto una representación de la mujer desde una perspectiva que coincide con los postulados de Victoria Ocampo. En los márgenes de los modelos surrealistas y de la vanguardia en general, elabora un espacio propio en el cual la mujer deja de ser musa y mujer esculpida en un relieve, para convertirse en personaje de una problemática que devela, en parte, la circunstancia de la mujer latinoamericana durante la primera mitad del siglo xx.

Para los parámetros tradicionales de una crítica que, hasta la década de los setenta, alegaba que la literatura no tenía sexo, los textos de María Luisa Bombal fueron catalogados como exponentes de las corrientes surrealistas o suprarrealistas en Hispanoamérica, no obstante la autora insistiera en que ella se había marginado de ese movimiento y sólo había leído a André Breton cuando ya residía en los Estados Unidos, o sea, varios años después de haber escrito su obra. Sin embargo, en los nítidos esquemas generacionales, se ha omitido sistemáticamente el factor genérico, es decir, el hecho de que estos textos hayan sido escritos desde la perspectiva de una mujer en un período histórico determinado. De más está decir que incluirla dentro de una producción literaria de carácter masculino implica no sólo borrar e ignorar la especificidad femenina de sus textos a través de los recursos del Sujeto Excluyente, según teoría de Michel Foucault, sino también un violento acto de apropiación que aniquilaba toda posibilidad de establecer que una genealogía y tradición literarias creadas por la mujer en la posición subordinada que le ha sido asignada por una sociedad organizada a partir del factor genérico^[7].

Según testimonios de las décadas de los treinta y cuarenta, María Luisa Bombal era una mujer excéntrica, fuera de aquel centro regido por un código que regulaba el

lenguaje y la conducta de las mujeres. «¿Si me gustaba como mujer?» —respondió uno de sus contemporáneos a la pregunta que le hiciera Agata Gligo—. «Era muy graciosa y alegre, pero tenía demasiada personalidad para ser mujer... Una mujer debe ser más pasiva... A uno le gusta creer que manda^[8]». Para esa época en la cual la mujer ni siquiera había obtenido el derecho a voto, María Luisa Bombal resultaba ser una figura peligrosa e impertinente. Ana Vásquez recuerda que, cuando ella era muy niña, llegó a su casa la escritora causando revuelo entre hombres y mujeres: «Ellas apenas la saludaron cuando, con sus tacones muy altos y sus uñas pintadas de rojo, avanzó para reunirse con los hombres que hablaban de libros^[9]».

En el caso de María Luisa Bombal, el traspasar los límites de un territorio adjudicado va, sin embargo, mucho más allá de las regulaciones impuestas a la conducta cotidiana. En la esfera de lo propiamente literario, ella es la primera escritora latinoamericana que se atreve a describir el acto sexual, transgrediendo de este modo el discurso que el poder patriarcal le había adjudicado a la mujer. En *La última Niebla*, se nos presenta la siguiente escena con el amante: «Entonces él se inclina sobre mí y rodamos enlazados al hueco del lecho. Su cuerpo me cubre como una ola hirviente, me acaricia, me quema, me penetra, me envuelve, me arrastra desfallecida. A mi garganta sube algo así como un sollozo, y no sé por qué empiezo a quejarme, y no sé por qué me es dulce quejarme, y dulce a mi cuerpo el cansancio infligido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos».

Los primeros estudios de *La última niebla* realizados por Amado Alonso y Ricardo Latcham, destacaron su singularidad en un contexto literario chileno en el cual predominaba el criollismo, regido por una visión positivista del mundo^[10]. Aún más importante nos parece destacar que dicha corriente literaria en Hispanoamérica estaba enclavada en un proyecto de nación en el cual las categorías de «lo femenino» y «lo masculino» se desplazaron, en el nivel designativo, a zonas semánticas específicas de dicho proyecto. Como señala Bernardo Subercaseaux, mientras «lo femenino» denotaba lo foráneo, el ocio, la especulación y todo aquello que se asociara con lo pasivo y pusilánime, «lo masculino» correspondía «a la industria, al espíritu emprendedor y guerrero, al roto, al régimen presidencial, a las figuras de Prat y Portales, a la raza gótico-araucana, a la ciencia, a la literatura que no fuese escapista, que se hiciera cargo de la realidad y desnudara las apariencias, que rescatara lo propio y las tradiciones vernáculas^[11]».

Dentro de este contexto ideológico, no debe extrañar, por lo tanto, que en las reseñas críticas de textos criollistas, se elogiara recurrentemente «el estilo vigoroso y viril», «aferrado a la tierra y a la lucha del hombre contra la naturaleza». Dicho hombre es, en el criollismo, una exacerbación e hipérbole de «lo masculino», como matriz de sentido fijada a partir de la fuerza física, la violencia y el poder seductor. Tres categorías básicas que corresponden al machismo caracterizado como el poder de dominar el entorno natural, a los otros hombres con el objetivo de erigirse en caudillo y a las mujeres que son símbolo y trofeo de su virilidad^[12]. En estos textos,

el acto sexual es el acto de dominio de un sujeto masculino sobre la mujer representada como las fuerzas telúricas; ella es «la hembra poseída», «la china» violentamente arrojada a la tierra o al lecho y que recibe silenciosa y pasivamente el acoso viril. María Luisa Bombal modifica radicalmente esta axiología atribuida a lo sexual, no sólo por representar la escena antes citada desde una perspectiva femenina que, hasta ahora, era un espacio en blanco en nuestra narrativa, sino también porque reconfigura al personaje masculino designándolo como «dulce y preciosa carga», expresión que, en el código criollista, feminiza al hombre.

Este proceso de feminización, en los textos de la escritora chilena se extiende a todo el mundo representado en un devenir aún no suficientemente estudiado de la tradición literaria de la mujer latinoamericana. Al preguntársele si se consideraba precursora de la temática de la mujer, María Luisa Bombal respondió: «No, antes está Inés Echeverría. Yo hablo de las cosas íntimas, reales e irreales; traduzco el fondo del sentimiento de la mujer, que siempre gira alrededor del hombre. Ellos son los que mandan en mis libros y los que determinan nuestros sentimientos y problemas^[13]».

Los hombres, como Sujetos de Poder, son, sin embargo, las figuras de trasfondo mientras, en primer plano, se presentan sensaciones, espacios y acontecimientos que corresponden a una visión femenina, determinada por los factores culturales e históricos de los años treinta y cuarenta. De este modo, el cuerpo de la mujer, generalmente presentado desde la mirada del hombre como Objeto de Deseo, Icono Venerado o Idolo Perverso, se representa en la narrativa bombaliana como una nueva topografía de los sentidos, íntimamente unida a todo lo cósmico.

Transgrediendo los modelos de un Deber-Ser simbolizado por la Virgen María, como mujer desprovista de placer sexual (*Aeiparthenos*: por siempre virgen), en *La amortajada* se plantea dicho placer como una experiencia iniciadora para la trayectoria de la protagonista. («Pero cierta noche sobrevino aquello, aquello que ella ignoraba. Fue como si del centro de sus entrañas naciera un hirviente y lento escalofrío que junto con cada caricia empezara a subir, a crecer, a envolverla en anillos hasta la raíz de los cabellos, hasta empuñarla por la garganta, cortarle la respiración y sacudirla para arrojarla finalmente, exhausta y desembriagada, contra el lecho revuelto»).

El cuerpo femenino, como receptáculo y agente del placer, está también inserto en el ritmo y los ciclos de la naturaleza cuando pasa por la experiencia del embarazo y se integra a un proceso y evolución que transcurren fuera de la civilización y de la cultura creadas por el hombre. Desviándose de «lo cultural», en su sentido de elaboración y organización racional de la naturaleza, la experiencia de la maternidad remite, como postula Lucía Piossek Prebisch, al entrelazamiento en un orden, ritmo y temporalidad compartidos por las especies vegetales y animales^[14]. Enlace que, en el caso de Ana María, se hace explícito al decirse: «Cierta mañana, al abrir las celosías de mi cuarto reparé en que un millar de minúsculos brotes, no más grandes que una cabeza de alfiler, apuntaban a la extremidad de todas las cenicientas ramas del jardín.

Era curioso; también mis dos pequeños senos prendían, parecían desear florecer con la primavera». Fuera de toda teleología o proyecto falogocéntrico, la protagonista se entrega al sopor y a los caprichos de su propio cuerpo, de cuyo entorno material y natural obtiene un «goce plácidamente sensual» hasta el momento del aborto, designado por Ana María como «el río de sangre en que se disgregaba esa carne tuya mezclada a la mía...».

En el sistema patriarcal, la sexualidad humana ha sido interpretada y teorizada predominantemente por una visión masculina que propone la penetración fálica como el suceso culminante^[15]. Ésta, como eje y meta de toda sexualidad considerada «normal», responde tanto a los imperativos biológicos de la reproducción como a la prioridad e importancia atribuida al falo, órgano que, como ya demostrara Sigmund Freud, ha funcionado en la cultura de occidente como emblema y significativo privilegiado^[16]. Subvirtiendo la base misma de esta visión falogocéntrica de la sexualidad, María Luisa Bombal y otras autoras de su generación, tales como María Flora Yáñez y María Carolina Geel, incursionan en experiencias de carácter narcisista, elaborando discursos en los cuales el placer erótico deviene autonomía y descubrimiento del propio cuerpo^[17]. Así, en *La última niebla*, se presenta la siguiente escena:

Entonces me quito las ropas, todas, hasta que mi carne se tiñe del mismo resplandor que flota entre los árboles. Y así, desnuda y dorada, me sumerjo en el estanque.

No me sabía tan blanca y tan hermosa. El agua alarga mis formas, que toman proporciones irreales. Nunca me atreví antes a mirar mis senos; ahora los miro. Pequeños y redondos, parecen diminutas corolas suspendidas sobre el agua.

Me voy enterrando hasta la rodilla en una espesa arena de terciopelo. Tibias corrientes me acarician y penetran. Como con brazos de seda, las plantas acuáticas me enlazan el torso con sus largas raíces.

Me besa la nuca y sube hasta mi frente el aliento fresco del agua.

En una nueva topografía del placer, el cuerpo de la mujer deja de ser objeto de seducción, para convertirse en sitio engendrador de sensaciones que remiten a una autoidentidad, fuera de las construcciones adscritas por la hegemonía patriarcal. Por otra parte, el entorno de ese cuerpo es índice de la dicotomía básica establecida por el orden masculino entre naturaleza y cultura. Los espacios naturales que permiten la reintegración a la armonía cósmica se contraponen, en los textos de María Luisa Bombal, al espacio cerrado de la casa, símbolo, por excelencia, de las regulaciones patriarcales, las cuales imponen rígidos códigos y convenciones sociales que tronchan en la mujer la posibilidad de ser. Este *leit-motif* de los espacios cerrados, como símbolo de un hermetismo impuesto al ser, ya tiene sus antecedentes en *Dos mujeres*

(1842) de Gertrudis Gómez de Avellaneda, la primera novelista latinoamericana, y se reitera consistentemente a través de los años en, por ejemplo, *Teresa, la limeña*. *Páginas de la vida de una peruana* (1868) de Soledad Acosta Samper, *Ifigenia*. *Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924) de Teresa de la Parra, *Las ceremonias del verano* (1966) de Marta Traba y *Estaba la pájara pinta sentada en el verde limón* (1975) de Albalucía Angel. En el caso de *El árbol*, el cuarto de vestir, «ordenado y silencioso» subraya esta modalidad hermética de la existencia que sólo permite una evasión mediada por la naturaleza.

La oposición entre espacios abiertos y espacios cerrados configura una tensión que experimenta el Yo femenino cercado de imágenes y modelos de una identidad ya adscrita. De allí que ese Yo, aprisionado en roles sociales específicos, sólo logra ser en el sueño y el ensueño, en su contacto con el agua y todo lo primigenio.

Es precisamente a partir de esta asociación de lo femenino con lo primigenio que los textos de María Luisa Bombal crean un repertorio simbólico en el cual la cabellera de la mujer resulta ser el lazo que une a un limo inicial, aniquilado por el impulso civilizador. En *Trenzas* se dice: «Porque la cabellera de la mujer arranca desde lo más profundo y misterioso; desde allí donde nace y tiembla la primera burbuja; que es desde allí que se desenvuelve, lucha y crece entre muchas y enmarañadas fuerzas, hasta la superficie de lo vegetal, del aire y hasta las frentes privilegiadas que ella eligiera».

La cabellera frondosa de los personajes bombalianos resulta ser, así, el único vestigio de un Paraíso Perdido, no por el pecado original, según el Génesis de la Biblia, sino por la imposición de una epistemología y de una praxis fundada en la razón, como principio organizador. Sin embargo, para María Luisa Bombal es la naturaleza primigenia el verdadero limo inicial de un saber en el cual lo mágico es también parte del conocimiento humano. El suceso mágico de la muerte de la hermana en la ciudad al mismo tiempo que los árboles del bosque son destruidos por el fuego, está enmarcado, en *Trenzas*, por un discurso ensayístico que discurre y reflexiona, utilizando un método eminentemente objetivo y racional. Sin embargo, los argumentos y proposiciones de este marco se presentan para probar una hipótesis que nada tiene que ver con la tradición positivista del conocimiento: la cabellera larga de las mujeres es una prolongación de la naturaleza que, desde su ámbito mágico y desconocido, transmite otros modos del saber. De esta manera, la foma ensayística constituye en sí un recurso deconstructivo de los esquemas epistemológicos fundados en la razón. En *Trenzas*, se concluye diciendo: «Las verdes enredaderas que se enroscan en los árboles, las dulces algas en sus rocas son cabelleras desmadejadas, son la palabra, el venir y aletear de la naturaleza, son su alegría y melancolía, son su expresión por medio de la cual la naturaleza infiltra confusamente su magia y su saber a los seres».

María Griselda, como ser íntimamente unido a la naturaleza, es una modelización simbólica de «lo femenino», según esta visión de María Luisa Bombal. Ella

representa una armonía y perfección vislumbradas a través de la nostalgia de un orden perdido. Para una perspectiva contemporánea, María Griselda también podría ser la figura utópica de aquellos postulados planteados por el feminismo ecológico. Sin embargo, para la autora chilena, este personaje femenino está condenado a la derrota, a la paradoja trágica de producir la discordia, los celos y la muerte en aquellos seres que la rodean.

Llegamos así al ideograma básico en toda la obra de María Luisa Bombal: la escisión profunda e irrevocable entre hombre y mujer. Según su perspectiva, más allá de los símbolos visibles de la ropa, la conducta y los adornos, subyace una estructura que escinde a los seres humanos en dos grupos condenados a la incomunicación y aprisionados en roles sociales que están determinados por relaciones de poder. División genérica que sólo en estos últimos años comienza a ser analizada desde una perspectiva humanística y científica que ha producido una revisión significativa de todas las áreas de nuestra cultura.

El concepto teórico de género sexual, como se ha desarrollado en estas últimas dos décadas, evidentemente no es parte de la posición ideológica de María Luisa Bombal; sin embargo, un análisis detenido de su representación literaria de la dicotomía hombre-mujer pone de manifiesto sus serias implicaciones, tanto en la esfera de lo social como a nivel ontológico.

En *La amortajada*, la narradora nos dice: «¿Por qué, por qué la naturaleza de la mujer ha de ser tal que tenga que ser siempre un hombre el eje de su vida? Los hombres, ellos, logran poner su pasión en otras cosas. Pero el destino de las mujeres es remover una pena de amor en una casa ordenada, ante una tapicería inconclusa». A primera vista y desde una perspectiva contemporánea, esta aseveración esencializa a la mujer transformando su situación histórica concreta en las fuerzas inmodificables de un «destino» y una «naturaleza». Aparte de aquel destino biológico que le atribuía Freud a la mujer en su rol primario de madre y esposa, María Luisa Bombal afirma que el centro de toda su existencia es el amor, mientras, en el caso de los hombres, esta pasión se canaliza en otras cosas. Sin embargo, al contextualizar dicha aseveración, se hace evidente el hecho de que «la naturaleza sentimental» de la mujer respondía, en aquella época, a factores económicos y sociales que hacían de ella un Otro subordinado que tenía como única meta el matrimonio. Situación de alteridad existencial que Simone de Beauvoir analiza en términos de la posición de Absoluto que poseen los hombres y al pertenecer al mundo fuera de la casa y participar tanto en actividades laborales como en el arte y la política. Refiriéndose a la experiencia del amor en la mujer, la pensadora francesa afirma:

Una criatura inesencial es incapaz de sentir el absoluto en el centro de su subjetividad; un ser condenado a la inmanencia nunca podrá encontrar una autorrealización en sus propios actos. Aprisionada en la esfera de lo relativo, destinada a un hombre desde la niñez, habituada a ver en él a un ser superior

que ella no puede igualar, la mujer que no ha reprimido su derecho a la humanidad soñará con hacer trascender su ser hacia uno de estos seres superiores, amalgamándose con el sujeto soberano. No existe otra alternativa que perderse a sí misma en cuerpo y alma en aquél que para ella representa lo absoluto y lo esencial^[18].

Los hombres, en su rol de *Homo Faber*, son un Absoluto regido por el principio de la Actividad y el Hacer; su existencia alcanza la realización a través del éxito en el trabajo, en la política y aun en actividades tan intrascendentes como la caza. En el cuento *Las islas nuevas*, Yolanda, al ver a su hermano listo para salir a cazar, reflexiona:

«Sin cambiar de postura, Yolanda observó a su hermano —un hombre canoso y flaco— al que las altas botas ajustadas prestaban un aspecto juvenil. ¡Qué absurdos, los hombres! Siempre en movimiento, siempre dispuestos a interesarse por todo. Cuando se acuestan dejan dicho que los despierten al rayar el alba. Si se acercan a la chimenea permanecen de pie, listos para huir al otro extremo del cuarto, listos para huir siempre hacia cosas fútiles. Y tosen, fuman, hablan fuerte, temerosos del silencio como de un enemigo que al menor descuido pudiera echarse sobre ellos, adherirse a ellos e invadirlos sin remedio».

En relatos, mitos y leyendas creados por la imaginación masculina, el elogio a la Actividad y al Hacer ha dado origen a un vasto repertorio de héroes y antihéroes, de magos, sabios, amantes y tiranos que son poseedores del Saber y la Palabra. En *Las islas nuevas*, se desmitifica «lo masculino», como sinónimo de lo activo, para poner de manifiesto sus ribetes absurdos y, en toda la obra de María Luisa Bombal, los personajes masculinos carecen de los atributos vastamente elaborados en las narraciones creadas por los hombres.

Se da así una negación expresada por los espacios en blanco en cuanto a la caracterización. Daniel en *La última niebla*, Luis en *El árbol* y otros personajes masculinos son únicamente los breves trazos que revierten la existencia de las protagonistas. Nada sabemos de ellos, excepto que constituyen el eje de los conflictos presentados desde la perspectiva de los personajes femeninos. Y, en este sentido, el amante de *La última niebla* viene a ser la figura epítome en su breve aparición de una noche que también pudo haber correspondido a la irrealidad de un sueño o una presencia fantasmal. No obstante su ausencia corporal, es él quien rige toda la existencia de la protagonista.

Estos espacios en blanco con respecto a la caracterización de los personajes masculinos están muy lejos, sin embargo, de borrar las estructuras de poder creadas por el sistema patriarcal. Al contrario, las reafirman y la vida misma de María Luisa

Bombal es, en los años de juventud, un testimonio de la subordinación de la mujer al Absoluto masculino. La escritora vivió el amor como se vive un destino. Cuando regresó a Chile en 1931, la esperaba su familia acompañada por Eulogio Sánchez, un exitoso ingeniero civil que no estaba separado legalmente de su esposa. «Me habló de amor y lo escuché», declaró diez años después ante un juez^[19]. A la pasión siguió el abandono. Ella, desesperada, le escribía cartas a Eulogio, iba hasta su casa en la calle Brasil y lo esperaba durante largas horas mientras una vieja empleada le servía té. Eran tardes de invierno en Santiago de Chile y, cuando frustrada y adolorida regresaba a su propia casa, los faroles de la calle estaban envueltos por la niebla. «Siempre me preguntan qué significa la niebla y a mí me da no sé qué contar que en esos días había mucha niebla. Tú eres la primera que lo sabe», me dijo un día.

Sintiendo que su vida no tenía sentido sin el amor de Eulogio, un día en la casa de éste, subió hasta el dormitorio, sacó el revólver de un cajón y se disparó en el hombro izquierdo. Esta experiencia de la autora se describe en *La amortajada*, y Yolanda, con aquel muñón de ala que le crece en el hombro parece también aludir a este incidente. Aunque su viaje a Buenos Aires en 1933 respondió al deseo de alejarse de esa pasión no correspondida que sentía hacia Eulogio Sánchez, nunca logró liberarse de él ni del matrimonio, como única meta para la existencia de una mujer. Su unión con Jorge Larco en 1935 fue una amistosa alianza de la marginalidad para mantener las apariencias. Pero la doble vida de su marido homosexual la humillaba, del mismo modo como la humillaba Eulogio Sánchez con sus promesas no cumplidas y su desamor. «La galantería del ambiente erótico de mi esposo estaba inficionada por las mismas veleidades, traiciones y crueldades que me había dado a conocer Eulogio Sánchez (...) Me ensimismaba y se me venían encima imágenes de burla. A punto de encharcarme de nuevo en el dolor, nos separamos^[20]».

Después de su separación, los hombres mucho mayores que ella parecían por fin otorgar alguna posibilidad de paz, aunque, como en el caso de Carlos Magnini, aquellos romances también terminaron en el abandono. María Luisa Bombal decía que Eulogio Sánchez había marcado su destino. En una extraña confabulación de coincidencias, lo volvió a ver el 27 de enero de 1941 cuando iba saliendo de un edificio situado en Agustinas 1070. «Él iba saliendo con un amigo de la oficina. Yo corrí tras él y saqué de mi cartera mi pistola y le disparé por la espalda, no sabiendo más lo que sucedió ni cuántos tiros le disparé, pero recordando ahora, en este instante, que él volvió la cara, no recordando si al dispararle o después que le hube disparado^[21]», explicó al juez en un juicio por intento de asesinato, ya que los tres balazos disparados a Eulogio Sánchez no le produjeron la muerte.

Este hecho de ninguna manera debe ser considerado como singular. Durante la primera mitad del siglo xx, tanto en Latinoamérica como en Europa, era corriente saber de alguna mujer que le disparaba a un amante, fenómeno sociológico que requiere un análisis dentro de las variables, tanto de la subordinación sentimental como de las imágenes culturales de la época. María Luisa Bombal fue víctima de

todas esas imágenes que reforzaban dicha subordinación en metanarrativas patriarcales, dominantes en aquella época.

La representación de la mujer en sus textos debe analizarse también dentro de este contexto. Al preguntársele sobre los libros que mayor impacto habían tenido en su juventud, María Luisa Bombal siempre declaraba en las entrevistas que *María* de Jorge Isaacs había dejado en ella una profunda huella. Este personaje literario responde, por supuesto, a un contexto ideológico que merece ser analizado. La heroína romántica, tras su inocencia y pureza, configura los presupuestos de una metanarrativa patriarcal desarrollada, principalmente por Jean-Jacques Rousseau.

En los planteamientos teóricos de Rousseau, se establece una dicotomía básica entre el hombre como individuo político y la mujer como entidad biológica que reproduce y protege la especie. Así, en su *Emilio* (1762), la educación de Sophie resulta ser el apéndice complementario de la virtud. En el capítulo quinto de este libro, el pensador francés establece que la mujer, en todo aquello no relacionado con el sexo, es un hombre puesto que ella posee los mismos órganos, las mismas necesidades y las mismas facultades. Como ley natural, sin embargo, en la unión de ambos sexos, cada uno contribuye a la procreación de manera diferente, pues el agente masculino debe ser fuerte y activo mientras la mujer permanece como ser pasivo y débil que está hecho para agradar y ser subyugado. Además, mientras la procreación para el hombre es una actividad momentánea y fugaz, la mujer permanece unida a lo maternal y biológico que se extiende a lo ético, requiriendo de ella las virtudes de la fidelidad, la modestia y el pudor. Para Rousseau, la mujer es «puro corazón» y debe proporcionar consuelo, amor y descanso al hombre en sus tareas fuera del hogar; sin habilidades intelectuales para la búsqueda de verdades abstractas y especulativas, ella debe limitarse a ser un apoyo espiritual a través de su capacidad para amar y sus virtudes. Así, la mujer, como ser virtuoso, debe asumir el rol de un «ángel del hogar» que construirá un trono en su propio corazón y que hará del ámbito doméstico su «noble imperio» fundado en el orden del corazón.

No obstante que los principios del Positivismo se oponen a la ideología romántica, es interesante que coinciden con ésta en el delineamiento de los rasgos primarios del signo «mujer». Así, Augusto Comte, en su *Lección 50* publicada originalmente en el tomo cuarto de su *Cours de philosophie positive* (1839), afirma que un análisis biológico demuestra fehacientemente que la mujer permanece en un estado infantil perpetuo y que, de manera similar a aquélla observada en los animales inferiores, ella posee una preponderancia de sus facultades afectivas. Para Comte y su nuevo diseño de un organismo social, esta inferioridad de la mujer, en el terreno de la razón y el entendimiento, debe ser utilizada como soporte moral y sentimental para el hombre en sus empresas en aras del progreso de la humanidad.

Queda aún por explorar, en mayor detalle, el hecho de que, en diferentes ideologías de carácter patriarcal, se den zonas comunes en la elaboración del signo «mujer» en el cual se mantiene, con pocas variaciones, una situación estática y

anclada en la subordinación^[22]. La heroína romántica es el antecedente de los personajes femeninos del folletín o melodrama sentimental, cuyo discurso es incorporado por María Luisa Bombal en la mayoría de sus textos. Simultáneamente, también se incluye la imagen de la vampiresa del cine de los años veinte y treinta. Así, Regina, en su palidez de intensa pasión, nos hace evocar la figura de la seductora, quien al cruzar el salón para dirigirse al piano, «sonríe a su amante que envuelve en deseo cada uno de sus pasos» mientras, al verla dormida sobre el diván, la protagonista dice: «Me la imagino dormida así, en tibios aposentos alfombrados donde toda una vida misteriosa se insinúa en un flotante perfume de cabelleras y cigarrillos femeninos».

Creemos que no se ha dado mayor énfasis al hecho de que María Luisa Bombal inserta en estas imágenes, fisuras y brechas que indican que éstas y sus discursos correspondientes resultan insuficientes para representar la problemática de la mujer. Al final de *La última niebla*, la protagonista intenta suicidarse, como lo podría haber hecho una heroína romántica o de folletín sentimental; sin embargo, se da cuenta de que aquello ya no es posible. Dice: «Me asalta la visión de mi cuerpo desnudo, y extendido sobre una mesa en la Morgue. Carnes mustias y pegadas a un estrecho esqueleto, un vientre sumido entre las caderas... El suicidio de una mujer casi vieja, qué cosa repugnante e inútil».

Y, en *La amortajada*, las circunstancias de Ana María en su matrimonio también la hacen darse cuenta de que el discurso sentimental nada tiene que ver con el resentimiento hacia su marido. Se dice:

«Sufro, sufro de ti como de una herida constantemente abierta». Durante años se había repetido en voz baja esta frase porque tenía el misterioso don de hacerla estallar en lágrimas. Tan sólo así lograba detener unos instantes el trabajo de la aguja ardiente que le laceraba sin tregua el corazón. Durante años, hasta el agotamiento, hasta el cansancio.

«Sufro, sufro de ti...», empezaba a suspirar un día cuando, de golpe, apretó los labios y calló avergonzada. ¿A qué seguir disimulándose a sí misma que, desde hacía tiempo, se forzaba para llorar?

Era verdad que sufría; pero ya no la apenaba el desamor de su marido, ya no la ablandaba la idea de su propia desdicha. Cierta irritación y un sordo rencor secaban, pervertían su sufrimiento.

Enmarcada por una profusión de imágenes y discursos que la distorsionan y mutilan, la mujer parece no tener otra alternativa que la mascarada, como ha señalado Luce Irigaray en *El sexo que no es uno*. Pero, tras el lenguaje y sus máscaras, subyace, para María Luisa Bombal, un modo femenino de comprender el mundo, de

saber, no obstante ese tipo de saber ha sido catalogado por el pensamiento falogocéntrico de la modernidad, como no saber. En este sentido, se debe analizar su crónica poética *Mar, cielo y tierra*, publicada en 1940. En ella se distingue una concepción de la mujer como poseedora de los misterios ancestrales del agua y la tierra. Esta crónica comienza de la siguiente manera:

«Sé muchas cosas que nadie sabe. Conozco del mar y la tierra infinidad de secretos pequeños y mágicos». Los verbos «conocer» y «saber» que se reiteran en la primera parte poseen, sin embargo, una connotación intuitiva y mágica que los diferencia del tipo de conocimiento racional y científico creado por el hombre en el mundo moderno. La hablante de *Mar, cielo y tierra* conoce lo no verificable, aquella suprarrealidad maravillosa que aún no ha logrado ser medida por instrumentos o fórmulas matemáticas. Ella, como prolongación de todo limo inicial, penetra en los misterios de la materia, en un ámbito maravilloso en el cual se entrelazan los seres en una cualidad preformal que, como las medusas aún ligadas a la vegetación, son lo escurridizo y lo fluido.

El mar y la tierra como ámbitos subterráneos, tanto de la materia como del conocimiento, contrastan con el cielo y el sol, símbolos del dominio masculino consciente y racionalizador. Como espacio dominado por dicha conciencia, el cielo está despojado de misterios ancestrales que han sido anulados por cálculos matemáticos, teorías científicas y cartografías. Significativamente, los verbos «saber» y «conocer» son reemplazados por expresiones tales como «me gustaría creer, tal vez» o «apenas si me atrevo». Se dice: «Hasta miedo me da nombrar al sol. ¡Es tan poderoso! Si nos interceptaran su radiación, el curso de los ríos se detendría inmediatamente». La hablante se resiste a seguir describiendo este espacio que la aterra y termina diciendo: «No; prefiero imaginar un cielo diurno por donde deambulan castillos de nubes en cuyas flotantes estancias aletean las hojas secas de un otoño terrestre y los cometas de papel que perdieron, jugando, los hijos de los hombres».

La conjunción Mujer-Tierra-Agua apunta en *Las islas nuevas* hacia la representación de todo aquello que no ha logrado ser aprehendido y organizado a partir del Uno, unidad que, en la tradición cartesiana del conocimiento, es la estructura ideal a través de la cual la cultura de la modernidad ha organizado las nociones de Dios, Sujeto, Esencia y Ser. Contraponiéndose a este concepto de la unidad, las islas nuevas y Yolanda, que son la misma entidad, resultan inaprehensibles, irrevocablemente inaccesibles para Juan Manuel, personaje aferrado a los esquemas racionalistas.

En este cuento, se hace patente la escisión entre hombre y mujer como división causada por el impulso civilizador masculino. Yolanda, mujer que misteriosamente no envejece, tiene algo de culebra y gaviota, de ser «salvaje, agresivo y huidizo», del mismo modo como las islas surgen y desaparecen, burlando los intentos de los hombres que salen a explorarlas.

«Desembarcan orgullosos, la carabina al hombro; pero una atmósfera ponzoñosa los obliga a detenerse casi en seguida para enjugarse la frente. Pausa breve, y luego avanzan pisando atónitos, hierbas viscosas y una tierra caliente y movediza. Avanzan tambaleándose entre espirales de gaviotas que suben y bajan graznando. Azotado en el pecho por el filo de un ala, Juan Manuel vacila. Sus compañeros lo sostienen por los brazos y lo arrastran detrás de ellos.

Y avanzan aún, aplastando, bajo sus botas, frenéticos pescados de plata que el agua abandonó sobre el limo. Más allá tropiezan con una flora extraña: son matojos de coral sobre los que se precipitan ávidos. Largamente luchan por arrancarlos de cuajo, luchan hasta que sus manos sangran.

Las gaviotas los encierran en espirales cada vez más apretadas.

Las nubes corren muy bajas desmadejando una hilera vertiginosa de sombras. Un vaho cada vez más denso brota del suelo. Todo hierve, se agita, tiembla. Los cazadores tratan en vano de mirar, de respirar. Descorazonados y medrosos, huyen».

En esas islas «defendidas por un cerco vivo de pájaros y espuma», alienta el vaho primordial de la vida «hecha de chasquidos de alas y de juncos, de arrullos y pequeños gritos, y de ese leve temblor de flores de limo que se despliegan sudorosas»; flujo indiferenciado de fango, algas y medusas que está fuera de las leyes del Nombre-del-Padre, que es anterior al lenguaje organizado en un Orden Simbólico Fálico, según teoría de Jacques Lacan. Y, en su calidad de lo Otro, burlará los intentos de un sujeto masculino que trata inútilmente de satisfacer el Deseo, a pesar de no tener otra alternativa más que el objeto con que trata de llenar el vacío y la ausencia.

Las islas nuevas y Yolanda representan, por lo tanto, lo preedípico, lo anterior a la entrada en el orden simbólico. Ellas son la zona indiferenciada de lo semiótico, según Julia Kristeva, asociada a la inmersión en lo corporal maternal. Aterrado por el misterio de Yolanda, a quien divisa desnuda, con un atrofiado muñón de ala sobre el hombro derecho, Juan Manuel huye a la ciudad y le lleva a su hijo una medusa, envuelta en un pañuelo. La medusa, como las islas, desaparece y Juan Manuel, rehusando entrar a lo misterioso, opta por olvidar a Yolanda. Opción que implica, además, rechazar otros modos de conocimiento y aferrarse a una epistemología, simbolizada en este relato, por el discurso enciclopédico^[23]. Se dice: «Pero Juan Manuel no se siente capaz de remontar los intrincados corredores de la naturaleza hasta aquel origen. Teme confundir las pistas, perder las huellas, caer en algún pozo oscuro y sin salida para su entendimiento. Y abandonando una vez más a Yolanda, cierra el libro, apaga la luz, y se va».

En comentario al escritor Manuel Peña Muñoz, María Luisa Bombal afirmaba: «Ya ves, todas mis heroínas se inspiran en el mito de la Medusa. Yolanda de *Las islas nuevas* no es más que una Medusa moderna^[24]». Habría que agregar que, aparte de

ser una Medusa moderna, Yolanda es la reelaboración del mito clásico desde una perspectiva consciente de las asimetrías creadas por la estructura patriarcal. En la mitología griega, por el contrario, este personaje reafirma dicha estructura y los roles impuestos al hombre y la mujer. Como instancia del arquetipo de la Mujer Terrible y Temida, Medusa, una de las tres Gorgonas, vivía en una isla con sus hermanas y todas ellas, con alas, el cuerpo cubierto de escamas de oro y cabelleras de serpientes, mataban a un hombre con sólo mirarlo porque lo convertían en piedra. De las tres, ella era la única vulnerable a la muerte y Perseo, típico héroe que salva todos los peligros, emprende un viaje para obtener, como regalo para Polidectes, la cabeza de Medusa. En su empresa recibe la ayuda de Hermes, guía y otorgador del Bien, quien lleva una vara de oro cubierta de alas en la punta y sombrero y sandalias también aladas. Utilizando como espejo el escudo que le da Atenas, Perseo se acerca a la Gorgona sin mirarla directamente y le corta la cabeza. De regreso, salva a Andrómeda de ser devorada por una gran serpiente, se casa con ella y la cabeza de Medusa, en sus manos, se convierte en instrumento para convertir en piedra al tirano Epictes. El mito cuenta que, desde ese día, Atenas llevó la cabeza de Medusa en el escudo de Zeus que ella siempre portaba para él.

Subyace en este relato el triunfo del poder masculino y la derrota de lo femenino primigenio e indomable. Tanto Andrómeda como Atenas, por otra parte, representan lo femenino convencionalizado en el rol complementario de sumisión al hombre, conceptos que Sigmund Freud reitera en su interpretación de la cabeza de Medusa, como símbolo de la castración que produce el mismo terror que siente un niño al ver, por primera vez, los órganos genitales femeninos. Pero de inmediato —asevera el psicoanalista vienés— esta sensación es mitigada por la imagen de la cabellera de serpientes que asumen una forma fálica. Para él, este órgano posee un poder de conjuración contra todas las fuerzas malignas de lo femenino no regulado^[25].

Dentro de este contexto, cabe preguntarse hasta qué punto Yolanda en *Las islas nuevas* representa el triunfo prístino de lo masculino. Juan Manuel está muy lejos de dominarla y ella es más bien lo primigenio femenino que, no obstante haber sido decapitado, permanece como poder latente. Como contratexto de las prolíferas imágenes de la Mujer Terrible, según la imaginación masculina, Yolanda es el origen ancestral, unido a la tierra y al agua, la fuente de la vida, atrofiada como su ala, por una estructura de poder que la relega a la marginalidad y al estigma.

Y es precisamente por esta asimetría que privilegia lo masculino que, en la obra de María Luisa Bombal, las vivencias de la mujer y sus modos de saber son territorios que permanecen sumergidos a nivel de subcultura. Sin embargo, en esa región sumergida y cercada por imágenes y preconcepciones del orden patriarcal, sus personajes realizan una búsqueda conducente a la autoidentificación del Yo y a los procesos de constitución de un Otro en Sujeto.

Modificando la figura de la heroína romántica, María Luisa Bombal entreteje en el modelo sentimental del amor y su espacio metonímico del corazón, el Deseo, como

impulso que transgrede las imposiciones del sistema patriarcal. En el caso de *La última niebla*, la adúltera Regina, poseedora del placer subversivo, es la que incita a la protagonista a descubrir su propio cuerpo, enlazándola así a una nueva identidad que se nutre de lo sensual. Ricardo Gutiérrez Mouat se refiere a este proceso diciendo: «Regina le entrega a la narradora, en suma, la posibilidad de significarse, y le entrega un lugar para fundar la significación: el cuerpo no sólo origen de un sentido sino también la posibilidad de transgresión, de apertura de un sistema social que le confiere a la mujer un valor insignificante^[26]». Si bien el encuentro sexual con el amante oscila en la esfera ambigua de lo real, lo soñado y lo ensoñado, la experiencia del placer instaura una apertura de carácter ontológico en la cual el cuerpo se constituye como fuente y origen. Y es a partir de esta experiencia que surge el fermento de la Imaginación que deviene Escritura^[27]. De este modo, la protagonista se constituye como Sujeto hasta el momento en que surge la duda con respecto al encuentro con el amante y, significativamente, esta duda da origen a una corporalidad vencida por el tiempo. Muerte del deseo y de la imaginación que conduce a una claudicación ante el Orden.

Por consiguiente, en esta novela, María Luisa Bombal plantea que la mujer, en el lugar de un Otro subordinado, únicamente puede constituirse como Sujeto en los márgenes provisorios y fugaces de un sistema social que la condena a estar fuera de la Historia, razón por la cual el relato se clausura con la imagen de la niebla y su inmovilidad definitiva. Lo mismo ocurre en *El árbol*, cuento donde la imagen del cuarto cerrado deviene acuario; Brígida, ante la circunstancia de un matrimonio que no satisface sus anhelos, evade la realidad contingente para vivir, bajo la sombra del gomero, una realidad creada por ella. Dice: «Aquí, en cambio, en el cuarto de vestir hasta la vista descansaba, se refrescaba. Las cretonas desvaídas, el árbol que desenvolvía sombras como de agua agitada y fría por las paredes, los espejos que doblaban el follaje y se ahuecaba un bosque infinito y verde. ¡Qué agradable era ese cuarto!». Ella es, así, Sujeto hasta el momento en que derriban el árbol y, junto con él, la imaginación de Brígida fundada en las prolongaciones cósmicas que él transmite.

El desenlace de este cuento pone de manifiesto un aspecto clave en la ideología de María Luisa Bombal. El hecho de que Brígida abandone a Luis no responde a un acto liberalizador, puesto que se separa de él para buscar el amor como única meta para la realización de su existencia, es decir, para continuar siendo el Otro que depende del Absoluto masculino quien otorga un sentido a su vida. Se da, de esta manera, una contradicción básica, ya que las transgresiones de los personajes femeninos están simultáneamente selladas por una visión patriarcal de la mujer. No obstante los conflictos en sí develan aspectos importantes de la problemática de la mujer en aquella época, la autora elabora sus relatos desde una perspectiva en la cual subyace el concepto de que ése es el destino de la mujer y el destino, como ruta prefijada, está fuera de un devenir histórico susceptible a cambios y modificaciones.

La verdadera tragedia de sus personajes se encuentra, entonces, en «la

inmovilidad definitiva» de un sistema patriarcal que sólo permite los intersticios momentáneos de una transgresión que es, asimismo, evasión de la Historia. En este sentido, la inmersión de Ana María en el ámbito cósmico de la muerte parece ser la única solución posible: un retorno a los orígenes, a aquel paraíso perdido en el cual la mujer estaba unida a la tierra y al agua.

Las omisiones que hace María Luisa Bombal de la Historia responden, sin duda, a la ideología dominante de la época que relegaba a la mujer al rol exclusivo de madre y esposa en el espacio ahistórico del hogar, contexto que también influyó en su rol como escritora. Virginia Woolf en *Un cuarto propio* —ensayo que analiza la influencia del factor genérico en la producción artística— señala que si William Shakespeare hubiera sido mujer, nunca habría escrito. A la «hermana» de Shakespeare, por ser mujer, no le habría sido permitido viajar a Londres; tampoco habría podido trabajar como actriz ya que, en esa época, todos los papeles eran puestos en escena exclusivamente por hombres y nunca, en su rol subordinado, se habría sentido con la autoridad para escribir.

Es interesante observar que la producción literaria de María Luisa Bombal estuvo signada por este factor genérico, el cual, durante las décadas de los años treinta y cuarenta, funcionó a niveles menos explícitos que en el tiempo de Shakespeare. «Yo admiraba profundamente a mi hermana», cuenta Blanca Bombal. «Era un ser genial y fascinante. Ojalá la hubiera Ud. conocido en sus años de juventud, de plenitud. Era hallarse frente a una criatura que al hablar se iluminaba, se transfiguraba y que irradiaba luz, belleza, emoción. Tenía el don maravilloso de descubrir la belleza en las cosas más insignificantes; ahí donde pocos fijan su atención para captarla. Créame que no exagero^[28]». Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Amado Alonso y tantas otras personas dedicadas a la literatura sí reconocieron que María Luisa Bombal era genial. Sin embargo, ella confesaba: «Nunca le di importancia a lo que escribía. Yo simplemente escribía lo que sentía», juicio que revela una actitud marcada por patrones culturales en los cuales subyace el factor genérico. Aquel «escribir lo que una siente» se inserta en el contexto mucho más amplio de la tradición de la escritura producida por mujeres, tanto de Latinoamérica como de Europa. El prolífero *corpus* de diarios, cartas y autobiografías que sólo en estos últimos años empieza a adquirir importancia, revela que la mujer, en su rol subordinado, tenía la inclinación a producir una escritura de carácter íntimo y testimonial. Pero ¿qué habría ocurrido si María Luisa Bombal hubiera adoptado la actitud y autoestima de Pablo Neruda, tanto con respecto a su creación como en sus actividades de relaciones públicas y difusión de su obra? ¿Qué habría pasado si ella hubiera asumido una posición social en cuanto a su rol como escritora? Con esto no queremos simplemente decir «lo político» en un sentido restringido, sino atribuirle a la escritura resonancias en la esfera de lo público. Es obvio que María Luisa Bombal vivió en un contexto cultural en el cual toda «palabra de mujer» estaba signada por una circunstancia que, en el decir de Lacan, hacía de la mujer un ser tachado.

Por otra parte, no se le ha prestado suficiente atención al hecho de que la autora vivió la experiencia del exilio. Estados Unidos, como nuevo entorno cultural, representó para ella la soledad y el aislamiento. En conversación con Sara Vial, ella contaba: «En Nueva York me sentía sola, de aquella soledad particular que no se siente sino cuando uno empieza a sentirse extranjero. Cuando pensaba en mi pasado, me parecía el pasado de otra persona y no lograba juntarme con él, tan lejano y distante lo sentía. Y nuestro pasado, por muy triste que sea, es el único compatriota que en el extranjero nos permite reconocernos a nosotros mismos^[29]».

Esta situación de desarraigo, sin duda, influyó en su creación, especialmente debido a que se vio forzada a escribir siguiendo los mandatos de un agente literario norteamericano quien estaba muy consciente de las preferencias del grueso público en los Estados Unidos. La lectura de *House of Mist* (novela en inglés basada en *La última niebla*) hace evidente esta claudicación a un género novelístico que proscribe la ambigüedad y ofrece una solución racional para todos los misterios; claudicación aún más patente en el caso de la comedia en un acto escrita para la televisión bajo el título de *Believe Me Love*^[30].

María Luisa Bombal contaba que también había escrito en inglés la pieza dramática *The Foreign Minister* (*El Canciller*), basada en la vida de Masaryk, y *Dr. Jekyll and Mr. Hyde*. Según ella, guardaba esos manuscritos en el baúl que mantenía con llave en un rincón de su dormitorio. «Este es mi cofre de piratas, oye, aquí están todos mis tesoros», decía, para agregar que allí tenía cartas valiosas de escritores, dibujos que le había hecho García Lorca en servilletas cuando se juntaban para hacer tertulias en Buenos Aires y el manuscrito sin terminar de una novela sobre Caín y Abel, sobre la disputa entre un hombre y Dios^[31]. La autora siempre se refería a los problemas que ella misma había tenido con Dios, experiencia que elabora ficcionalmente en su cuento *Lo secreto*. Poco tiempo antes de morir, decía que veía todas las noches al personaje de la novela que estaba escribiendo, junto a los pies de la cama, la miraba y le hacía reproches por no haber completado ese texto.

Los jurados que otorgan el Premio Nacional de Literatura en Chile han sido siempre reacios a reconocer a las escritoras. Baste recordar que Gabriela Mistral primero debió recibir el Premio Nobel para que, varios años después, se le diera el Premio Nacional. María Luisa Bombal fue candidata en cinco ocasiones diferentes a dicho premio, sin nunca obtenerlo. Enferma y con una situación económica difícil, la autora también fue privada del más alto reconocimiento en su país. En aquellos mismos días, en Nueva York, Carlos Fuentes, en una conferencia sobre la literatura latinoamericana, declaraba que María Luisa Bombal había sido la madre de todos los escritores contemporáneos de nuestro continente.

La presente edición tiene como objetivo rescatar aquellos textos no reeditados para ofrecer una visión más completa, tanto de la obra de María Luisa Bombal como de su trayectoria como escritora. Sus crónicas poéticas, su entrevista a Sherwood Anderson y otros textos aquí publicados proporcionan datos valiosos al respecto. En

el tomo 2 de estas *Obras completas* hemos incluido su testimonio autobiográfico basado en una serie de entrevistas que realicé con Martín Cerda en 1979. Grabamos un total de siete horas y, para esta edición, se han omitido nuestras preguntas y las constantes digresiones, dejando sólo su voz. María Luisa Bombal estaba muy consciente de que estas entrevistas pasarían a la esfera de lo académico y público, razón por la cual no se refiere a su vida íntima. Según ella, no podía poner a la vista de todos los secretos del corazón.

La dimensión íntima de su vida se encuentra en sus cartas (Tomo 2). Allí, la escritora revela su modo de ver el mundo, sus afectos, sus estados de ánimo, su propia visión de la literatura. En carta a Gabriela Mora, por ejemplo, confiesa que, para ella, la literatura es emoción profunda; que todo texto literario le produce un goce estético teñido por un sobrecogimiento espiritual. Por eso —explica—, nunca ha tenido preferencias literarias ni influencias directas, aunque sí reconoce que, durante su niñez y adolescencia, la lectura de Hans Christian Andersen, Selma Lagerlöf y Knut Hamsun causó en ella un gran impacto. En esta carta, también se refiere a lo que ella denomina su destino literario que califica de raro, complicado y difícil, puesto que empezó escribiendo en francés —idioma en el cual creciera y se hiciera adulta— y luego, las circunstancias la condujeron a escribir en castellano y en inglés. Destino «anormal», «absurdo» que la ha llevado a «la prueba de fuego»: escribir para un público norteamericano con el cual no se identifica, según se observa en otras cartas en las cuales se refiere a los Estados Unidos con mucho distanciamiento, mientras «lo chileno» es siempre motivo de orgullo y regocijo.

Un aspecto relevante de todas sus cartas es la precisión de su lenguaje, aun en los momentos más emotivos. Así, al contarle a su hermana Blanca que ha pasado por Agustinas 1070, el edificio frente al cual disparara, muchos años atrás, a Eulogio Sánchez, afirma: «Tal vez en aquellos tiempos la indignación y la ira me sostenían, pero ahora todo me parecía tan triste e inútil». En los textos epistolares incluidos en esta edición, está también presente una constante reflexión acerca de la vida y de la muerte, de Dios y de las relaciones humanas; preocupaciones metafísicas que corren a la par con un sentido del humor, que hace de los sucesos cotidianos, admirables relatos. El ejemplo más notable de esta dimensión se encuentra en la descripción dramática y humorística que hace del terremoto que le tocó vivir en Viña del Mar en 1973; cuenta: «La casa danzaba como una oleada fuerte. ¡Grandes vaivenes más ruidos subterráneos, supersónicos, y estertor de muebles y crujir de dientes, loza y cristales!».

Aunque habla de momentos gratos, como aquél en que sentada en la terraza del Hotel Miramar en Viña, escribe frente «a un mar azul marino y movedizo mientras la espuma salta contra el mismo roquerío», en sus cartas se hace evidente que vivió los últimos años de su vida atormentada por preocupaciones económicas y una gran tristeza. Para ella, como escribe a su cuñado, las dificultades financieras le impedían disfrutar de la dicha y los dones que Dios tan generosamente le había otorgado.

En sus últimas cartas, no deja nunca de hablar de su tristeza en lo que ella definía como su muerte en vida, «aunque la muerte misma debe ser menos solitaria y triste»; estado constante de tristeza que la hace decir: «Estoy enferma del alma y he perdido toda alegría y deseo de vivir».

A lo largo de los veintisiete años que transcurren en el material epistolar que aquí se incluye, María Luisa Bombal nunca deja de referirse a los textos que está escribiendo y a su dificultad para completarlos. Pocos meses antes de morir, le dirige una carta a su editor argentino en la cual le dice: «Me siento muy triste, no ya tan deprimida, pero triste siempre. Un estado de ánimo que no conocía hasta ahora. Dice la Biblia que la tristeza es la gran tentación del maligno. Reza por mí. Te hablo en serio. Reza porque pueda terminar mi libro en estos próximos meses».

En estas cartas, no hemos hecho ninguna modificación en cuanto a la puntuación o separación en párrafos. En aquellas cartas dirigidas a su hermana Blanca, la autora inserta frases en inglés y en francés; hemos preferido no ponerlas en bastardilla, como se acostumbra generalmente en un texto, porque dicha tipografía habría interrumpido y distorsionado la naturalidad con que fueron escritas por María Luisa Bombal, quien dominaba ambos idiomas. Por otra parte, en nuestra selección de entrevistas (Tomo 2), incluidas en orden cronológico, hemos omitido los datos biográficos que, por razones obvias, resultan repetitivos.

Quiero expresar mis agradecimientos a Justo Alarcón y Juan Camilo, quienes me han otorgado una ayuda valiosísima en todas las etapas de mi investigación: desde aquellos días en que preparaba mi libro sobre la narrativa de María Luisa Bombal hasta hace poco, cuando recopilaba material periodístico para esta edición. Mi gratitud también para Agata Gligo, Gabriela Mora y Manuel Peña Muñoz, quienes, con tanta generosidad, me proporcionaron la mayoría de las cartas impresas en este volumen. Un agradecimiento muy especial a Adolfo Castañón, escritor mexicano y gran admirador de María Luisa Bombal, por darme la iniciativa para realizar este proyecto, y a Isabel Velasco y Marta Bañados Precht por sus valiosos testimonios acerca de la autora.

Dedico esta edición a María Luisa Bombal, progenitora y hermana, en este árbol genealógico cuyo follaje Gabriela Mistral llamara mujerío.

Lucía Guerra
*Universidad de California
Irvine.*

Palabras preliminares de Jorge Luis Borges^[*]

« Soy un poeta alemán, conocido en tierra alemana; cuando nombran los mejores nombres, nombran también el mío», dijo en memorables versos alemanes Enrique Heine. Cuando en Santiago de Chile o en Buenos Aires, en Caracas o en Lima se nombran los mejores nombres, no falta nunca el de María Luisa Bombal. El hecho es tanto más notable si tenemos en cuenta la brevedad de su obra, que no corresponde a ninguna escuela determinada y que suele, afortunadamente, carecer de color local.

Agradezco a mi suerte que nuestros caminos se hayan cruzado, hace ya tantos años, y que ahora pueda decirlo públicamente y presentar a los lectores de la otra América esta entrañable amiga y gran escritora chilena.

Novelas

La última niebla^[*]

El vendaval de la noche anterior había remojado las tejas de la vieja casa de campo. Cuando llegamos, la lluvia goteaba en todos los cuartos.

—Los techos no están preparados para un invierno semejante —dijeron los criados al introducirnos en la sala, y como echaran sobre mí una mirada de extrañeza, Daniel explicó rápidamente:

—Mi prima y yo nos casamos esta mañana.

Tuve dos segundos de perplejidad.

«Por muy poca importancia que se haya dado a nuestro repentino enlace, Daniel debió haber advertido a su gente» —pensé, escandalizada.

A la verdad, desde que el coche franqueó los límites de la hacienda, mi marido se había mostrado nervioso, casi agresivo.

Y era natural.

Hacía apenas un año efectuaba el mismo trayecto con su primera mujer; aquella muchacha huraña y flaca a quien adoraba, y que debiera morir tan inesperadamente tres meses después. Pero ahora, ahora hay algo como de recelo en la mirada con que me envuelve de pies a cabeza. Es la mirada hostil con la que de costumbre acoge siempre a todo extranjero.

—¿Qué te pasa? —le pregunto.

—Te miro —me contesta—. Te miro y pienso que te conozco demasiado...

Lo sacude un escalofrío. Se allega a la chimenea y mientras se empeña en avivar la llama azulada que ahúma unos leños empapados, prosigue con mucha calma:

—Hasta los ocho años, nos bañaron a un tiempo en la misma bañera. Luego, verano tras verano, ocultos de bruces en la maleza, Felipe y yo te hemos acechado y visto zambullirse en el río a todas las muchachas de la familia. No necesito ni siquiera desnudarte. De ti conozco hasta la cicatriz de tu operación de apendicitis.

Mi cansancio es tan grande que en lugar de contestar prefiero dejarme caer en un sillón. A mi vez, miro este cuerpo de hombre que se mueve delante de mí. Este cuerpo grande y un poco torpe yo también lo conozco de memoria; yo también lo he visto crecer y desarrollarse. Desde hace años, no me canso de repetir que si Daniel no procura mantenerse derecho terminará por ser jorobado. Y como a menudo enredé en ellos dedos temblorosos de rabia, conozco la resistencia de sus cabellos rubios, ásperos y crespos. En él, sin embargo, esa especie de inquietud en los movimientos, esa mirada angustiada, son algo nuevo para mí.

Cuando era niño, Daniel no temía a los fantasmas ni a los muebles que crujen en la oscuridad durante la noche. Desde la muerte de su mujer, diríase que tiene siempre miedo a estar solo.

Pasamos a una segunda habitación más fría aún que la primera. Comemos sin hablar.

—¿Te aburres? —interroga de improviso mi marido.

—Estoy extenuada —contesto.

Apoyados los codos en la mesa, me mira fijamente largo rato y vuelve a interrogarme:

—¿Para qué nos casamos?

—Por casarnos —respondo.

Daniel deja escapar una pequeña risa.

—¿Sabes que has tenido una gran suerte al casarte conmigo?

—Sí, lo sé —replico, cayéndome de sueño.

—¿Te hubiera gustado ser una solterona arrugada, que teje para los pobres de la hacienda?

Me encojo de hombros.

—Ese es el porvenir que aguarda a tus hermanas...

Permanezco muda. No me hacen ya el menor efecto las frases cáusticas con que me turbaba no hace aún quince días.

Una nueva y violenta racha de lluvia se descarga contra los vidrios. Allá, en el fondo del parque, oigo acercarse y alejarse el incesante ladrido de los perros. Daniel se levanta y toma la lámpara. Echa a andar. Mientras lo sigo, arrebuja en la vieja manta de vicuña, que me echara compasivamente sobre los hombros la buena mujer que nos sirviera la comida improvisada, compruebo con sorpresa que sus sarcasmos no hacen sino revolverse contra él mismo. Está lívido y parece sufrir.

Al entrar en el dormitorio, suelta la lámpara y vuelve rápidamente la cabeza a la par que una especie de ronquido que no alcanza a reprimir le desgarró la garganta.

Le miro extrañada. Tardo un segundo en comprender que está llorando.

Me aparto de él, tratando de persuadirme de que la actitud más discreta está en fingir una absoluta ignorancia de su dolor. Pero en mi fuero interno algo me dice que ésta es también la actitud más cómoda.

Y entonces, más que el llanto de mi marido, me molesta la idea de mi propio egoísmo. Lo dejo pasar al cuarto contiguo sin esbozar un gesto hacia él, sin balbucir una palabra de consuelo. Me desvisto, me acuesto y, sin saber cómo, me deslizo instantáneamente en el sueño.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, hay a mi lado un surco vacío en el lecho; me informan que, al rayar el alba, Daniel salió camino del pueblo.

La muchacha que yace en ese ataúd blanco, no hace dos días coloreaba tarjetas postales, sentada bajo el emparrado. Y ahora hela aquí aprisionada, inmóvil, en ese largo estuche de madera, en cuya tapa han encajado un vidrio para que sus conocidos

puedan contemplar su postrera expresión.

Me acerco y miro, por primera vez, la cara de un muerto.

Veo un rostro descolorido, sin ni un toque de sombra en los anchos párpados cerrados. Un rostro vacío de todo sentimiento.

Esta muerta, sobre la cual no se me ocurriría inclinarme para llamarla porque parece que no hubiera vivido nunca, me sugiere de pronto la palabra silencio.

Silencio, un gran silencio, un silencio de años, de siglos, un silencio aterrador que empieza a crecer en el cuarto y dentro de mi cabeza.

Retrocedo y, abriéndome paso con nerviosa precipitación entre mudos enlutados, alcanzo la puerta, después de haber tropezado con horribles coronas de flores artificiales.

Atravieso casi corriendo el jardín, abro la verja. Pero, afuera, una sutil neblina ha diluido el paisaje y el silencio es aún más inmenso.

Desciendo la pequeña colina sobre la cual la casa está aislada entre cipreses, como una tumba, y me voy, a bosque traviesa, pisando firme y fuerte, para despertar un eco. Sin embargo, todo continúa mudo y mi pie arrastra hojas caídas que no crujen porque están húmedas y como en descomposición.

Esquivo siluetas de árboles, a tal punto estáticas, borrosas, que de pronto alargó la mano para convencerme de que existen realmente.

Tengo miedo. En aquella inmovilidad y también en la de esa muerta estirada allá arriba, hay como un peligro oculto.

Y porque me ataca por vez primera, reacciono violentamente contra el asalto de la niebla.

¡Yo existo, yo existo —digo en voz alta— y soy bella y feliz! Sí, ¡feliz!; la felicidad no es más que tener un cuerpo joven y esbelto y ágil.

No obstante, desde hace mucho, flota en mí una turbia inquietud. Cierta noche, mientras dormía, vislumbré algo, algo que era tal vez su causa. Una vez despierta, traté en vano de recordarlo. Noche a noche he tratado, también en vano, de volver a encontrar el mismo sueño.

Un soplo frío me azota la frente. Sin ruido, tocándome casi, ha pasado sobre mí un pájaro de alas rojizas, de alas de color de otoño. Tengo miedo nuevamente. Emprendo una carrera desesperada hacia mi casa.

Diviso a mi marido, que apacigua el trote de su caballo para gritarme que su hermano Felipe, con su mujer y un amigo, han venido a visitarnos de paso para la ciudad.

Entro en el salón por la puerta que abre sobre el macizo de rododendros. En la penumbra, dos sombras se apartan bruscamente una de otra, con tan poca destreza, que la cabellera medio desatada de Regina queda prendida a los botones de la chaqueta de un desconocido. Sobrecogida, los miro.

La mujer de Felipe opone a mi mirada otra mirada llena de cólera. Él, un muchacho alto y muy moreno, se inclina, con mucha calma desenmaraña las guedejas

negras, y aparta de su pecho la cabeza de su amante.

Pienso en la trenza demasiado apretada que corona sin gracia mi cabeza. Me voy sin haber despegado los labios.

Ante el espejo de mi cuarto, desato mis cabellos, mis cabellos también sombríos. Hubo un tiempo en que los llevé sueltos, casi hasta tocar el hombro. Muy lacios y apegados a las sienes, brillaban como una seda fulgurante. Mi peinado se me antojaba, entonces, un casco guerrero que, estoy segura, hubiera gustado al amante de Regina. Mi marido me ha obligado después a recoger mis extravagantes cabellos; porque en todo debo esforzarme en imitar a su primera mujer, a su primera mujer que, según él, era una mujer perfecta.

Me miro al espejo atentamente y compruebo angustiada que mis cabellos han perdido ese leve tinte rojo que les comunicaba un extraño fulgor, cuando sacudía la cabeza. Mis cabellos se han oscurecido. Van a oscurecerse cada día más.

Y antes que pierdan su brillo y su violencia, no habrá nadie que diga que tengo lindo pelo.

La casa resuena y queda vibrando durante un pequeño intervalo del acorde que dos manos han arrancado al viejo piano del salón. Luego, un nocturno empieza a desgranarse en un centenar de notas que van doblando y multiplicándose.

Anudo precipitadamente mis cabellos y vuelo escaleras abajo.

Regina está tocando de memoria. A su juego confuso e incierto, presta unidad y relieve una especie de pasión desatada, casi impúdica.

Detrás de ella, su marido y el mío fuman sin escucharla.

El piano calla bruscamente. Regina se pone de pie, cruza con lentitud el salón, se allega a mí hasta tocarme. Tengo muy cerca de mi cara su cara pálida, de una palidez que no es en ella falta de color, sino intensidad de vida, como si estuviera siempre viviendo una hora de violencia interior.

Regina vuelve a cruzar el salón para sentarse nuevamente junto al piano. Al pasar sonrío a su amante, que envuelve en deseo cada uno de sus pasos.

Parece que me hubieran vertido fuego dentro de las venas. Salgo al jardín, huyo. Me interno en la bruma y de pronto un rayo de sol se enciende al través, prestando una dorada claridad de gruta al bosque en que me encuentro; hurga la tierra, desprende de ella aromas profundos y mojados.

Me acomete una extraña languidez. Cierro los ojos y me abandono contra un árbol. ¡Oh, echar los brazos alrededor de un cuerpo ardiente y rodar con él, enlazada, por una pendiente sin fin...! Me siento desfallecer y en vano sacudo la cabeza para disipar el sopor que se apodera de mí.

Entonces me quito las ropas, todas, hasta que mi carne se tiñe del mismo resplandor que flota entre los árboles. Y así, desnuda y dorada, me sumerjo en el estanque.

No me sabía tan blanca y tan hermosa. El agua alarga mis formas, que toman proporciones irreales. Nunca me atreví antes a mirar mis senos; ahora los miro.

Pequeños y redondos, parecen diminutas corolas suspendidas sobre el agua.

Me voy enterrando hasta la rodilla en una espesa arena de terciopelo. Tibias corrientes me acarician y penetran. Como brazos de seda, las plantas acuáticas me enlazan el torso con sus largas raíces. Me besa la nuca y sube hasta mi frente el aliento fresco del agua.

A la madrugada, agitaciones en el piso bajo, paseos insólitos alrededor de mi lecho provocan desgarrones en mi sueño. Me fatigo inútilmente, ayudando en pensamiento a Daniel. Junto con él, abro cajones y busco mil objetos, sin poder nunca hallarlos. Un gran silencio me despierta, por fin.

Advierto un tremendo desorden en el cuarto y veo una cartuchera olvidada sobre el velador.

Recuerdo entonces que los hombres debían salir de caza, para no volver sino al anochecer.

Regina se levanta contrariada. Durante el almuerzo no cesa de protestar ásperamente contra los caprichos intempestivos de nuestros maridos. No le contesto, temiendo exasperarla con lo que ella llama mi candor.

Más tarde me recuesto sobre los peldaños de la escalinata y aguzo el oído. Hora tras hora espero en vano la detonación lejana que llegue a quebrar este enervante silencio. Los cazadores parecen haber sido secuestrados por la bruma...

¡Con qué rapidez la estación va acortando los días! Ya empieza a incendiarse el poniente. Tras los vidrios de cada ventana parece brillar una hoguera. Todo lo abrasa una roja llamarada cuyo fulgor no consigue atenuar la niebla.

Cayó la noche. No croan las ranas y no percibo, tan siquiera, el gemido tranquilo de algún grillo, perdido en el césped. Detrás de mí, la casa permanece totalmente oscura.

Angustiada, entro al salón, prendo una lámpara. Ahogo una exclamación de sorpresa. Regina se ha quedado dormida sobre el diván. La miro. Sus rasgos parecen alisarse hacia las sienes; el contorno de sus pómulos se ha suavizado y su piel luce aún más tersa. Me acerco. Ignoraba que los seres embellecieran cuando reposan extendidos. Regina no parece ahora una mujer, sino una niña, una niña muy dulce y muy indolente.

Me la imagino dormida así, en tibios aposentos alfombrados donde toda una vida misteriosa se insinúa en un flotante perfume de cabelleras y cigarrillos femeninos.

De nuevo en mí este dolor punzante como un grito.

Vuelvo a salir para sentarme en la oscuridad, frente a la casa. Veo moverse luces entre los árboles. Bultos de hombres avanzan con infinitas precauciones, trayendo grandes ramas encendidas en las manos a modo de antorchas. Oigo el jadeo precipitado de los perros.

—¿Buena suerte? —interrogo con júbilo.

—¡Maldita niebla! —rezonga Daniel, por toda respuesta.

Hombres y animales vienen a desplomarse, exhaustos, a mis pies. Se alinea

delante de mí una profusión de alas muertas, de pobres cuerpos mutilados, embarrados.

El amante de Regina deja caer sobre mis rodillas una torcaza aún caliente y que destila sangre.

Pego un alarido y la rechazo, nerviosa. Mientras todos se alejan riendo, el cazador se obstina en mantener, contra mi voluntad, aquel vergonzoso trofeo en mi regazo. Me debato como puedo y llorando casi de indignación. Cuando él afloja su forzado abrazo, levanto la cara.

Me intimida su mirada escrutadora y bajo los ojos. Al levantarlos de nuevo, noto que me sigue mirando. Lleva la camisa entreabierto y de su pecho se desprende un olor a avellanas y a sudor de hombre limpio y fuerte. Le sonrío turbada. Entonces él, levantándose de un salto, penetra en la casa sin volver la cabeza.

La niebla se estrecha, cada día más, contra la casa. Ya hizo desaparecer las araucarias cuyas ramas golpeaban la balaustrada de la terraza. Anoche soñé que, por entre las rendijas de las puertas y ventanas, se infiltraba lentamente en la casa, en mi cuarto, y esfumaba el color de las paredes, los contornos de los muebles, y se entrelazaba a mis cabellos, y se me adhería al cuerpo y lo deshacía todo, todo... Solo, en medio del desastre, quedaba intacto el rostro de Regina, con su mirada de fuego y sus labios llenos de secretos.

Hace varias horas que hemos llegado a la ciudad. Detrás de la espesa cortina de niebla, suspendida inmóvil alrededor de nosotros, la siento pesar en la atmósfera.

La madre de Daniel ha hecho abrir el gran comedor y encender todos los candelabros sobre la larga mesa de familia donde, en una punta, nos amontonamos, entumecidos. Pero el vino dorado, que nos sirven en copas de pesado cristal, nos entibia las venas; su calor nos va trepando por la garganta hasta las sienes.

Daniel, ligeramente achispado, promete restaurar en nuestra casa el oratorio abandonado. Al final de la comida hemos convenido que mi suegra vendrá con nosotros al campo.

Mi dolor de estos últimos días, ese dolor lancinante como una quemadura, se ha convertido en una dulce tristeza que me trae a los labios una sonrisa cansada. Cuando me levanto, debo apoyarme en mi marido. No sé por qué me siento tan débil y no sé por qué no puedo dejar de sonreír.

Por primera vez desde que estamos casados, Daniel me acomoda las almohadas. A medianoche me despierto, sofocada. Me agito largamente entre las sábanas, sin llegar a conciliar el sueño. Me ahogo. Respiro con la sensación de que me falta siempre un poco de aire para cada soplo. Salto del lecho, abro la ventana. Me inclino hacia fuera y es como si no cambiara de atmósfera. La neblina, esfumando los ángulos, tamizando los ruidos, ha comunicado a la ciudad la tibia intimidad de un cuarto cerrado.

Una idea loca se apodera de mí. Sacudo a Daniel, que entreabre los ojos.

—Me ahogo. Necesito caminar. ¿Me dejas salir?

—Haz lo que quieras —murmura, y de nuevo recuesta pesadamente la cabeza en la almohada.

Me visto. Tomo al pasar el sombrero de paja con que salí de la hacienda. El portón es menos pesado de lo que pensaba. Echo a andar, calle arriba.

La tristeza reaflye a la superficie de mi ser con toda la violencia que acumulara durante el sueño. Ando, cruzo avenidas y pienso:

—Mañana volveremos al campo. Pasado mañana iré a oír misa al pueblo, con mi suegra. Luego, durante el almuerzo, Daniel nos hablará de los trabajos de la hacienda. En seguida visitaré el invernáculo, la pajarera, el huerto. Antes de cenar, dormiré junto a la chimenea o leeré los periódicos locales. Después de comer me divertiré en provocar pequeñas catástrofes dentro del fuego, removiendo desatinadamente las brasas. A mi alrededor, un silencio indicará muy pronto que se ha agotado todo tema de conversación y Daniel ajustará ruidosamente las barras contra las puertas. Luego nos iremos a dormir. Y pasado mañana será lo mismo, y dentro de un año, y dentro de diez; y será lo mismo hasta que la vejez me arrebatte todo derecho a amar y a desear, y hasta que mi cuerpo se marchite y mi cara se aje y tenga vergüenza de mostrarme sin artificios a la luz del sol.

Vago al azar, cruzo avenidas y sigo andando.

No me siento capaz de huir. De huir, ¿cómo, adónde? La muerte me parece una aventura más accesible que la huida. De morir, sí, me siento capaz. Es muy posible desear morir porque se ama demasiado la vida.

Entre la oscuridad y la niebla vislumbro una pequeña plaza. Como en pleno campo, me apoyo extenuada contra un árbol. Mi mejilla busca la humedad de su corteza. Muy cerca, oigo una fuente desgranar una sarta de pesadas gotas.

La luz blanca de un farol, luz que la bruma transforma en vaho, baña y empalidece mis manos, alarga a mis pies una silueta confusa, que es mi sombra. Y he aquí que, de pronto, veo otra sombra junto a la mía. Levanto la cabeza.

Un hombre está frente a mí, muy cerca de mí. Es joven; unos ojos muy claros en un rostro moreno y una de sus cejas levemente arqueada, prestan a su cara un aspecto casi sobrenatural. De él se desprende un vago pero envolvente calor.

Y es rápido, violento, definitivo. Comprendo que lo esperaba y que le voy a seguir como sea, donde sea. Le echo los brazos al cuello y él entonces me besa, sin que por entre sus pestañas las pupilas luminosas cesen de mirarme.

Ando, pero ahora un desconocido me guía. Me guía hasta una calle estrecha y en pendiente. Me obliga a detenerme. Tras una verja, distingo un jardín abandonado. El desconocido desata con dificultad los nudos de una cadena enmohecida.

Dentro de la casa la oscuridad es completa, pero una mano tibia busca la mía y me incita a avanzar. No tropezamos contra ningún mueble; nuestros pasos resuenan en cuartos vacíos. Subo a tientas la larga escalera, sin que necesite apoyarme en la baranda, porque el desconocido guía aún cada uno de mis pasos. Lo sigo, me siento

en su dominio, entregada a su voluntad. Al extremo de un corredor, empuja una puerta y suelta mi mano. Quedo parada en el umbral de una pieza que, de pronto, se ilumina.

Doy un paso dentro de una habitación cuyas cretonas descoloridas le comunican no sé qué encanto anticuado, no sé qué intimidad melancólica. Todo el calor de la casa parece haberse concentrado aquí. La noche y la neblina pueden aletear en vano contra los vidrios de la ventana; no conseguirán infiltrar en este cuarto un solo átomo de muerte.

Mi amigo corre las cortinas y ejerciendo con su pecho una suave presión, me hace retroceder, lentamente, hacia el lecho. Me siento desfallecer en dulce espera y, sin embargo, un singular pudor me impulsa a fingir miedo. Él entonces sonrío, pero su sonrisa, aunque tierna, es irónica. Sospecho que ningún sentimiento abriga secretos para él. Se aleja, simulando a su vez querer tranquilizarme. Quedo sola.

Oigo pasos muy leves sobre la alfombra, pasos de pies descalzos. Él está nuevamente frente a mí, desnudo. Su piel es oscura, pero un vello castaño, al cual se prende la luz de la lámpara, lo envuelve de pies a cabeza en una aureola de claridad. Tiene piernas muy largas, hombros rectos y caderas estrechas. Su frente está serena y sus brazos cuelgan inmóviles a lo largo del cuerpo. La grave sencillez de su actitud le confiere como una segunda desnudez.

Casi sin tocarme, me desata los cabellos y empieza a quitarme los vestidos. Me someto a su deseo callada y con el corazón palpitante. Una secreta aprensión me estremece cuando mis ropas refrenan la impaciencia de sus dedos. Ardo en deseos de que me descubra cuanto antes su mirada. La belleza de mi cuerpo ansía, por fin, su parte de homenaje.

Una vez desnuda, permanezco sentada al borde de la cama. Él se aparta y me contempla. Bajo su atenta mirada, echo la cabeza hacia atrás y este ademán me llena de íntimo bienestar. Anudo mis brazos tras la nuca, trenzo y destrenzo las piernas y cada gesto me trae consigo un placer intenso y completo, como si, por fin, tuvieran una razón de ser mis brazos y mi cuello y mis piernas. ¡Aunque este goce fuera la única finalidad del amor, me sentiría ya bien recompensada!

Se acerca; mi cabeza queda a la altura de su pecho, me lo tiende sonriente, oprimo a él mis labios y apoyo en seguida la frente, la cara. Su carne huele a fruta, a vegetal. En un nuevo arranque echo mis brazos alrededor de su torso y atraigo, otra vez, su pecho contra mi mejilla.

Lo abrazo fuertemente y con todos mis sentidos escucho. Escucho nacer, volar y recaer su soplo; escucho el estallido que el corazón repite incansable en el centro del pecho y hace repercutir en las entrañas y extiende en ondas por todo el cuerpo, transformando cada célula en un eco sonoro. Lo estrecho, lo estrecho siempre con más afán; siento correr la sangre dentro de sus venas y siento trepidar la fuerza que se agazapa inactiva dentro de sus músculos; siento agitarse la burbuja de un suspiro. Entre mis brazos, toda una vida física, con su fragilidad y su misterio, bulle y se

precipita. Me pongo a temblar.

Entonces él se inclina sobre mí y rodamos enlazados al hueco del lecho. Su cuerpo me cubre como una grande ola hirviente, me acaricia, me quema, me penetra, me envuelve, me arrastra desfallecida. A mi garganta sube algo así como un sollozo, y no sé por qué empiezo a quejarme, y no sé por qué me es dulce quejarme, y dulce a mi cuerpo el cansancio infligido por la preciosa carga que pesa entre mis muslos.

Cuando despierto, mi amante duerme extendido a mi lado. Es plácida la expresión de su rostro; su aliento es tan leve que debo inclinarme sobre sus labios para sentirlo. Advierto que, prendida a una finísima, casi invisible cadena, una medallita anida entre el vello castaño del pecho; una medallita trivial, de esas que los niños reciben el día de su primera comunión. Mi carne toda se enternece ante este pueril detalle. Aliso un mechón rebelde apegado a su sien, me incorporo sin despertarlo. Me visto con sigilo y me voy.

Salgo como he venido, a tientas.

Ya estoy fuera. Abro la verja. Los árboles están inmóviles y todavía no amanece. Subo corriendo la callejuela, atravieso la plaza, remonto avenidas. Un perfume muy suave me acompaña: el perfume de mi enigmático amigo. Toda yo he quedado impregnada de su aroma. Y es como si él anduviera aún a mi lado o me tuviera aún apretada en su abrazo o hubiera deshecho su vida en mi sangre, para siempre.

Y he aquí que estoy extendida al lado de otro hombre dormido.

—«Daniel, no te compadezco, no te odio, deseo solamente que no sepas nunca nada de cuanto me ha ocurrido esta noche...».

¿Por qué, en otoño, esa obstinación de hacer constantemente barrer las avenidas?

Yo dejaría las hojas amontonarse sobre el césped y los senderos, cubrirlo todo con su alfombra rojiza y crujiente que la humedad tomaría luego silenciosa. Trato de convencer a Daniel para que abandone un poco el jardín. Siento nostalgia de parques abandonados, donde la mala hierba borre todas las huellas y donde arbustos descuidados estrechen los caminos.

Pasan los años. Me miro al espejo y me veo, definitivamente marcadas bajo los ojos, esas pequeñas arrugas que sólo me afluían, antes, al reír. Mi seno está perdiendo su redondez y consistencia de fruto verde. La carne se me pega a los huesos y ya no parezco delgada, sino angulosa. Pero ¡qué importa! ¡Qué importa que mi cuerpo se marchite, si conoció el amor! Y qué importa que los años pasen, todos iguales. Yo tuve una hermosa aventura, una vez... Tan sólo con un recuerdo se puede soportar una larga vida de tedio. Y hasta repetir, día a día, sin cansancio, los mezquinos gestos cotidianos.

Hay un ser que no puedo encontrar sin temblar. Lo puedo encontrar hoy, mañana o dentro de diez años. Lo puedo encontrar aquí, al final de una alameda o en la ciudad, al doblar una esquina. Tal vez nunca lo encuentre. No importa; el mundo me parece lleno de posibilidades; en cada minuto hay para mí una espera, cada minuto tiene para mí su emoción.

Noche a noche, Daniel se duerme a mi lado, indiferente como un hermano. Lo abrigo con indulgencia porque hace años, toda una larga noche, he vivido del calor de otro hombre. Me levanto, enciendo a hurtadillas una lámpara y escribo:

«He conocido el perfume de tu hombro y desde ese día soy tuya. Te deseo. Me pasaría la vida tendida, esperando que vinieras a apretar contra mi cuerpo tu cuerpo fuerte y conecedor del mío, como si fuera su dueño desde siempre. Me separo de tu abrazo y todo el día me persigue el recuerdo de cuando me suspendo a tu cuello y suspiro sobre tu boca».

Escribo y rompo.

Hay mañanas en que me invade una absurda alegría. Tengo el presentimiento de que una felicidad muy grande va a caer sobre mí en el espacio de veinticuatro horas. Me paso el día en una especie de exaltación. Espero. ¿Una carta, un acontecimiento imprevisto? No sé, a la verdad.

Ando, me interno monte adentro y, aunque es tarde, acorto el paso a mi vuelta. Concedo al tiempo un último plazo para el advenimiento del milagro. Entro al salón con el corazón palpitante.

Tumbado en un diván, Daniel bosteza, entre sus perros. Mi suegra está devanando una nueva madeja de lana gris. No ha venido nadie, no ha pasado nada. La amargura de la decepción no me dura sino el espacio de un segundo. Mi amor por «él» es tan grande que está por encima del dolor de la ausencia. Me basta saber que existe, que siente y recuerda en algún rincón del mundo...

La hora de comida me parece interminable.

Mi único anhelo es estar sola para poder soñar, soñar a mis anchas. ¡Tengo siempre tanto en qué pensar! Ayer tarde, por ejemplo, dejé en suspenso una escena de celos entre mi amante y yo.

Detesto que después de cenar me soliciten para la tradicional partida de naipes. Me gusta sentarme junto al fuego y recogerme para buscar entre las brasas los ojos claros de mi amante. Bruscamente, despuntan como dos estrellas y yo permanezco entonces largo rato sumida en esa luz. Nunca como en esos momentos recuerdo con tanta nitidez la expresión de su mirada.

Hay días en que me acomete un gran cansancio y, vanamente, remuevo las cenizas de mi memoria para hacer saltar la chispa que crea la imagen. Pierdo a mi amante.

Un gran viento me lo devolvió la última vez. Un viento que derrumbó tres nogales e hizo persignarse a mi suegra, lo indujo a llamar a la puerta de la casa. Traía los cabellos revueltos y el cuello del gabán muy subido. Pero yo lo reconocí y me desplomé a sus pies. Entonces él me cargó en sus brazos y me llevó así, desvanecida, en la tarde de viento... Desde aquel día no me ha vuelto a dejar.

El pálido otoño parece haber robado al estío esta ardiente mañana de sol. Busco mi sombrero de paja y no lo hallo. Lo busco primero con calma, luego con fiebre...

porque tengo miedo de hallarlo. Una gran esperanza ha nacido en mí. Suspiro, aliviada, ante la inutilidad de mis esfuerzos. Ya no hay duda posible. Lo olvidé una noche en casa de un desconocido. Una felicidad tan intensa me invade, que debo apoyar mis dos manos sobre el corazón para que no se me escape, liviano como un pájaro. Además de un abrazo, como a todos los amantes, algo nos une para siempre. Algo material, concreto, indestructible: mi sombrero de paja.

Estoy ojerosa y, a menudo, la casa, el parque, los bosques, empiezan a girar vertiginosamente dentro de mi cerebro y ante mis ojos.

Trato de imponerme cierto reposo, pero es sólo caminando que puedo imprimir un ritmo a mis sueños, abrirlos, hacerlos describir una curva perfecta. Cuando estoy quieta, todos ellos se quiebran las alas sin poderlas abrir.

Llega el día de nuestro décimo aniversario matrimonial. La familia se reúne en nuestra hacienda, salvo Felipe y Regina, cuya actitud es agriamente censurada.

Como para compensar la indiferencia en medio de la cual se efectuó hace años nuestro enlace, hay ahora un exceso de abrazos, de regalos y una gran comida con numerosos brindis.

En la mesa, la mirada displicente de Daniel tropieza con la mía.

Hoy he visto a mi amante. No me canso de pensarlo, de repetirlo en voz alta. Necesito escribir: hoy lo he visto, hoy lo he visto.

Sucedió este atardecer, cuando yo me bañaba en el estanque.

De costumbre permanezco allí largas horas, el cuerpo y el pensamiento a la deriva. A menudo no queda de mí, en la superficie, más que un vago remolino; yo me he hundido en un mundo misterioso donde el tiempo parece detenerse bruscamente, donde la luz pesa como una sustancia fosforescente, donde cada uno de mis movimientos adquiere sabias y felinas lentitudes y yo exploro minuciosamente los repliegues de ese antro de silencio. Recojo extrañas caracolas, cristales que al traer a nuestro elemento se convierten en guijarros negruzcos e informes. Remuevo piedras bajo las cuales duermen o se revuelven miles de criaturas atolondradas y escurridizas.

Emergía de aquellas luminosas profundidades cuando divisé a lo lejos, entre la niebla, venir silencioso, como una aparición, un carruaje todo cerrado. Tambaleando penosamente, los caballos se abrían paso entre los árboles y la hojarasca sin provocar el menor ruido.

Sobrecogida me agarré a las ramas de un sauce y no reparando en mi desnudez suspendí medio cuerpo fuera del agua.

El carruaje avanzó lentamente, hasta arrimarse a la orilla opuesta del estanque. Una vez allí, los caballos agacharon el cuello y bebieron, sin abrir un solo círculo en la tersa superficie.

Algo muy grande para mí iba a suceder. Mi corazón y mis nervios lo presentían.

Tras la ventanilla estrecha del carruaje vi, entonces, asomarse e inclinarse, para mirarme, una cabeza de hombre.

Reconocí inmediatamente los ojos claros, el rostro moreno de mi amante.

Quise llamarlo, pero mi impulso se quebró en una especie de grito ronco, indescriptible. No podía llamarlo, no sabía su nombre. Él debió ver la angustia pintada en mi semblante, pues, como para tranquilizarme, esbozó a mi intención una sonrisa, un leve ademán de la mano. Luego, reclinándose hacia atrás, desapareció de mi vista.

El carruaje echó a andar nuevamente y sin darme tan siquiera tiempo para nadar hacia la orilla, se perdió de improviso en el bosque, como si se lo hubiera tragado la niebla.

Sentí un leve golpe azotarme la cadera. Volví mi cara estupefacta. La balsa ligera en que el hijo menor del jardinero se desliza sobre el agua, estaba inmovilizada detrás de mí.

Apretando los brazos contra mi pecho desnudo, le grité, frenética:

—¿Lo viste, Andrés, lo viste?

—Sí, señora, lo vi —asintió tranquilamente el muchacho.

—¿Me sonrió, no es verdad, Andrés, me sonrió?

—Sí, señora. Qué pálida está usted. Salga pronto del agua, no se vaya a desmayar —dijo, e imprimió vuelo a su embarcación.

Provisto de una red, continuó barriendo las hojas secas que el otoño recostaba sobre el estanque...

Vivo agobiada por la felicidad.

Ignoro cuáles serán los proyectos de mi amigo, pero estoy segura de que respira muy cerca de mí.

La aldea, el parque, los bosques, me parecen llenos de su presencia. Ando por todos lados con la convicción de que él acecha cada uno de mis pasos.

Grito: «¡Te quiero!» «¡Te deseo!», para que llegue hasta su escondrijo la voz de mi corazón y de mis sentidos.

Ayer una voz lejana respondió a la mía: «¡Amoor!» Me detuve, pero, aguzando el oído, percibí un rumor confuso de risas ahogadas. Muerta de vergüenza caí en cuenta de que los leñadores parodiaban así mi llamado.

Sin embargo —es absurdo—, en ese momento, mi amigo me pareció aún más cerca. Como si aquellos simples hubieran sido, inconscientemente, el portavoz de su pensamiento.

Dócilmente, sin desesperación, espero siempre su venida. Después de la cena, bajo al jardín para entreabrir furtivamente una de las persianas del salón. Noche a noche, si él lo desea, podrá verme sentada junto al fuego o leyendo bajo la lámpara. Podrá seguir cada uno de mis movimientos e infiltrarse, a su antojo, en mi intimidad.

Yo no tengo secretos para él...

Por las tardes, salgo a la terraza a la hora en que Andrés surge en el fondo del parque, de vuelta del trabajo.

Me estremezco al divisarlo con su red al hombro y sus pies descalzos. Se me figura que va a entregarme algún mensaje importante, al pasar. Pero, cada vez, se pierde, indiferente, entre los pinos.

Me recuesto entonces sobre los peldaños de la escalinata y me consuelo, pensando en que la llovizna que me salpica el rostro es la misma que está aleteando contra el pecho de mi amigo o resbalando por los cristales de su ventana.

A menudo, cuando todos duermen, me incorporo en el lecho y escucho. Calla súbitamente el canto de las ranas. Allá muy lejos, del corazón de la noche, oigo venir unos pasos. Los oigo aproximarse lentamente, los oigo apretar el musgo, remover las hojas secas, quebrar las ramas que le entorpecen el camino. Son los pasos de mi amante. Es la hora en que él viene a mí. Cruje la tranquera. Oigo la cabalgata enloquecida de los perros y oigo, distintamente, el murmullo que los aquieta.

Reina nuevamente el silencio y no percibo nada más.

Pero tengo la certidumbre de que mi amigo se arrima bajo mi ventana y permanece allí, velando mi sueño, hasta el amanecer.

Una vez suspiró despacito y yo no corrí a sus brazos porque aún no me ha llamado.

Ignoro por qué huye sin haberme llamado.

De vuelta del pueblo, Andrés me informa, displicentemente, de que un día vio alejarse a todo galope, camino de la ciudad, un coche todo cerrado.

Sin embargo, no sufro desaliento alguno. He vivido horas felices y ahora que ha venido, sé que volverá.

Hacía años que Daniel no me besaba y por eso no me explico cómo pudo aquello suceder.

Tal vez hubo una leve premeditación de mi parte. ¡Oh, alguien que en estos largos días de verano lograra aliviar mi tedio! Sin embargo, todo fue imprevisto y tremendo y hay un vacío en mi memoria hasta el momento en que me descubrí, entre los brazos de mi marido.

Mi cuerpo y mis besos no pudieron hacerlo temblar, pero lo hicieron, como antes, pensar en otro cuerpo y en otros labios. Como hace años, lo volví a ver tratando furiosamente de acariciar y desear mi carne y encontrando siempre el recuerdo de la muerta entre él y yo. Al abandonarse sobre mi pecho, su mejilla, inconscientemente, buscaba la tersura y los contornos de otro pecho. Besó mis manos, me besó toda, extrañando tibiezas, perfumes y asperezas familiares. Y lloró locamente, llamándola, gritándome al oído cosas absurdas que iban dirigidas a ella.

Oh, nunca, nunca, su primera mujer lo ha poseído más desgarrado, más desesperado por pertenecerle, como esta tarde. Quiriendo huirla nuevamente, la ha

encontrado, de pronto, casi dentro de sí.

En el lecho, yo quedé tendida y sollozante, con el pelo adherido a las sienes mojadas, muerta de desaliento y de vergüenza. No traté de moverme, ni siquiera de cubrirme. Me sentía sin valor para morir, sin valor para vivir. Mi único anhelo era postergar el momento de pensar.

Y fue para hundirme en esa miseria que traicioné a mi amante.

Hace ya un tiempo que no distingo las facciones de mi amigo, que lo siento alejado. Le escribo para disipar un naciente malentendido:

«Yo nunca te he engañado. Es cierto que, durante todo el verano, entre Daniel y yo se ha vuelto a anudar con frecuencia ese feroz abrazo, hecho de tedio, perversidad y tristeza. Es cierto que hemos permanecido a menudo encerrados en nuestro cuarto hasta el anochecer, pero nunca te he engañado. Ah, si pudiera contentarte esta sola afirmación mía. Mi querido, mi torpe amante, obligándome a definir y a explicar, das carácter y cuerpo de infidelidad a un breve capricho de verano.

¿Deseas que hable a pesar de todo? Obedezco.

Un día ardiente nos tenía, a mi marido y a mí, enjaulados frente a frente, llorando casi de enervamiento y de ocio. Mi segundo encuentro con Daniel fue idéntico al primero. El mismo anhelo sordo, el mismo abrazo desesperado, el mismo desengaño. Como la vez anterior, quedé tendida, humillada y jadeante.

Y entonces se produjo el milagro.

Un murmullo leve, levísimo, empezó a mecarme, mientras una delicada frescura con olor a río se infiltraba en el cuarto. Era la primera lluvia de verano.

Me sentí menos desgraciada, sin saber por qué. Una mano rozó mi hombro.

Daniel estaba de pie junto al lecho. Una sonrisa amable erraba en su semblante. Me tendía un vaso de cristal empañado y filtrando hielo.

Como yo alzara lánguidamente la cabeza, él, con insólita ternura, acuñó su brazo bajo mi nuca y por entre mis labios reseco empezó a volcarme todos los fresales del bosque diluidos en un helado jarabe.

Un gran bienestar me invadió.

Fuera crecía y se esparcía el murmullo de la lluvia, como si ésta multiplicara cada una de sus hebras de plata. Un soplo de brisa hacía palpar las sedas de las ventanas.

Daniel volvió a extenderse a mi lado y largas horas permanecemos silenciosos, mientras lenta, lenta, se alejaba la lluvia como una bandada de pájaros húmedos.

La alcoba quedó sumida en un crepúsculo azulado en donde los espejos brillando como aguas apretadas, hacían pensar en un reguero de claras charcas.

Cuando mi marido encendió la lámpara, en el techo, una pequeña araña, sorprendida en quién sabe qué sueños de atardecer, se escurrió para ocultarse.

“Augurio de felicidad”, balbucí, y volví a cerrar los ojos. Hacía meses que no me

sentía envuelta en tan divina y animal felicidad.

¿Y ahora, comprendes por qué volví a Daniel?

¿Qué me importa su abrazo? Después venía el hecho, convertido ya en infalible rito, de darme de beber; después era el gran descanso en el amplio lecho.

Herméticamente cerradas las claras sedas de las ventanas y sumido así en una semioscuridad resplandeciente, nuestro cuarto parecía una gran carpa rosada tendida al sol, donde mi lucha contra el día se hacía sin angustia ni lágrimas de enervamiento.

Imaginaba hombres avanzando penosamente por carreteras polvorientas, soldados desplegando estrategias en llanuras cuya tierra hirviente debía requebrarles la suela de las botas. Veía ciudades duramente castigadas por el implacable estío, ciudades de calles vacías y establecimientos cerrados, como si el alma se les hubiera escapado y no quedara de ellas sino el esqueleto, todo alquitrán, derritiéndose al sol.

Y en el momento en que sentía cierto extraño nudo retorcerse en mi garganta, hasta sofocarme, la lluvia empezaba a caer. Se apoderaba entonces de mí el mismo bienestar del primer día. Me parecía sentir el agua resbalar dulcemente a lo largo de mis sienes afiebradas y sobre mi pecho repleto de sollozos.

Oh amigo adorado, ¿comprendes ahora que nunca te engañé?

Todo fue un capricho, un inofensivo capricho de verano. “¡Tú eres mi primer y único amante!”»

Han prendido fuego a todos los montones de hojas secas y el jardín se ha esfumado en humo, como hace años en la bruma. Esta noche no logro dormir. Salto del lecho, abro la ventana y el silencio es tan grande afuera como en nuestro cuarto cerrado. Me vuelvo a tender y entonces sueño.

Hay una cabeza reclinada sobre mi pecho, una cabeza que minuto a minuto se va haciendo más pesada, más pesada, y que me oprime hasta sofocarme. Despierto. ¿No será acaso un llamado? En una noche como ésta lo encontré..., tal vez haya llegado el momento de un segundo encuentro.

Echo un abrigo sobre mis hombros. Mi marido se incorpora, medio dormido.

—¿A dónde vas?

—Me ahogo, necesito caminar... No me mires así: ¿Acaso no he salido otras veces, a esta misma hora?

—¿Tú? ¿Cuándo?

—Una noche que estuvimos en la ciudad.

—¡Estás loca! Debes haber soñado. Nunca ha sucedido algo semejante...

Temblando me aferro a él.

—No necesitas sacudirme. Estoy bien despierto. Nunca, te repito, ¡nunca!

Asegurando mi voz, trato de persuadirle:

—Recuerda. Fue una noche de niebla. Cenamos en el gran comedor, a la luz de

los candelabros...

—¡Sí y bebimos tanto y tan bien que dormimos toda la noche de un tirón!

Grito: ¡No! Suplico: ¡Recuerda, recuerda!

Daniel me mira fijamente un segundo, luego me interroga con sorna:

—¿Y en tu paseo encontraste gente aquella noche?

—A un hombre —respondo provocante.

—¿Te habló?

—Sí.

—¿Recuerdas su voz?

¿Su voz? ¿Cómo era su voz? No la recuerdo. ¿Por qué no la recuerdo? Palidezco y me siento palidecer. Su voz no la recuerdo... porque no la conozco. Repaso cada minuto de aquella noche extraordinaria. He mentido a Daniel. No es verdad que aquel hombre me haya hablado.

—¿No te habló? Ya ves, era un fantasma...

Esta duda que mi marido me ha infiltrado; esta duda absurda y ¡tan grande! Vivo con una quemadura dentro del pecho. Daniel tiene razón. Aquella noche bebí mucho, sin darme cuenta, yo que nunca bebo... Pero en el corazón de la ciudad esa plaza que yo no conocía y que existe... ¿Pude haberla concebido sólo en sueños?... ¿Y mi sombrero de paja? ¿Dónde lo perdí, entonces?

Sin embargo, ¡Dios mío! ¿Es posible que un amante no despliegue los labios ni una vez en toda una larga noche? Tan sólo en los sueños los seres se mueven silenciosos como fantasmas.

¿Dónde está Andrés? ¿Cómo es posible que no haya pensado hasta ahora en consultarlo!

Correré en su busca, le preguntaré: «¿Andrés, tú no ves visiones jamás?» «Oh, no señora». «¿Recuerdas el desconocido del coche?» «Como si fuera hoy, lo recuerdo y recuerdo también que sonrió a la señora...».

No dirá más, pero me habrá salvado de esta atroz incertidumbre. Porque si hay un testigo de la existencia de mi amante, ¿quién me puede asegurar, entonces, que no es Daniel quien ha olvidado mi paseo nocturno?

—¿Dónde está Andrés? —pregunto a sus padres, que están sentados frente al pabellón en que viven.

—De mañanita salió a limpiar el estanque —me contestan.

—No lo divisé por allá —grito nerviosa—. ¡Necesito verlo pronto, pronto!

¿Dónde está Andrés? Lo llaman, lo buscan en el jardín, en el parque, en los bosques.

—Habrà ido al pueblo sin avisar. Que la señora no se impaciente. Volverá luego, el muy haragán...

Espero, espero el día entero. Andrés no vuelve del pueblo. A la mañana siguiente encuentran su chaqueta de brin sobre una balsa que flota a la deriva en el estanque.

—La red, al engancharse en algo, debe haberlo arrastrado. El infeliz no sabía

nadar y...

—¿Qué dices? —interrumpo; y como Daniel me mira extrañado, me abrazo a él gritando desesperadamente—. ¡No! ¡No! ¡Tiene que vivir, tienes que buscarlo!

Se le busca, en efecto, y se extrae, dos días después, su cadáver amoratado, llenas de frías burbujas de plata las cavidades de los ojos, roídos los labios que la muerte tornó indefensos contra el agua y el tiempo.

Ante su padre que se postró sin un gemido, yo me atreví a tocarlo y a llamarlo.

Y ahora, ¿ahora cómo voy a vivir?

Noche a noche oigo a lo lejos pasar todos los trenes. Veo en seguida el amanecer infiltrar, lentamente, en el cuarto, una luz sucia y triste. Oigo las campanas del pueblo dar todas las horas, llamar a todas las misas, desde la misa de seis, adonde corren mi suegra y dos criadas viejas. Oigo el aliento acompasado de Daniel y su difícil despertar.

Cuando él se incorpora en el lecho, cierro los ojos y finjo dormir.

Durante el día no lloro. No puedo llorar. Escalofríos me empuñan de golpe, a cada segundo, para traspasarme de pies a cabeza con la rapidez de un relámpago. Tengo la sensación de vivir estremecida.

¡Si pudiera enfermarme de verdad! Con todas mis fuerzas anhelo que una fiebre o algún dolor muy fuerte venga a interponerse algunos días entre mi duda y yo.

Y me dije: si olvidara, si olvidara todo; mi aventura, mi amor, mi tormento. Si me resignara a vivir como antes de mi viaje a la ciudad, tal vez recobraría la paz...

Empecé entonces a forzarme a vivir muy despacio, concentrando mi imaginación y mi espíritu en los menesteres de cada segundo.

Vigilé, sin permitirme distracción alguna, el difícil salvamento de las enredaderas, que el viento había derribado. Hice barrer las telarañas de la azotea, y mandé llamar a un cerrajero para que forzara la chapa de un mueble, donde muchos libros se alinean, cubiertos de polvo.

Desechando todo ensueño, rebusqué y traté de confinarme en los más humildes placeres, elegir caballo, seguir al capataz en su ronda cotidiana, recoger setas junto con mi suegra, aprender a fumar.

¡Ah! ¡Cómo hacen para olvidar las mujeres que han roto con un amante largo tiempo querido e incorporado a la trama ardiente de sus vidas!

Mi amor estaba allí, agazapado detrás de las cosas; todo a mi alrededor estaba saturado de mi sentimiento, todo me hacía tropezar contra un recuerdo. El bosque, porque durante años paseé allí mi melancolía y mi ilusión; el estanque, porque, desde su borde, divisé, un día, a mi amigo, mientras me bañaba; el fuego en la chimenea, porque en él surgía para mí, cada noche, su imagen.

Y no podía mirarme al espejo, porque mi cuerpo me recordaba sus caricias.

Corrí de un lado a otro para afrontarlo todo de una vez, para recibir todos los golpes en un solo día, y fui a caer después, jadeante, sobre el lecho.

Pero a nada conseguí despojar de su poder de herirme. Había en las cosas como un veneno que no terminaba de agotarse.

Mi amor estaba, también, agazapado, detrás de cada uno de mis movimientos. Como antes, extendía a menudo los brazos para estrechar a un ser invisible. Me levantaba medio dormida para escribir y, con la pluma en la mano, recordaba, de pronto, que mi amante había muerto.

—¿Cuánto, cuánto tiempo necesitaré para que todos estos reflejos se borren, sean reemplazados por otros reflejos?

A veces, cuando llego a distraerme unos minutos, siento, de repente, que voy a recordar. La sola idea del dolor por venir me aprieta el corazón. Y junto mis fuerzas para resistir su embestida, pero el dolor llega, y me muerde, y entonces grito, grito despacio para que nadie oiga. Soy una enferma avergonzada de su mal.

¡Oh, no! ¡Yo no puedo olvidar!

Y si llegara a olvidar, ¿cómo haría entonces para vivir?

Bien sé ahora que los seres, las cosas, los días, no me son soportables sino vistos a través del estado de vida que me crea mi pasión.

Mi amante es para mí más que un amor, es mi razón de ser, mi ayer, mi hoy, mi mañana.

La noticia llega una madrugada, por intermedio de un telegrama que mi marido sacude, febril, ante mis ojos. Mientras pugno por rechazar el aturdimiento de un sueño bruscamente interrumpido, Daniel corre, azorado, a golpear, sin miramiento, el cuarto de su madre. Transcurridos algunos segundos comprendo. Regina está en peligro de muerte. Debemos salir sin tardanza para la ciudad. Me incorporo en el lecho, llena de alegría, de una alegría casi feroz. Ir a la ciudad, he ahí la solución de todas mis angustias. Recorrer sus calles, buscar la casa misteriosa, divisar al desconocido, hablarle y tal vez, tal vez...; pero en aquello soñaré más tarde. No hay que agotar tanta felicidad de un golpe. Ya tengo suficiente como para saltar ágilmente del lecho.

Recuerdo que la causa de mi alegría es también una desgracia. Grave y ausente doy órdenes y arreglo el equipaje.

En el tren pregunto el porqué del estado de Regina. Se me mira con extrañeza, con indignación: —¿En qué estoy pensando siempre? ¿Aún no me he impuesto de que lo que agrava la inquietud de todos es, justamente, la vaguedad de la noticia? Es muy posible que se nos haya informado de esa manera sólo para no alarmarnos. Podría ser que Regina estuviera ya... A la verdad, mi distracción raya casi en la locura.

No contesto, y, durante todo el trayecto, contengo, a duras penas, la sonrisa de

esperanza que se obstina en prestar a mi rostro una animación insólita.

En la sala de la clínica, de pie, taciturnos y con los ojos fijos en la puerta, Daniel, la madre y yo formamos un grupo siniestro. La mañana es fría y brumosa. Tenemos los miembros entumecidos y el corazón apretado de angustia, como entumecido también.

Si no fuera por un olor a éter y a desinfectante, me creería en el locutorio del convento en que me eduqué. He aquí el mismo impersonal y odioso moblaje, las mismas ventanas, altas y desnudas, dando sobre el mismo parque barroso que tanto odié.

La puerta se abre. Es Felipe. No está pálido, ni desgredado, ni tiene los párpados hinchados ni las ojeras del que ha llorado. No. Le pasa algo peor que todo eso. Lleva en la cara una expresión indefinible que es trágica, pero que no se adivina a qué sentimiento responde. La voz es fría, opaca:

—Se ha pegado un tiro. Puede que viva.

Un gemido, luego una pausa. La madre se ha arrojado al cuello de su hijo y solloza convulsivamente.

—¡Pobre, pobre Felipe!

Con gesto de sonámbulo, el hijo la sostiene, sin inmutarse, como si estuviera compadeciendo a otro... Daniel se oprime la frente.

—La trajeron de casa de su amante —me dice en voz baja.

Lo miro y desdeño en pensamiento sus mezquinas reacciones. Orgullo herido, sentido del decoro.

Sé que la piedad es el sentimiento adecuado a la situación, pero yo tampoco la siento. Inquieta, doy un paso hacia la ventana y apoyo la frente contra los cristales empañados de neblina. Trato de hacer palpar mi corazón endurecido.

¡Regina! Semanas de lucha, de gestos desesperados e inútiles, largas noches durante las cuales el pensamiento se retuerce enloquecido; evasiones dentro del sueño rescatadas por despertares cruelmente lúcidos, fueron acorralándola hasta este último gesto.

Regina supo del dolor cuya quemadura no se puede soportar; del dolor dentro del cual no se aguarda el momento infalible del olvido, porque, de pronto, no es posible mirarlo a frente un día más.

Comprendo, comprendo y, sin embargo, no llego a conmoverme. ¡Egoísta, egoísta!, me digo, pero algo en mí rechaza el impropio. En realidad, no me siento culpable de no conmoverme. ¿No soy yo, acaso, más miserable que Regina?

Tras el gesto de Regina hay un sentimiento intenso, toda una vida de pasión. Tan sólo un recuerdo mantiene mi vida, un recuerdo cuya llama debo alimentar día a día para que no se apague. Un recuerdo tan vago y tan lejano, que me parece casi una ficción. La desgracia de Regina: una llaga consecuencia de un amor, de un verdadero amor, de ese amor hecho de años, de cartas, de caricias, de rencores, de lágrimas, de

engaños. Por primera vez me digo que soy desdichada, que he sido siempre horrible y totalmente desdichada.

¿Son míos estos sollozos cortos y monótonos, estos sollozos ridículos como un hipo, que siembran, de repente, el desconcierto?

Se me acuesta en un sofá. Se me hace beber a sorbos un líquido muy amargo. Alguien me da golpecitos condescendientes en la espalda, que me exasperan, mientras un señor de aspecto grave me habla cariñoso y bajo, como a una enferma.

Pero no lo escucho, y cuando me levanto ya he tomado una resolución.

La fiebre me abrasa las sienes y me seca la garganta. En medio de la neblina, que lo inmaterializa todo, el ruido sordo de mis pasos que me daba primero cierta seguridad empieza ahora a molestarme y a angustiarme. Sufro la impresión de que alguien viene siguiéndome, implacable, con una orden secreta.

Busco una casa de persianas cerradas, de rejas enmohecidas. ¡Esta neblina! ¡Si una ráfaga de viento hubiera podido descorrerla, como un velo, tan sólo esta tarde, ya habría encontrado, tras dos árboles retorcidos y secos, la fachada que busco desde hace más de dos horas! Recuerdo que se encuentra en una calle estrecha y en pendiente, entre cuyas baldosas desaparejas crece el musgo. Recuerdo, también, que se halla muy cerca de la plazoleta donde el desconocido me tomó de la mano...

Pero esa misma plazoleta tampoco la encuentro. Creo haber hecho el recorrido exacto que emprendí, hace años, y, sin embargo, doy vueltas y vueltas sin resultado alguno. La niebla, con su barrera de humo, prohíbe toda visión directa de los seres y de las cosas, incita a aislarse dentro de sí mismo. Se me figura estar corriendo por calles vacías.

En medio de tanto silencio mis pasos se me antojan, de pronto, un ruido insoportable, el único ruido en el mundo, un ruido cuya regularidad parece consciente y que debe cobrar, en otros planetas, resonancias misteriosas.

Me dejo caer sobre un banco para que se haga, por fin, el silencio en el universo y dentro de mí. Ahora, mi cuerpo entero arde como una brasa.

Detrás de mí, tal un poderoso aliento, una frescura insólita me penetra la nuca, los hombros. Me vuelvo. Vislumbro árboles en la neblina. Estoy sentada al borde de una plazoleta cuyo surtidor se ha callado, pero cuyos verdes senderos respiran una olorosa humedad.

Sin un grito, me pongo de pie y corro. Tomo la primera calle a la derecha, doblo una esquina y diviso los dos árboles de gruesas ramas convulsas, la oscura pátina de una alta fachada.

Estoy frente a la casa de mi amante. Las persianas continúan cerradas. Él no llegará sino al anochecer. Pero yo quiero saborear el placer de saberme ante su casa. Contemplo, gozosa, el jardín abandonado. Me aprieto a las frías rejas para sentir las muy sólidas contra mi carne. ¡No fue un sueño, no!

Sacudo la verja y ésta se abre, rechinando. Noto que no la aseguran ya sus viejas

cadenas. Me invade una repentina inquietud. Subo corriendo la escalinata, me paro frente a la mampara y oprimo un botón oxidado. Un sonido de timbre lejano responde a mi gesto. Transcurren varios minutos. Resuelta ya a marcharme, espero un segundo más, no sé por qué. Me acomete una especie de vértigo. La puerta se ha abierto.

Un criado me invita a pasar, con la mirada. Aturdida, doy un paso hacia adentro. Me encuentro en un *hall* donde una inmensa galería de cristales abre sobre un patio florido. Aunque la luz no es cruda, entorno los ojos, penosamente deslumbrada. ¿No esperaba acaso sumirme en la penumbra?

—Avisaré a la señora —insinúa el criado y se aleja.

¿La señora? ¿Qué señora? Paseo una mirada a mi alrededor. ¿Y esta casa, qué tiene que ver con la de mis sueños? Hay muebles de mal gusto, telas chillonas, y en un rincón cuelga, de una percha, una jaula con dos canarios. En las paredes, retratos de gente convencional. Ni un solo retrato en cuya imagen pueda identificar a mi desconocido.

Un gemido lejano desgarrá el silencio, un gemido tranquilo, un gemido prolongado que parece venir del piso superior. Me inunda una súbita dulzura. Para orientarme, cierro los ojos y, como en aquella lejana noche de amor, subo, a tientas, una escalera que noto ahora alfombrada. Ando a lo largo de estrechos corredores, voy hacia el gemido que me llama siempre, lo siento cada vez más cerca. Empujo una última puerta y miro.

¿Dónde la suavidad del gran lecho y la melancolía de las viejas cretonas? Las paredes están tapizadas de libros y de mapas. Bajo una lámpara, y parado frente a un atril, hay un niño estudiando violín.

Al pie de la escalera, el criado me espera, respetuoso.

—La señora no está.

—¿Y su marido? —pregunto, de súbito.

Una voz glacial me contesta:

—¿El señor? Falleció hace más de quince años.

—¿Cómo!

—Era ciego. Resbaló en la escalera. Lo encontramos muerto...

Me voy, huyo.

Con la vaga esperanza de haberme equivocado de calle, de casa, continúo errando por una ciudad fantasma. Doy vueltas y más vueltas. Quisiera seguir buscando, pero ya ha anochecido y no distingo nada. Además ¿para qué luchar? Era mi destino. La casa, y mi amor, y mi aventura, todo se ha desvanecido en la niebla; algo así como una garra ardiente me toma, de pronto, por la nuca; recuerdo que tengo fiebre.

De nuevo este singular olor a hospital. Daniel y yo cruzamos puertas abiertas a pequeños antros oscuros donde formas confusas suspiran y se agitan.

—Dicen que ha perdido mucha sangre —pienso, mientras una enfermera nos

introduce al cuarto donde una mujer está postrada en un catre de hierro blanco.

Regina está tan fea que parece otra. Algunos mechones muy lacios, y como impregnados de sudor, le cuelgan hasta la mitad del cuello. Le han cortado el pelo. Se le transparentan las aletas de la nariz y, sobre la sábana, yace inmóvil una mano extrañamente crispada.

Me acerco. Regina tiene los ojos entornados y respira con dificultad. Como para acariciarla, toco su mano descarnada. Me arrepiento casi en seguida de mi ademán porque, a este leve contacto, ella revuelca la cabeza de un lado a otro de la almohada emitiendo un largo quejido. Se incorpora de pronto, pero recae pesadamente y se desata entonces en un llanto desesperado. Llama a su amante, le grita palabras de una desgarradora ternura. Lo insulta, lo amenaza y lo vuelve a llamar. Suplica que la dejen morir, suplica que la hagan vivir para poder verlo, suplica que no lo dejen entrar mientras ella tenga olor a éter y a sangre. Y vuelve a prorrumpir en llanto.

A mi alrededor murmuran que vive así, en continua exaltación, desde el momento fatal en que...

El corazón me da un vuelco. Veo a Regina desplomándose sobre un gran lecho todavía tibio. Me la imagino aferrada a un hombre y temiendo caer en ese vacío que se está abriendo bajo ella y en el cual soberbiamente decidió precipitarse. Mientras la izaban al carro ambulancia, boca arriba en su camilla, debió ver oscilar en el cielo todas las estrellas de esa noche de otoño. Vislumbro en las manos del amante, enloquecido de terror, dos trenzas que de un tijeretazo han desprendido, empapadas de sangre.

Y siento, de pronto, que odio a Regina, que envidio su dolor, su trágica aventura y hasta su posible muerte. Me acometen furiosos deseos de acercarme y sacudirla duramente, preguntándole de qué se queja, ¡ella, que lo ha tenido todo! Amor, vértigo y abandono.

En el preciso instante en que voy saliendo, una ambulancia entra al hospital. Me aprieto contra la pared, para dejarla pasar, mientras algunas voces resuenan bajo la bóveda del portón... «Un muchacho, lo arrolló un automóvil...».

El hecho de lanzarse bajo las ruedas de un vehículo requiere una especie de inconsciencia. Cerraré los ojos y trataré de no pensar durante un segundo.

Dos manos que me parecen brutales me atraen vigorosamente hacia atrás. Una tromba de viento y de estrépito se escurre delante de mí, tambaleo y me apoyo contra el pecho del imprudente que ha creído salvarme.

Aturdida, levanto la cabeza. Entreveo la cara roja y marchita de un extraño. Luego me aparto violentamente, porque reconozco a mi marido. Hace años que lo miraba sin verlo. ¡Qué viejo lo encuentro, de pronto! ¿Es posible que sea yo la compañera de este hombre maduro? Recuerdo, sin embargo, que éramos de la misma edad cuando nos casamos.

Me asalta la visión de mi cuerpo desnudo y extendido sobre una mesa en la

Morgue. Carnes mustias y pegadas a un estrecho esqueleto, un vientre sumido entre las caderas... El suicidio de una mujer casi vieja, ¡qué cosa repugnante e inútil! ¿Mi vida no es acaso ya el comienzo de la muerte? Morir para rehuir; ¿qué nuevas decepciones?, ¿qué nuevos dolores? Hace algunos años hubiera sido, tal vez, razonable destruir, en un solo impulso de rebeldía, todas las fuerzas en mí acumuladas, para no verlas consumirse, inactivas. Pero un destino implacable me ha robado hasta el derecho de buscar la muerte; me ha ido acorralando lentamente, insensiblemente, a una vejez sin fervores, sin recuerdos...; sin pasado.

Daniel me toma del brazo y echa a andar con la mayor naturalidad. Parece no haber dado ninguna importancia al incidente. Recuerdo la noche de nuestra boda... A su vez, él finge, ahora, una absoluta ignorancia de mi dolor. Tal vez sea mejor, pienso, y lo sigo.

Lo sigo para llevar a cabo una infinidad de pequeños menesteres; para cumplir con una infinidad de frivolidades amenas; para llorar por costumbre y sonreír por deber. Lo sigo para vivir correctamente, para morir correctamente, algún día.

Alrededor de nosotros, la niebla presta a las cosas un carácter de inmovilidad definitiva.

La historia de María Griselda^[*]

Recuerda que nadie había venido a su encuentro y que ella misma hubo de abrir la tranquera, mientras reteniendo los caballos, el cochero le insinuaba a modo de consolación:

—Puede que del pueblo no hayan telefoneado que usted llegaba, tal como lo dejó recomendado.

Por toda respuesta, ella había suspirado muy hondo, extenuada de pensar en cuánto debiera sobrellevar para llegar hasta ese fundo perdido en la selva.

El tren. El alba en una triste estación. Y otro tren. Y otra estación. Y el pueblo, al fin. Pero, en seguida, toda la mañana y la mitad de la tarde en aquel horrible coche alquilado...

Un relámpago había desgarrado el cielo y tiritado lívido durante el espacio de un segundo. Luego fue un golpe sordo. Un trueno. Y otra vez el silencio espesándose.

Ella había mirado entonces a su alrededor y notado de pronto que era casi invierno.

Un trueno. Un solo trueno. ¡Como un golpe de gong, como una señal! Desde lo alto de la cordillera, el equinoccio anunciaba que había empezado a hostigar los vientos dormidos, a apurar las aguas, a preparar las nevadas. Y ella recuerda que el eco de ese breve trueno repercutió largamente dentro de su ser, penetrándola de frío y de una angustia extraña, como si le hubiera anunciado asimismo el comienzo de algo maléfico para su vida...

En el último peldaño de la escalinata, un sapo levantaba hacia ella su cabecita trémula.

—Está enamorado de María Griselda. Todas las tardes sale aquí a esperarla para verla cuando vuelve de su paseo a caballo —le explicó su hijo Fred, apartándolo delicadamente con el pie al pasar.

—¿Y Alberto? —había preguntado ella una vez dentro de la casa, mientras comprobaba con la mirada el desorden y el abandono de las salas: una cortina desprendida, flores secas en los floreros, una chimenea muerta y repleta de periódicos chamuscados.

—Está en el pueblo. Ha de volver esta misma tarde, creo.

—¡Es una lástima que ahí que lo saben y repiten todo en medio segundo, no le contasen de mi llegada! Pude haberme venido con él.

—Fue mejor que no viniera con él, mamá.

Una serie de veladas alusiones temblaba en la voz de Fred, quien desde que saliera a abrirle la puerta de la casa esquivaba con obstinación mirarla de frente.

—Prende la chimenea, Fred. Tengo frío. ¡Cómo! ¿Qué no hay leña a mano? ¿Qué hace la mujer de Alberto? ¿Considera acaso perjudicial para la belleza ser una dueña de casa?

—Oh, no, no es culpa de María Griselda este desorden. Es que somos tantos y... ¡Mamá! —gimió de pronto, de la misma manera que cuando de niño corría hacia ella porque se había hecho daño o porque tenía miedo. Pero esta vez no se le abrazó al cuello como lo hacía entonces. Por el contrario. Reprimiendo bruscamente su impulso, huyó al otro extremo del *hall*, para dejarse caer como avergonzado en un sillón.

Ella se le había acercado y poniéndole ambas manos sobre los hombros:

—¿Qué hay, Fred? —le había preguntado dulcemente—. ¿Qué les pasa a todos ustedes? ¿Por qué se quedan en esta casa que no es la de ustedes?

—Oh, mamá, es Silvia la que quiere quedarse. ¡Yo quiero irme! Acuérdesse, mamá, acuérdesse que fue también Silvia la que se obstinó en venir...

Sí. Ella recordaba el proyecto que le confiara a ella la novia de Fred pocos días antes del matrimonio, ¡aquel absurdo matrimonio de Fred, a quien sin haberse tan siquiera recibido de abogado se le ocurriera casarse con la debutante más tonta y más linda del año!

—Le he dicho a Fred que quiero que vayamos a pasar la luna de miel al fundo del sur.

—¡Silvia!

—¡Por Dios, señora! No se enoje. Ya sé que usted y toda la familia nunca han querido ver ni conocer a la mujer de Alberto..., pero yo me muero de ganas de conocerla. ¡María Griselda! Dicen que es la mujer más linda que se haya visto jamás. Yo quiero que Fred la vea y diga: «¡Mentira, mentira, Silvia es la más linda!».

Sí, ella recordaba todo esto, en tanto Fred seguía hablándole acaloradamente.

—... ¡Oh, mamá, es una suerte que usted haya venido! Tal vez logre usted convencer a Silvia que es necesario que nos vayamos. Figúrese que se le ha ocurrido que estoy enamorado de María Griselda, que la encuentro más linda que ella... Y se empecina en quedarse para que yo reflexione, para que la compare con ella, para que elija... y qué sé yo. Está completamente loca. Y yo quiero irme. Necesito irme. Mis estudios...

Su voz, su temblor de animal acechado que quiere huir, presintiendo un peligro inminente.

Sí, ella como mujer comprendía ahora a Silvia. Comprendía su deseo de medirse con María Griselda y de arriesgarse a perderlo todo con tal de ser la primera y única en todo ante los ojos de su marido.

—Fred, Silvia no se irá jamás si se lo pides de esa manera, como si tuvieras miedo...

—¡Miedo!... ¡Sí, mamá, eso es! Tengo miedo. ¡Pero si usted la viera! ¡Si la hubiese visto esta mañana! ¡Estaba de blanco y llevaba una dalia amarilla en el

escote!

—¿Quién?

Fred había echado bruscamente los brazos alrededor de la cintura de su madre, apoyado la frente contra la frágil cadera y cerrado los ojos.

—María Griselda —suspiró al fin—. ¡Oh, mamá! ¿La ves? ¿La ves con su tez pálida y sus negros cabellos, con su cabecita de cisne y su porte majestuoso y melancólico, la ves vestida de blanco y con una dalia amarilla en el escote?

Y he ahí que, cómplice ya de su hijo, ella veía claramente vivir y moverse en su mente a la delicada y altiva criatura del retrato que le mandara Alberto.

—¡Oh, mamá, todos los días una imagen nueva, todos los días una nueva admiración por ella que combatir!... No, yo no puedo quedarme aquí ni un día más..., porque no puedo dejar de admirar a María Griselda cada día más..., de admirarla más que a Silvia, sí.

¡Y Silvia que no quiere irse! Háblele usted, mamá, trate de convencerla, por favor...

El tictac de un reloj repercutía por doquier como el corazón mismo de la casa. Y ella aguzaba el oído, tratando de ubicar el sitio exacto en donde estaría colocado ese reloj. «Es nuevo, ¿de dónde lo habrán sacado?», se preguntaba, involuntariamente distraída por aquella nimiedad mientras erraba por corredores y escaleras solitarias.

El cuarto de Zoila estaba vacío. Y era Zoila, sin embargo, la que la había inducido a franquear el umbral de esa casa repudiada.

¿No se había negado ella hasta entonces a reconocer la existencia de María Griselda, aquella muchacha desconocida con la que su hijo mayor se casara un día a escondidas de sus padres y de todos?

Pero la carta que le mandara Zoila, su vieja nodriza, había hecho pasar por sobre todas sus reservas.

«Señora, véngase inmediatamente para acá...», escribía Zoila. Desde que ella se casara, Zoila la llamó señora, pero, olvidando de pronto guardar las distancias, solía volver a tutearla como a una niña.

«... No te creas que exagero si te digo que aquí están pasando cosas muy raras. Tu hija Anita se sale siempre con la de ella; sin embargo, parece que esta vez no va a ser así y que hizo un buen disparate viniéndose a buscar a don Rodolfo. Si él le dejó de escribir, ¡por algo sería! Y mi opinión es que ella debió haber tenido el orgullo de olvidarlo. Así se lo dije el propio día que se le ocurrió venirse para acá. Pero a mí, ella no me hace caso... Y usted me obligó a acompañarla a estas serranías».

«Bueno, la verdad es que por muy de novio que esté con la Anita desde que eran niños, don Rodolfo ya no la quiere, porque está enamorado de la señora Griselda».

«No sé si te acuerdas de que cuando me contaste que para ayudar a don Rodolfo —ya que el pobre no sirve para nada—, don Alberto lo había empleado en el fundo, yo te dije que me parecía que tu Alberto había hecho un buen disparate... pero a mí

nadie me hace caso...».

Ella no se explicó nunca en vida cómo ni por qué había encaminado sus pasos hacia el cuarto de Rodolfo y empujado la puerta... Ahora sabe que en momentos como aquellos es nuestro destino el que nos arrastra implacable y contra toda lógica hacia la tristeza que nos tiene deparada.

Sola, echada sobre el lecho de Rodolfo y con la frente hundida en las almohadas, así había encontrado a su hija Anita.

Había tardado en llamarla.

¡Oh, esa timidez que la embargaba siempre delante de Anita! Porque Fred se defendía, pero terminaba siempre por entregársele. Y saliendo de su mutismo, el taciturno Alberto solía tener con ella arranques de confianza y de brusca ternura.

Pero Anita, la soberbia Anita, no se dignó jamás dejarla penetrar en su intimidad. Desde que era muy niña solía llamarla Ana María, gozándose en que ella le respondiera sin reparar en la falta de respeto que significaba de parte de una hija adolescente el interpelar a la madre por el nombre.

Y más tarde, con qué piadosa altanería la miró siempre desde lo alto de sus estudios.

«Tiene un cerebro privilegiado esta muchacha», era la frase con que todos habían acunado a Anita desde que ésta tuviese uso de razón. Y ella se había sentido siempre orgullosa de aquella hija extraordinaria, delante de la cual vivió, sin embargo, eternamente intimidada.

—¡Anita!

Cuando la llamó por fin, ésta levantó hacia ella una cara entre asombrada y gozosa, e iniciaba ya un gesto de cariñosa bienvenida, cuando animada por aquella inesperada recepción, ella le había declarado rápida y estúpidamente:

—Anita, vengo a buscarte. Nos vamos mañana mismo.

Y Anita entonces había reprimido su impulso y había vuelto a ser Anita.

—Usted se olvida que pasé la edad en que la traen y llevan a una como una cosa.

Desconcertada ya a la primera respuesta y presintiendo una lucha demasiado dura para su sensibilidad, ella había empezado en seguida a suplicar, a tratar de persuadir...

—Anita, por ese muchacho tan insignificante, rebajarte y afligirte tú... ¡Tú, que tienes la vida por delante, tú, que puedes elegir el marido que se te antoje, tan orgullosa, tú, tan inteligente!

—No quiero ser inteligente, no quiero ser orgullosa y no quiero más marido que Rodolfo, y lo quiero así tal como es, insignificante y todo...

—¡Pero si él ya no te quiere!

—¡Y a mí qué me importa! Yo lo quiero, y eso me basta.

—¡Anita, Anita, regalona!... ¿Crees tú que es tu voluntad la que cuenta en este caso? No, Anita, créeme. Una mujer no consigue nunca nada de un hombre que la ha

dejado de querer. Vente conmigo, Anita. No te expongas a cosas peores.

—¿A qué cosas?

—Ya que tú no le devuelves su palabra, Rodolfo es capaz de pedírtela un día de éstos.

—No, ya no puede.

—¿Y por qué no? —había preguntado ella ingenuamente.

—Porque ya no puede, si es que es un hombre y un caballero.

—¡Anita! —Ella había mirado a su hija mientras una oleada de sangre le abrasaba la cara—. ¿Qué pretendes decirme?

—¡Eso! Eso mismo que acaba de pensar.

—¡No! —había gritado. Y la otra mujer que había en ella, tratándose de sus hijos, se había rebelado con inmensa cólera.

—... ¡Ah, el infame! ¡El infame!... ¡Se ha atrevido!... Tu padre, sí, tu padre va a matarlo... y yo, yo... ¡Ah, ese cobarde!

—Cálmese, mamá, Rodolfo no tiene la culpa. Él no quería. Fui yo la que quise. No, él no quería, no quería.

La voz se había quebrado en un sollozo y hundiendo nuevamente la cara en la almohada de Rodolfo, la orgullosa Anita se había echado a llorar como un niño.

—¡No quería! Yo lo busqué y lo busqué hasta que... Era la única manera de que yo no me dejara... la única manera de obligarle a casarse. Porque ahora... ahora usted tiene que ayudarme... tiene que decirle que lo sabe todo... obligarlo a casarse mañana mismo... porque él pretende esperar... y yo tengo miedo, no quiero esperar... porque yo lo adoro, lo adoro.

Anita lloraba. Y ella, ella se había tapado la cara con las manos, pero no lograba llorar.

¿Cuánto rato estuvo así, muda, yerta, anonadada? No recuerda. Sólo recuerda que como se escurriera al fin del cuarto, sin mirar a Anita, aquel reloj invisible empezó a sonar de nuevo su estruendoso tictac... como si emergiera de golpe junto a ella de las aguas heladas de un doloroso período de estupor.

Bajando el primer piso, había abierto impulsivamente la puerta del que fuera el cuarto de Alberto. Y como considerara sorprendida aquel cuarto ahora totalmente transformado por una mano delicada y graciosa, oyó unos pasos en el corredor.

—¡Es «ella»! —se dijo, conmovida bruscamente.

Pero no. No era María Griselda. Era Zoila.

—¡Por Dios, señora, recién me avisan que ha llegado! ¡Yo andaba por la lavandería...! ¡Y nadie para recibirla!

—¡Qué pálida estás! ¿Qué no te sientes bien?

—Estoy cansada. ¿Y eso, qué es?... ¿Esas caras pegadas a los vidrios?

—Ya se apartaron... ¿Quiénes tratan de mirar para adentro?

—Son los niños del campero que vienen siempre a dejarle flores a la señora Griselda, ahí al pie de la ventana. ¡La hallan tan bonita! Dicen que es más bonita que

la propia Santísima Virgen...

—¿En dónde está Alberto? —había interrumpido ella secamente.

Zoila desvió la mirada.

—En el pueblo, supongo... —contestó después de una breve pausa, y en su voz temblaba la misma reticencia que a ella le inquietara en la voz de Fred.

—Pero ¿qué pasa?, ¿qué pasa? —gritó, presa de pronto de una ira desproporcionada—. Desde cuándo se habla por enigmas en esta casa. ¿Dónde está Alberto? Contéstame claro, ¡te lo mando!

Una cortesía exagerada y mordaz solía ser la reacción de Zoila ante las inconsecuencias o las violencias de los patrones.

—¿La señora me ordena decirle en dónde está Alberto? —le había preguntado suavemente.

—Sí, claro.

—Pues... «tomando» por alguna parte ha de estar. Y por si quiere saber más, le diré que don Alberto se lo pasa ahora tomando... ¡él, que ni siquiera probaba vino en las comidas!

—Ah, ¡esa mujer! ¡Maldita sea esa mujer! —había estallado impetuosamente.

—Siempre atolondrada para juzgar, usted, señora. Nada se puede decir en contra de doña Griselda. ¡Es muy buena y se lleva todo el día encerrada aquí en el cuarto, cuando no sale a pasear sola, la pobrecita! Yo la he encontrado muchas veces llorando... porque don Alberto parece que la odiara a fuerza de tanto quererla. ¡Dios mío! ¡Si yo voy creyendo que ser tan bonita es una desgracia como cualquier otra!

Cuando ella entró al cuarto, luego de haber golpeado varias veces sin haber obtenido respuesta, Silvia se hallaba sentada frente al espejo, envuelta en un largo batón de gasa.

—¿Cómo estás, Silvia?

Pero la muchacha, a quien no pareció sorprenderle su intempestiva llegada, apenas si la saludó, tan abstraída se encontraba en la contemplación de su propia imagen.

—¡Qué linda estás, Silvia! —le había dicho ella entonces, tanto por costumbre como para romper aquella desconcertante situación... Silvia, mirándose al espejo atentamente, obstinadamente, como si no se hubiera visto nunca, y ella de pie, contemplando a Silvia.

—¡Linda! ¿Yo? ¡No, no!... Yo creía serlo hasta que conocí a María Griselda. ¡María Griselda sí que es linda!

Su voz se trizó de improviso y como una enferma que recae extenuada sobre las almohadas de su lecho, Silvia volvió a sumirse en el agua de su espejo.

Los cristales de la ventana, apegados a la tarde gris, doblaban las múltiples lámparas encendidas sobre el peinador. En el árbol más cercano, un chuncho desgarraba, incesante, su pequeño grito misterioso y suave.

—Silvia, Fred acaba de decirme lo mucho que te quiere... —había empezado ella. Pero la muchacha dejó escapar una risa amarga.

—Sin embargo, ¿qué cree usted que me contesta cuando le pregunto quién es la más linda, si María Griselda o yo?

—Te dirá que tú eres la más linda, naturalmente.

—No, me contesta: «¡Son tan distintas!».

—Lo que quiere decir que te halla más linda a ti.

—No. Lo que quiere decir es que halla más linda a María Griselda y no se atreve a decírmelo.

—Y aunque así fuera, ¿qué te puede importar? ¿No eres acaso tú la mujer que él quiere?

—Sí, sí, pero no sé... No sé lo que me pasa... Oh, señora, ayúdeme. No sé qué hacer. ¡Me siento tan desgraciada!

Y he aquí que la muchacha había empezado a explicarle su mísero tormento:

«Por qué esa sensación de inferioridad en que la sumía siempre la presencia de María Griselda.

»Era raro. Ambas tenían la misma edad y, sin embargo, María Griselda la intimidaba.

»Y no era que ésta fuera orgullosa; no, por el contrario, era dulce y atenta y muy a menudo venía a golpear la puerta de su cuarto para conversar con ella.

»¿Por qué la intimidaba? Por sus gestos, tal vez. Por sus gestos tan armoniosos y seguros. Ninguno caía desordenado como los de ella, ninguno quedaba en suspenso... No, no le tenía envidia. ¿Fred no le decía acaso a ella: ‘Eres más rubia que los trigos; tienes la piel dorada y suave como la de un durazno maduro; eres chiquita y graciosa como una ardilla’; y tantas otras cosas?

»Sin embargo, ¿por qué ella deseaba comprender por qué razón cuando veía a María Griselda, cuando se topaba con sus ojos estrechos, de un verde turbio, no le gustaban ya sus propios ojos azules, límpidos y abiertos como estrellas? ¿Y por qué le parecía vano haberse arreglado horas frente al espejo, y encontraba ridícula esa sonrisa suya tan alabada con la que se complacía en mostrar sus maravillosos dientes, pequeñitos y blancos?».

Y mientras Silvia hablaba y hablaba, y ella repetía y repetía el mismo argumento: «Fred te quiere, Fred te quiere...» en el árbol más cercano, el chuncho seguía desgarrando su breve grito insidioso y regular.

Ella recuerda cómo al dejar a Silvia sintió de pronto esa ansia irresistible de salir al aire libre y caminar, que se apodera del cuerpo en los momentos en que el alma se ahoga.

Y fue así que como ganara la tranquera, se encontró a Rodolfo reclinado a uno de sus postes, fumando y en actitud de espera.

¡Rodolfo! Ella lo había visto nacer, crecer; frívolo, buen muchacho y a ratos más

afectuoso con ella que sus propios hijos. Y hela ahora aquí aceptando el beso con que él se apresuraba a saludarla, sorprendida de no sentir, al verlo, nada de lo que creía que iba a sentir. Ni cólera, ni despecho. Sólo la misma avergonzada congoja que la embargara delante de Anita.

—¿Esperabas a Alberto? —preguntó al fin, por decir algo.

—No, a María Griselda. Hace ya una hora que debiera haber vuelto. No me explico por qué ha alargado tanto su paseo esta tarde... Venga, vamos a buscarla —la invitó de pronto, tomándola imperiosamente de la mano. Y fue así como cual cazadores de una huidiza gacela, habían empezado a seguir por el bosque las huellas de María Griselda. Internándose por un estrecho sendero que su caballo abriera entre las zarzas, habían llegado hasta el propio borde de la pendiente que descendía al río. Y apartando las ramas espinosas de algunos árboles, se habían inclinado un segundo sobre la grieta abierta a sus pies.

Un ejército de árboles bajaba denso, ordenado, implacable, por la pendiente de helechos, hasta hundir sus primeras filas en la neblina encajonada allá abajo, entre los murallones del cañón. Y del fondo de aquella siniestra rendija subía un olor fuerte y mojado, un olor a bestia forestal: el olor del río Malleco rodando incansable su lomo tumultuoso.

Habían echado en seguida a andar cuesta abajo.

Ramas pesadas de avellanas y de helados copihues les golpeaban la frente al pasar... y Rodolfo le contaba que, con la fusta que llevaba siempre en la mano, María Griselda se entretenía a menudo en atormentar el tronco de ciertos árboles, para descubrir los bichos agazapados bajo sus cortezas, grillos que huían cargando una gota de rocío, tímidas falenas de color tierra, dos ranitas acopladas.

Y bajaron la empinada cuesta hasta internarse en la neblina, que se estancaba en lo más hondo de la grieta, allí en donde ya no había pájaros, en donde la luz se espesaba, lívida, en donde el fragor del agua rugía como un trueno sostenido y permanente. ¡Un paso más y se habían hallado al fondo del cañón y en frente mismo del monstruo!

La vegetación se detenía al borde de una estrecha playa de guijarros opacos y duros como el carbón de piedra. Mal resignado en su lecho, el río corría a borbotones, estrellando enfurecido un agua agujereada de remolinos y de burbujas negras.

¡El Malleco! Rodolfo le explicó que María Griselda no le tenía miedo, y le mostró, erguido allí, en medio de la corriente, el peñón sobre el que acostumbraba tenderse largo a largo, soltando a las aguas sus largas trenzas y los pesados pliegues de su amazona. Y le contó cómo, al incorporarse, ella solía hurgar, hurgaba riendo su cabellera chorreante para extraer de entre ésta, cual una horquilla olvidada, algún pececito plateado, regalo vivo que le ofrendara el Malleco.

Porque el Malleco estaba enamorado de María Griselda.

¡María Griselda!... la habían llamado hasta que la penumbra del crepúsculo empezara a rellenar el fondo del cañón y desesperanzados se decidieran a trepar

devuelta la cuesta por donde el silencio de la selva les salía nuevamente al encuentro, a medida que iban dejando atrás el fragor incansable del Malleco.

La primera luciérnaga flotó delante de ellos.

—¡La primera luciérnaga! A María Griselda se le posa siempre en el hombro, como para guiarla —le había explicado Rodolfo súbitamente enternecido.

Una zorra lanzaba a ratos su eructo macabro y estridente. Y de la quebrada opuesta le contestaba otra en seguida, con la precisión del eco.

Los copihues empezaban a abrir sigilosos sus pesados pétalos de cera y las madre selvas se desplomaban, sudorosas, a lo largo del sendero. La naturaleza entera parecía suspirar y rendirse extenuada...

Y mientras ellos volvieron por un camino diferente del que vinieron, siguiendo siempre afanosos la huella de María Griselda, ella había logrado vencer al fin la timidez y el cansancio que la embargaba.

—Rodolfo, he venido a saber lo que pasa entre Anita y tú. ¿Es cierto que ya no la quieres?

Ella había interrogado con cautela, aprontándose a una negativa o a una evasiva. Pero él, ¡con qué impudor, con qué vehemencia habíase acusado de inmediato!

Sí, era cierto que ya no quería a Anita.

Y era cierto lo que decían: que estaba enamorado de María Griselda.

Pero él no se avergonzaba de ello, no. Griselda, ni nadie. Sólo Dios, por haber creado a un ser tan prodigiosamente bello, era el de la culpa.

«Y tan era así, que él no tenía culpa, que el propio Alberto, sabiendo de su amor, en lugar de condenarlo, lo compadecía. Y le permitía seguir trabajando en el fundo, porque comprendía, sabía que una vez que se había conocido a María Griselda, era necesario poder verla todos los días para lograr seguir viviendo.

»¡Verla, verla!... Y, sin embargo, él evitaba siempre mirarla de repente, miedoso, temeroso de que el corazón pudiera detenerse bruscamente. Como quien va entrando con prudencia en una agua glacial, así iba él enfrentando, de a poco, la mirada de sus ojos verdes, el espectáculo de su luminosa palidez.

»Y no, nunca se cansaría de verla, nunca su deseo por ella se agotaría, porque nunca la belleza de aquella mujer podría llegar a serle totalmente familiar. Porque María Griselda cambiaba imperceptiblemente, según la hora, la luz y el humor, y se renovaba como el follaje de los árboles, como la faz del cielo, como todo lo vivo y natural.

»Anita era linda, ella también y él la quería de verdad, pero...».

Ella recuerda que el nombre de su hija, entremezclado de golpe a semejante confesión, vino a herirla de una manera inesperada.

—No hablemos ahora de Anita —había interrumpido violentamente; luego—: Apuremos el paso, que se hace tarde.

Y Rodolfo había respetado su silencio, mientras guiándola en la oscuridad del bosque la ayudaba a salvar las enormes raíces convulsas que se encrespaban casi a un

metro del suelo.

Sólo cuando más adelante un revuelo de palomas vino a azotarles la frente.

—Son las palomas de María Griselda —no se había podido impedir de explicarte aún con devoción.

¡María Griselda! ¡María Griselda! Ella recuerda que en medio de la escalinata, su pie había tropezado con algo blando, con aquel sapo esperando él también eternamente a María Griselda...

Y recuerda cómo una oleada de ira la había doblado, para cogerlo brutalmente entre sus dedos crispados y arrojarlo lejos, lejos. Luego echó a correr hacia su cuarto con el puño cerrado y la horrorosa sensación de haber estrujado en la mano una entraña palpitante y fría.

¿Cuánto tiempo dormitó extenuada?

No sabe. Sólo sabe que...

Ruido. Cerrojos descorridos por una mano insegura. Y sobre todo, una voz ronca, desconocida y, sin embargo, muy parecida a la voz de Alberto, vinieron a desgarrar su entresueño.

Zoila no había mentido, no. Ni tampoco Fred la había alertado en vano. Porque aquello era su hijo Alberto, que llegaba ebrio y hablando solo. Ella recuerda cómo aguzando el oído había sostenido un instante en pensamiento unos pasos rotos a lo largo del corredor.

Luego... sí, debió haber dormitado nuevamente, hasta que el estampido de aquel balazo en el jardín, junto con un inmenso revuelo de alas asustadas, la impulsara a saltar de la cama y a correr fuera del cuarto.

La puerta del corredor, abierta de par en par, hacia una noche palpitante de relámpagos y tardías luciérnagas. Y en el jardín, un hombre persiguiendo, revólver en mano, a las palomas de María Griselda.

Ella lo había visto derribar una, y otra, y precipitarse sobre sus cuerpos mullidos, no consiguiendo aprisionar entre sus palmas ávidas sino cuerpos a los cuales se apegaban unas pocas plumas mojadas de sangre.

—¡Alberto! —había llamado ella.

—¡Hay algo que huye siempre en todo! —había gemido entonces aquel hombre, cayendo entre sus brazos—... ¡Como en María Griselda! —gritó casi en seguida, desprendiéndose—. De qué le sirve decirme: ¡Soy tuya, soy tuya! ¡Si apenas se mueve, la siento lejana! ¡Apenas se viste, me parece que no la he poseído jamás!

Y Alberto había empezado a explicarle la angustia que lo corroía y destruía, así como a todos los habitantes de aquella sombría mansión.

Sí, era en vano que para tranquilizarse, él rememorara y contara por cuántos y cuán íntimos abrazos Griselda estaba ligada a él. ¡En vano! Porque apenas se apartaba del suyo, el cuerpo de María Griselda parecía desprendido y ajeno desde siempre y para siempre, de la vida física de él. Y en vano, entonces, él se echaba nuevamente sobre ella, tratando de imprimirle su calor y su olor... De su abrazo

desesperado, María Griselda volvía a resurgir, distante y como intocada.

—Alberto, Alberto, hijo mío... —Ella trataba de hacerlo callar recordándole que era su madre.

Pero él seguía hablando y paseándose desordenadamente por el corredor... sin atender a sus quejas, ni a la presencia de Fred, quien, habiendo también corrido en alarma a los tiros, lo consideraba con tristeza.

¿Celos? Tal vez pudiera ser que lo fuesen. ¡Extraños celos! Celos de ese «algo» de María Griselda, que se le escapaba siempre en cada abrazo. ¡Ah, esa angustia incomprensible que lo torturaba! ¿Cómo lograr, captar, conocer y agotar cada uno de los movimientos de esa mujer? ¡Si hubiera podido envolverla en una apretada red de paciencia y de memoria, tal vez hubiera logrado comprender y aprisionar la razón de la belleza y de su propia angustia!

¡Pero no podía!

Porque no bien su furia amorosa comenzaba a enternecerse en la contemplación de las redondas rodillas ingenuamente aparejadas, la una detrás de la otra, cuando ya los brazos empezaban a desperezarse armoniosos, y aún no había él aprendido las mil ondulaciones que este ademán imprimió a la esbelta cintura, cuando... ¡No! ¡No!

De qué le servía poseerla, si...

No pudo seguir hablando. Silvia bajaba la escalera, despeinada, pálida y descalza, enredándose a cada escalón en su largo batón de gasa.

—Silvia, ¿qué te pasa? —había alcanzado a balbucir Fred cuando una voz horriblemente aguda había empezado a brotar de aquel frágil cuerpo.

—¡Todos, todos lo mismo! —gritaba la extraña voz—. ¡Todos enamorados de María Griselda!... Alberto, Rodolfo, y Fred también... ¡Sí, tú también, tú también, Fred! ¡Hasta escribes versos para ella!... Alberto, ya lo sabes. Tu hermano tan querido escribe versos de amor para tu mujer. Los escribe a escondidas de mí. Cree que yo no sé dónde los guarda. Señora, yo se los puedo mostrar.

Ella no había contestado, miedosa de aquel ser desordenado y febril, que una palabra torpe podía precipitar en la locura.

—No, Silvia, no estoy enamorado de María Griselda —oyó de pronto decir a Fred con tranquila gravedad. Pero es cierto que algo cambió en mí cuando la vi... Fue como si en lo más recóndito de mi ser se hubiera de pronto encendido una especie de presencia inefable, porque por María Griselda me encontré al fin con mi verdadera vocación, por ella.

Y Fred les había empezado a contar su encuentro con María Griselda...

«Cuando recién casados, Silvia y él habían caído de sorpresa en el fundo. María Griselda no se encontraba en la casa.

»Pero ansiosos de conocerla cuanto antes, ellos habían corrido en su busca, guiados por Alberto.

»Y así había sido cómo de pronto, en medio del bosque, él se había quedado atrás, callado, inmóvil, atisbando casi dentro de su corazón el eco de unos pasos muy leves.

»Desviándose luego del sendero, había entreabierto el follaje al azar, y... esbelta, melancólica y pueril, arrastrando la cola de su ropón de amazona... así la vio pasar.

»¡María Griselda!

»Llevaba enfáticamente una flor amarilla en la mano, como si fuera un cetro de oro, y su caballo la seguía a corta distancia, sin que ella precisara guiarlo. ¡Sus ojos estrechos, verdes como la fronda! ¡Su porte sereno, su mano pequeña y pálida! ¡María Griselda! La vio pasar. Y a través de ella, de su pura belleza, tocó de pronto un más allá infinito y dulce... algas, aguas, tibias arenas visitadas por la luna, raíces que se pudren sordamente creciendo limo abajo, hasta su propio y acongojado corazón.

»Del fondo de su ser empezaron a brotar exclamaciones extasiadas, músicas nunca escuchadas: frases y notas hasta entonces dormidas dentro de su sangre y que ahora de pronto ascendían y recaían triunfalmente junto con su soplo, con la regularidad de su soplo.

»Y supo de una alegría a la par grave y liviana, sin nombre y sin origen, y de una tristeza resignada y rica de desordenadas sensaciones.

»Y comprendió lo que era el alma, y la admitió tímida, vacilante y ansiosa, y aceptó la vida tal cual era: efímera, misteriosa e inútil, con su mágica muerte que tal vez no conduce a nada.

»Y suspiró, supo al fin lo que era suspirar... porque debió llevarse las dos manos al pecho, dar unos pasos y echarse al suelo entre las altas raíces.

»Y mientras en la oscuridad creciente, largamente lo llamaban, lo buscaban, ¿recuerdan?, él, con la frente hundida en el césped, componía sus primeros versos».

Así hablaba Fred, entre tanto Silvia retrocedía lentamente, muda y a cada segundo más pálida y más pálida.

Y, ¡oh, Dios mío! ¿Quién hubiera podido prever aquel gesto en aquella niña mimada, tan bonita y tan tonta?

Apoderándose rápidamente del revólver que Alberto tirara descuidadamente momentos antes sobre la mesa, se había abocado el cañón contra la sien y sin cerrar tan siquiera los ojos, valientemente, como lo hacen los hombres, había apretado el gatillo.

—¡Mamá, venga, María Griselda se ha desmayado y no la puedo hacer volver!

Lo que de aquel horrible drama pudiese herir a su mujer, fue lo único que afectara a Alberto desde el primer momento; el resorte que lo hiciera automáticamente precipitarse, no hacia Silvia fulminada, sino hacia la puerta de su propio dormitorio, con el fin de impedir a María Griselda todo acceso a la desgracia que sin querer ésta había provocado.

—¡Venga, mamá, que no la puedo hacer volver! ¡Venga, por Dios!

Ella había acudido. Y una vez dentro del cuarto se había acercado con odio y sigilo hasta el borde del gran lecho conyugal, indiferente a las frases de estúpido

apremio con que la hostigaba Alberto.

¡María Griselda! Estaba desmayada. Sin embargo, boca arriba y a flor de las almohadas, su cara emergía serena.

¡Nunca, oh, nunca había ella visto cejas tan perfectamente arqueadas! Era como si una golondrina afilada y sombría hubiese abierto las alas sobre los ojos de su nuera y permaneciera detenida allí en medio de su frente blanca. ¡Las pestañas! Las pestañas oscuras, densas y brillantes. ¿En qué sangre generosa y pura debían hundir sus raíces para crecer con tanta violencia? ¡Y la nariz! La pequeña nariz orgullosa de aletas delicadamente abiertas. ¡Y el arco apretado de la boca encantadora! ¡Y el cuello grácil! ¡Y los hombros henchidos como frutos maduros! Y...

... Como debiera por fin atenderla en su desmayo, ella se había prendido de la colcha y echándola hacia atrás, destapado de golpe el cuerpo a medio desvestir. ¡Ah, los senos duros y pequeños, muy apegados al torso, con esa fina vena azul celeste serpenteando entremedio! ¡Y las caderas redondas y mansas! ¡Y las piernas interminables!

Alberto se había apoderado del candelabro, cuyos velones goteaban, y suspendiéndolo, insensato, sobre la frente de su mujer.

—¡Abre los ojos! ¡Abre los ojos!... —le gritaba, le ordenaba, le suplicaba. Y como por encanto, María Griselda había obedecido, medio inconsciente. ¡Sus ojos! ¿De cuántos colores estaba hecho el color uniforme de sus ojos? ¿De cuántos verdes distintos su verde sombrío? No había nada más minucioso ni más complicado que una pupila, que la pupila de María Griselda.

Un círculo de oro, uno verde claro, otro de un verde turbio, otro muy negro, y de nuevo un círculo de oro, y otro verde claro, y... total: los ojos de María Griselda. ¡Esos ojos de un verde igual al musgo que se adhiere a los troncos de los árboles mojados por el invierno, esos ojos al fondo de los cuales titilaba y se multiplicaba la llama de los velones!

¡Toda esa agua refulgente contenida allí como por milagro! ¡Con la punta de un alfiler, pinchar esas pupilas! Habría sido algo así como rajar una estrella...

Estaba segura de que una especie de mercurio dorado hubiera brotado al instante, escurridizo, para quemar los dedos del criminal que se hubiera atrevido.

—María Griselda, ésta es mi madre —había explicado Alberto a su mujer ayudándola a incorporarse en las almohadas.

La verde mirada se había prendido de ella y palpitado, aclarándose por segundos... Y de golpe ella había sentido un peso sobre el corazón. Era María Griselda que había echado la cabeza sobre su pecho.

Atónita, ella había permanecido inmóvil. Inmóvil y conmovida por una extraña, por una inmensa, desconcertante emoción.

—Perdón —había dicho de pronto una voz grave.

Porque, ¡perdón! había sido la primera palabra de María Griselda.

Y un grito se le había escapado instantáneamente a ella del fondo mismo de su

honda ternura.

—Perdón, ¿de qué? ¿Tienes tú acaso la culpa de ser tan bella?

—¡Ah, señora, si usted supiera!

No se acuerda bien en qué términos había empezado entonces a quejarse, María Griselda, de su belleza como de una enfermedad, como de una tara.

«Siempre, siempre había sido así, decía. Desde muy niña hubo de sufrir por causa de esa belleza. Sus hermanas no la querían, y sus padres, como para compensar a sus hermanas toda la belleza que le habían entregado a ella, dedicaron siempre a éstas su cariño y su fervor. En cuanto a ella, nadie la mimó jamás. Y nadie podía ser feliz a su lado.

»Ahí estaba Alberto, amándola con ese triste amor sin afecto que parecía buscar y perseguir algo a través de ella, dejándola a ella misma desesperadamente sola. ¡Anita sufriendo por causa de ella! ¡Y Rodolfo también! ¡Y Fred, y Silvia!... ¡Ah, la pobre Silvia!

»¡Un hijo! ¡Si pudiera tener un hijo! ¡Tal vez al verla materialmente ligada a él por un hijo, el espíritu de Alberto lograría descansar confiado!...

»Pero ¡no parecía ya como que estuviese elegida y predestinada a una solitaria belleza que la naturaleza —quién sabe por qué— la vedaba hasta de prolongar!

»Y en su crueldad, ni siquiera el nimio privilegio de un origen visible parecía haber querido otorgarle el destino... Porque sus padres no se parecían nada a ella, ni tampoco sus abuelos; y en los viejos retratos de familia, nunca se pudo encontrar el rasgo común, la expresión que la pudiera hacer reconocerse como el eslabón de una cadena humana.

»¡Ah, la soledad, todas las soledades!».

Así hablaba María Griselda, y ella recuerda cómo su rencor se había ido esfumando a medida que la escuchaba hablar.

Recuerda el fervor, la involuntaria gratitud hacia su nuera que la iba invadiendo por cada uno de los gestos con que ésta la acariciara, por cada una de las palabras que le dirigiera.

Era como una blandura, como una especie de cándida satisfacción, muy semejante a la que despierta en uno la confianza espontánea y sin razón que nos brinda un animal esquivo o un niño desconocido.

Sí, ¡cómo resistir a esta tranquila altivez, a la cariñosa mirada de esos ojos tan extrañamente engarzados!

Recuerda que ella comparaba en pensamiento la belleza de la presumida Silvia y la de su esplendorosa hija Anita, con la belleza de María Griselda. Ambas eran lindas, pero sus bellezas eran como un medio casi consciente de la expresión que hubieran tal vez podido reemplazar por otro. En cambio, la belleza pura y velada de María Griselda, esa belleza que parecía ignorarse a sí misma, esa belleza no era sino un fluir natural, algo congénito y estrechamente ligado a su ser. Y no se concebía que María Griselda pudiera existir sino con esos ojos y ese porte; no se concebía que su voz

podría tener otro timbre que aquel suyo, grave y como premunido de una sordina de terciopelo.

¡María Griselda! Todavía la ve vivir y moverse, sigilosa y modesta, llevando su belleza como una dulce lámpara escondida, que encendía de un secreto encanto su mirada, su andar, sus ademanes más mínimos; el ademán de hundir la mano en una caja de cristal para extraer el peine con que peinaba sus negros cabellos... Y todavía, sí, todavía le parece estar oyendo el tictac del invisible reloj que allá en esa lejana casa del sur marcará incansablemente cada segundo de aquella tarde inolvidable.

Aquel tictac hendiendo implacable el mar del tiempo, hacia adelante, siempre hacia adelante. Y las aguas del pasado cerrándose inmediatamente detrás. Los gestos recién hechos ya no son Océano que se deja atrás, inmutable, compacto y solitario.

Y tú, Anita. ¡Orgullosa! ¡Aquí está y ahí lo tienes a ese hombre que no te quería y a quien tú forzaste y conquistaste! A ese hombre a quien se le escapará más tarde en alguna confidencia a otra mujer: «Yo me casé por compromiso». Lo odias, lo desprecias, lo adoras, y cada abrazo suyo te deja cada vez más desanimada y mucho más enamorada.

Temblar por el pasado, por el presente, por el futuro; por la sospecha, el rumor o el mero presentimiento que venga a amenazar la tranquilidad que deberás fabricarte día a día. Y disimulando, sonriendo, luchar por la conquista de un pedacito de alma día a día... esa será tu vida.

¡Rodolfo! Helo aquí a mi lado y a tu lado, ayudándote a salvaguardar los cirios y las flores, estrechándote la mano como tú lo deseas.

Un llevar a cabo una infinidad de actos ajenos a su deseo, empeñando en ellos un falso entusiasmo, mientras una sed que él sabe insaciable lo devore por dentro... ésa será su vida.

Ah, mi pobre Anita, tal vez sea ésa la vida de nosotros todos. ¡Ese eludir o perder nuestra verdadera vida encubriéndola tras una infinidad de pequeñeces con aspecto de cosas vitales!

Las islas nuevas^[*]

Toda la noche el viento había galopado a diestro y siniestro por la pampa, bramando, apoyando siempre sobre una sola nota. A ratos cercaba la casa, se metía por las rendijas de las puertas y de las ventanas y revolvía los tules del mosquitero.

A cada vez Yolanda encendía la luz, que titubeaba, resistía un momento y se apagaba de nuevo. Cuando su hermano entró en el cuarto, al amanecer, la encontró recostada sobre el hombro izquierdo, respirando con dificultad y gimiendo.

—¡Yolanda! ¡Yolanda!

El llamado la incorporó en el lecho. Para poder mirar a Federico separó y echó sobre la espalda la oscura cabellera.

—Yolanda, ¿soñabas?

—Oh, sí, sueños horribles.

—¿Por qué duermes siempre sobre el corazón? Es malo.

—Ya lo sé. ¿Qué hora es? ¿Adónde vas tan temprano y con este viento?

—A las lagunas. Parece que hay otra isla nueva. Ya van cuatro. De «La Figura» han venido a verlas. Tendremos gente. Quería avisarte.

Sin cambiar de postura, Yolanda observó a su hermano —un hombre canoso y flaco— al que las altas botas ajustadas prestaban un aspecto juvenil. ¡Qué absurdos los hombres! Siempre en movimiento, siempre dispuestos a interesarse por todo. Cuando se acuestan dejan dicho que los despierten al rayar el alba. Si se acercan a la chimenea permanecen de pie, listos para huir al otro extremo del cuarto, listos para huir siempre hacia cosas fútiles. Y tosen, fuman, hablan fuerte, temerosos del silencio como de un enemigo que al menor descuido pudiera echarse sobre ellos, adherirse a ellos e invadirlos sin remedio.

—Está bien, Federico.

—Hasta luego.

Un golpe seco de la puerta y ya las espuelas de Federico suenan alejándose sobre las baldosas del corredor. Yolanda cierra de nuevo los ojos y delicadamente, con infinitas precauciones, se recuesta en las almohadas, sobre el hombro izquierdo, sobre el corazón; se ahoga, suspira y vuelve a caer en inquietos sueños. Sueños de los que, mañana a mañana, se desprende pálida, extenuada, como si se hubiera batido la noche entera con el insomnio.

Mientras tanto, los de la estancia «La Figura» se habían detenido al borde de las lagunas. Amanecía. Bajo un cielo revuelto, allá, contra el horizonte, divisaban las islas nuevas, humeantes aún del esfuerzo que debieron hacer para subir de quién sabe qué estratificaciones profundas.

—¡Cuatro, cuatro islas nuevas! —gritaban.

El viento no amainó hasta el anochecer, cuando ya no se podía cazar.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do... Do, re, mi, fa, sol, la, si, do...

Las notas suben y caen, trepan y caen redondas y límpidas como burbujas de vidrio. Desde la casa achatada a lo lejos entre los altos cipreses, alguien parece tender hacia los cazadores, que vuelven, una estrecha escala de agua sonora.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do...

—Es Yolanda que estudia —murmura Silvestre. Y se detiene un instante como para ajustarse mejor la carabina al hombro, pero su pesado cuerpo tiembla un poco.

Entre el follaje de los arbustos se yerguen blancas flores que parecen endurecidas por la helada. Juan Manuel alarga la mano.

—No hay que tocarlas —le advierte Silvestre—, se ponen amarillas. Son las camelias que cultiva Yolanda —agrega sonriendo—. «Esa sonrisa humilde ¡qué mal le sienta!» —piensa, malévolo, Juan Manuel—. «Apenas deja su aire altanero, se ve que es viejo».

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do... Do, re, mi, fa, sol, la, si, do...

La casa está totalmente a oscuras, pero las notas siguen brotando regulares.

—Juan Manuel, ¿no conoce usted a mi hermana Yolanda?

Ante la indicación de Federico, la mujer, que envuelta en la penumbra está sentada al piano, tiende al desconocido una mano que retira en seguida. Luego se levanta, crece, se desenrosca como una preciosa culebra. Es muy alta y extraordinariamente delgada. Juan Manuel la sigue con la mirada, mientras silenciosa y rápida enciende las primeras lámparas. Es igual que su nombre: pálida, aguda y un poco salvaje —piensa de pronto—. Pero ¿qué tiene de extraño? ¡Ya comprendo! —reflexiona, mientras ella se desliza hacia la puerta y desaparece—. Unos pies demasiado pequeños. Es raro que pueda sostener un cuerpo tan largo sobre esos pies tan pequeños.

... ¡Qué estúpida comida, esta comida entre hombres, entre diez cazadores que no han podido cazar y que devoran precipitadamente, sin tener siquiera una sola hazaña de que vanagloriarse! ¿Y Yolanda? ¿Por qué no preside la cena ya que la mujer de Federico está en Buenos Aires? ¡Qué extraña silueta! ¿Fea? ¿Bonita? Liviana, eso sí, muy liviana. Y esa mirada oscura y brillante, ese algo agresivo, huidizo... ¿A quién, a qué se parece?

Juan Manuel extiende la mano para tomar su copa. Frente a él Silvestre bebe y habla y ríe fuerte, y parece desesperado.

Los cazadores dispersan las últimas brasas a golpes de pala y de tenazas; echan cenizas y más cenizas sobre los múltiples ojos de fuego que se empeñan en resurgir, coléricos. Batalla final en el tedio largo de la noche.

Y ahora el pasto y los árboles del parque los envuelven bruscamente en su aliento frío. Pesados insectos aletean contra los cristales del farol que alumbra el largo corredor abierto. Sostenido por Juan Manuel, Silvestre avanza hacia su cuarto resbalando sobre las baldosas lustrosas de vapor de agua, como recién lavadas. Los

sapos huyen tímidamente a su paso para acurrucarse en los rincones oscuros.

En el silencio, el golpe de las barras que se ajustan a las puertas parece repetir los disparos inútiles de los cazadores sobre las islas. Silvestre deja caer su pesado cuerpo sobre el lecho, esconde su cara demacrada entre las manos y resuella y suspira ante la mirada irritada de Juan Manuel. Él, que siempre detestó compartir un cuarto con quien sea, tiene ahora que compartirlo con un borracho, y para colmo con un borracho que se lamenta.

—Oh, Juan Manuel, Juan Manuel...

—¿Qué le pasa, don Silvestre? ¿No se siente bien?

—Oh, muchacho. ¡Quien pudiera saber, saber, saber!...

—¿Saber qué, don Silvestre?

—Esto —y acompañando la palabra con el ademán, el viejo toma la cartera del bolsillo de su saco y la tiende a Juan Manuel.

—Busca la carta. Léela. Sí, una carta. Ésa, sí. Léela y dime si comprendes.

Una letra alta y trémula corre como humo, desbordando casi las cuartillas amarillentas y manoseadas:

«Silvestre. No puedo casarme con usted. Lo he pensado mucho, créame. No es posible, no es posible. Y sin embargo, le quiero, Silvestre, le quiero y sufro. Pero no puedo. Olvídeme. En balde me pregunto qué podría salvarme. Un hijo tal vez, un hijo que pesara dulcemente dentro de mí siempre; ¡pero siempre! ¡No verlo jamás crecido, despegado de mí! ¡Yo apoyada siempre en esa pequeña vida, retenida siempre por esa presencia! Lloro, Silvestre, lloro; y no puedo explicarle nada más.

YOLANDA».

—No comprendo —balbucea Juan Manuel, preso de un súbito malestar.

—Yo hace treinta años que trato de comprender. La quería. Tú no sabes cuánto la quería. Ya nadie quiere así, Juan Manuel... Una noche, dos semanas antes de que hubiéramos de casarnos, me mandó esta carta. En seguida me negó toda explicación y jamás conseguí verla a solas. Yo dejaba pasar el tiempo. «Esto se arreglará», me decía. Y así me ha ido pasando la vida...

—¿Era la madre de Yolanda, don Silvestre? ¿Se llamaba Yolanda, también?

—¿Cómo? Hablo de Yolanda. No hay más que una. De Yolanda, que me ha rechazado de nuevo esta noche. Esta noche, cuando la vi, me dije: Tal vez ahora que han pasado tantos años Yolanda quiera, al fin, darme una explicación. Pero se fue, como siempre, parece que Federico trata también de hablarle, a veces de todo esto, y ella se echa a temblar, y huye, huye siempre...

Desde hace unos segundos el sordo rumor de un tren ha despuntado en el horizonte. Y Juan Manuel lo oye insistir a la par que el malestar que se agita en su corazón.

—¿Yolanda fue su novia, don Silvestre?

—Sí, Yolanda fue mi novia, mi novia...

Juan Manuel considera fríamente los gestos desordenados de Silvestre, sus mejillas congestionadas, su pesado cuerpo de sesentón mal conservado. ¡Don Silvestre, el viejo amigo de su padre, novio de Yolanda!

—Entoces, ¿ella no es una niña, don Silvestre?

Silvestre ríe estúpidamente.

El tren, allá en un punto fijo del horizonte, parece que se empeñara en rodar y rodar un rumor estéril.

—¿Qué edad tiene? —insiste Juan Manuel.

Silvestre se pasa la mano por la frente tratando de contar.

—A ver, yo tenía en esa época veinte, no veintitrés...

Pero Juan Manuel apenas le oye, aliviado momentáneamente por una consoladora reflexión. «¡Importa acaso la edad cuando se es tan prodigiosamente joven!»

—... ella por consiguiente debía tener...

La frase se corta en un resuello. Y de nuevo renace en Juan Manuel la absurda ansiedad que lo mantiene atento a la confidencia que aquel hombre medio ebrio deshilvana desatinadamente. ¡Y ese tren a lo lejos, como un movimiento en suspenso, como una amenaza que no se cumple! Es seguramente la palpitación sofocada y continua de ese tren lo que lo enerva así. Maquinalmente, como quien busca una salida, se acerca a la ventana, la abre, y se inclina sobre la noche. Los faros del expreso, que jadea y jadea allá en el horizonte, rasgan con dos haces de luz la inmensa llanura.

—¡Maldito tren! ¡Cuándo pasará! —rezonga fuerte.

Silvestre, que ha venido a tumbarse a su lado en el alféizar de la ventana, aspira el aire a plenos pulmones y examina las dos luces, fijas a lo lejos.

—Viene en línea recta, pero tardará una media hora en pasar —explica—. Acaba de salir de Lobos.

«Es liviana y tiene unos pies demasiado pequeños para su alta estatura».

—¿Qué edad tiene, don Silvestre?

—No sé. Mañana te diré.

Pero ¿por qué? —reflexiona Juan Manuel—. ¿Qué significa este afán de preocuparme y pensar en una mujer que no he visto sino una vez? ¿Será que la deseo ya? El tren. ¡Oh, ese rumor monótono, esa respiración interminable del tren que avanza obstinado y lento en la pampa!

—¿Qué me pasa? —se pregunta Juan Manuel—. Debo estar cansado —piensa, al tiempo que cierra la ventana.

Mientras tanto, ella está en el extremo del jardín. Está apoyada contra la última tranquera del monte, como sobre la borda de un buque anclado en la llanura. En el cielo, una sola estrella, inmóvil; una estrella pesada y roja que parece lista a

descolgarse y hundirse en el espacio infinito. Juan Manuel se apoya a su lado contra la tranquera y junto con ella se asoma a la pampa sumida en la mortecina luz saturnal. Habla. ¿Qué le dice? Le dice al oído las frases del destino. Y ahora la toma en sus brazos. Y ahora los brazos que la estrechan por la cintura tiemblan y esbozan una caricia nueva. ¡Va a tocarle el hombro derecho! ¡Se lo va a tocar! Y ella se debate, lucha, se agarra al alambrado para resistir mejor. Y se despierta aferrada a las sábanas, ahogada en sollozos y suspiros.

Durante un largo rato se mantiene erguida en las almohadas, con el oído atento. Y ahora la casa tiembla, el espejo oscila levemente, y una camelia marchita se desprende por la corola y cae sobre la alfombra con el ruido blando y pesado con que caería un fruto maduro.

Yolanda espera que el tren haya pasado y que se haya cerrado su estela de estrépito para volverse a dormir, recostada sobre el hombro izquierdo.

¡Maldito viento! De nuevo ha emprendido su galope aventurero por la pampa. Pero esta mañana los cazadores no están de humor para contemporizar con él. Echan los botes al agua, dispuestos al abordaje de las islas nuevas que allá, en el horizonte, sobrenadan defendidas por un cerco vivo de pájaros y espuma.

Desembarcan orgullosos, la carabina al hombro; pero una atmósfera ponzoñosa los obliga a detenerse casi en seguida para enjugarse la frente. Pausa breve, y luego avanzan pisando, atónitos, hierbas viscosas y una tierra caliente y movediza. Avanzan tambaleándose entre espirales de gaviotas que suben y bajan graznando. Azotado en el pecho por el filo de un ala, Juan Manuel vacila. Sus compañeros lo sostienen por los brazos y lo arrastran detrás de ellos.

Y avanzan aún, aplastando, bajo las botas, frenéticos pescados de plata que el agua abandonó sobre el limo. Más allá tropiezan con una flora extraña: son matojos de coral sobre los que se precipitan ávidos. Largamente luchan por arrancarlos de cuajo; luchan hasta que sus manos sangran.

Las gaviotas los encierran en espirales cada vez más apretados. Las nubes corren muy bajas desmadejando una hilera vertiginosa de sombras. Un vaho a cada instante más denso brota del suelo. Todo hierve, se agita, tiembla. Los cazadores tratan en vano de mirar, de respirar. Descorazonados y medrosos, huyen.

Alrededor de la fogata, que los peones han encendido y alimentan con ramas de eucaliptos, esperan en cuclillas el día entero a que el viento apacigüe su furia. Pero, como para exasperarlos, el viento amaina cuando está oscureciendo.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do... De nuevo aquella escala tendida hasta ellos desde las casas. Juan Manuel aguza el oído.

Do, re, mi, fa, sol, la, si, do... Do, re, mi, fa, sol... Do, re, mi, fa... Do, re, mi, fa... —insiste el piano. Y aquella nota repetida y repetida bate contra el corazón de Juan Manuel y lo golpea ahí donde lo había golpeado y herido por la mañana el ala del pájaro salvaje. Sin saber por qué se levanta y echa a andar hacia esa nota que a lo lejos repiquetea sin cesar, como una llamada.

Ahora salva los macizos de camelias. El piano calla bruscamente. Corriendo casi, penetra en el sombrío salón.

La chimenea encendida, el piano abierto... Pero Yolanda, ¿dónde está? Más allá del jardín, apoyada contra la última tranquera como sobre la borda de un buque anclado en la llanura. Y ahora se estremece porque oye gotear a sus espaldas las ramas bajas de los pinos removidas por alguien que se acerca a hurtadillas. ¡Si fuera Juan Manuel!

Vuelve pausadamente la cabeza. Es él. Él en carne y hueso esta vez. ¡Oh, su tez morena y dorada en el atardecer gris! Es como si lo siguiera y lo envolviera siempre una flecha de sol. Juan Manuel se apoya a su lado, contra la tranquera, y se asoma con ella a la pampa. Del agua que bulle escondida bajo el limo de los vastos potreros empieza a levantarse el canto de las ranas. Y es como si desde el horizonte la noche se aproximara, agitando millares de cascabeles de cristal.

Ahora él la mira y sonrío. ¡Oh, sus dientes apretados y blancos! Deben de ser fríos y duros como pedacitos de hielo. ¡Y esa oleada de calor varonil que se desprende de él, y la alcanza y la penetra de bienestar! ¡Tener que defenderse de aquel bienestar, tener que salir del círculo que a la par que su sombra mueve aquel hombre tan hermoso y tan fuerte!

—Yolanda... —murmura. Al oír su nombre siente que la intimidad se hace de golpe entre ellos. ¡Qué bien hizo en llamarla por su nombre! Parecería que los liga ahora un largo pasado de deseo. No tener pasado. Eso era lo que los cohibía y los mantenía alejados.

—Toda la noche he soñado con usted, Juan Manuel, toda la noche...

Juan Manuel tiende los brazos; ella no lo rechaza. Lo obliga sólo a enlazarla castamente por la cintura.

—Me llaman... —gime de pronto, y se desprende y escapa. Las ramas que remueve en su huida rebotan erizadas, arañan el saco y la mejilla de Juan Manuel que sigue a una mujer, desconcertado por vez primera.

Está de blanco. Sólo ahora que ella se acerca a su hermano para encenderle la pipa, gravemente, meticulosamente —como desempeñando una pequeña ocupación cotidiana— nota que lleva traje largo. Se ha vestido para cenar con ellos. Juan Manuel recuerda entonces que sus botas están llenas de barro y se precipita hacia su cuarto.

Cuando vuelve al salón encuentra a Yolanda sentada en el sofá, de frente a la chimenea. El fuego enciende, apaga y enciende sus pupilas negras. Tiene los brazos cruzados detrás de la nuca, y es larga y afilada como una espada, o como... ¿cómo qué? Juan Manuel se esfuerza en encontrar la imagen que siente presa y aleteando en su memoria.

—La comida está servida.

Yolanda se incorpora, sus pupilas se apagan de golpe. Y al pasar le clava rápidamente esas pupilas de una negrura sin transparencia, y le roza el pecho con su

manga de tul, como con un ala. Y la imagen afluye por fin al recuerdo de Juan Manuel, igual que una burbuja a flor de agua.

—Ya sé a qué se parece usted. Se parece a una gaviota.

Un gritito ronco, extraño, y Yolanda se desploma largo a largo y sin ruido sobre la alfombra. Reina un momento de estupor, de inacción; luego todos se precipitan para levantarla, desmayada. Ahora la transportan sobre el sofá, la acomodan en los cojines, piden agua. ¿Qué ha dicho? ¿Qué le ha dicho?

—Le dije... —empieza a explicar Juan Manuel; pero calla bruscamente, sintiéndose culpable de algo que ignora, temiendo, sin saber por qué, revelar un secreto que no le pertenece. Mientras tanto Yolanda, que ha vuelto en sí, suspira oprimiéndose el corazón con las dos manos como después de un gran susto. Se incorpora a medias, para extenderse nuevamente sobre el hombro izquierdo. Federico protesta.

—No. No te recuestes sobre el corazón. Es malo.

Ella sonrío débilmente, murmura: «Ya lo sé. Déjenme». Y hay tanta vehemencia triste, tanto cansancio en el ademán con que los despide, que todos pasan sin protestar a la habitación contigua. Todos, salvo Juan Manuel, que permanece de pie junto a la chimenea.

Lívida, inmóvil, Yolanda duerme o finge dormir recostada sobre el corazón. Juan Manuel espera anhelante un gesto de llamada o de repudio que no se cumple.

Al rayar el alba de esta tercera madrugada los cazadores se detienen, una vez más, al borde de las lagunas por fin apaciguadas. Mudos, contemplan la superficie tersa de las aguas. Atónitos, escrutan el horizonte gris.

Las islas nuevas han desaparecido.

Echan los botes al agua. Juan Manuel empuja el suyo con una decisión bien determinada. Bordea las viejas islas sin dejarse tentar como sus compañeros por la vida que alienta en ellas; esa vida hecha de chasquidos de alas y de juncos, de arrullos y pequeños gritos, y de ese leve temblor de flores de limo que se despliegan sudorosas. Explorador minucioso, se pierde a lo lejos y rema de izquierda a derecha, tratando de encontrar el lugar exacto donde tan sólo ayer asomaban cuatro islas nuevas. ¿Adónde estaba la primera? Aquí. No, allí. No, aquí, más bien. Se inclina sobre el agua para buscarla, convencido sin embargo de que su mirada no logrará jamás seguirla en su caída vertiginosa hacia abajo, seguirla hasta la profundidad oscura donde se halla confundida nuevamente con el fondo de fango y de algas.

En el círculo de un remolino, algo sobreflota, algo blando, incoloro: es una medusa. Juan Manuel se apresura a recogerla en su pañuelo, que ata luego por las cuatro puntas.

Cae la tarde cuando Yolanda, a la entrada del monte, retiene su caballo y les abre la tranquera. Ha echado a andar delante de ellos. Su pesado ropón flotante se engancha a ratos en los arbustos. Y Juan Manuel repara que monta a la antigua, vestida de amazona. La luz declina por segundos, retrocediendo en una gama de

azules. Algunas urracas de larga cola vuelan graznando un instante y se acurrucan luego en racimos apretados sobre las desnudas ramas del bosque ceniciento.

De golpe, Juan Manuel ve un grabado que aún cuelga en el corredor de su vieja quinta de Androgué: una amazona esbelta y pensativa, entregada a la voluntad de su caballo, parece errar desesperanzada entre las hojas secas y el crepúsculo. El cuadro se llama «Otoño», o «Tristeza...». No recuerda bien.

Sobre el velador de su cuarto encuentra una carta de su madre. «Puesto que tú no estás, yo le llevaré mañana las orquídeas a Elsa» —escribe. Mañana. Quiere decir hoy. Hoy hace, por consiguiente, cinco años que murió su mujer. ¡Cinco años ya! Se llamaba Elsa. Nunca pudo él acostumbrarse a que tuviera un nombre tan lindo. «¡Y te llamas Elsa...!», solía decirle en la mitad de un abrazo, como si aquello fuera un milagro más milagroso que su belleza rubia y su sonrisa plácida. ¡Elsa! ¡La perfección de sus rasgos! ¡Su tez transparente detrás de la que corrían las venas, finas pinceladas azules! ¡Tantos años de amor! Y luego aquella enfermedad fulminante. Juan Manuel se resiste a pensar en la noche en que, cubriéndose la cara con las manos para que él no la besara, Elsa gemía: «No quiero que me veas así, tan fea... ni aun después de muerta. Me taparás la cara con orquídeas. Tienes que prometerme...».

No, Juan Manuel no quiere volver a pensar en todo aquello. Desgarrado, tira la carta sobre el velador sin leer más adelante.

El mismo crepúsculo sereno ha entrado en Buenos Aires, anegando en azul de acero las piedras y el aire, y los árboles de la plaza de la Recoleta espolvoreados por la llovizna glacial del día.

La madre de Juan Manuel avanza con seguridad en un laberinto de calles muy estrechas. Con seguridad. Nunca se ha perdido en aquella intrincada ciudad. Desde muy niña le enseñaron a orientarse en ella. He aquí su casa. La pequeña y fría casa donde reposan inmóviles sus padres, sus abuelos y tantos antepasados. ¡Tantos, en una casa tan estrecha! ¡Si fuera cierto que cada uno duerme aquí solitario con su pasado y su presente; incomunicado, aunque flanco a flanco! Pero no, no es posible. La señora deposita un instante en el suelo el ramo de orquídeas que lleva en la mano y busca la llave de su cartera. Una vez que se ha persignado ante el altar, examina si los candelabros están bien lustrados, si está bien almidonado el blanco mantel. En seguida suspira y baja a la cripta agarrándose nerviosamente a la barandilla de bronce. Una lámpara de aceite cuelga del techo bajo. La llama se refleja en el piso de mármol negro y se multiplica en las anillas de los cajones alineados por fechas. Aquí todo es orden y solemne indiferencia.

Fuera empieza a lloviznar nuevamente. El agua rebota en las estrechas callejuelas de asfalto. Pero aquí todo parece lejano: la lluvia, la ciudad, y las obligaciones que la aguardan en su casa. Y ahora ella suspira nuevamente y se acerca al cajón más nuevo, más chico, y deposita las orquídeas a la altura de la cara del muerto. Las deposita sobre la cara de Elsa. «Pobre Juan Manuel» —piensa.

En vano trata de enternecerse sobre el destino de su nuera. En vano. Un rencor, del que se confiesa a menudo, persiste en su corazón a pesar de las decenas de rosarios y las múltiples jaculatorias que le impone su confesor.

Mira fijamente el cajón deseosa de traspasarlo con la mirada para saber, ver, comprobar... ¡Cinco años ya que murió! Era tan frágil. Puede que el anillo de oro liso haya rodado ya de entre sus frívolos dedos desmigajados hasta el hueco de su pecho hecho cenizas. Puede, sí. Pero ¿ha muerto? No. Ha vencido a pesar de todo. Nunca se muere enteramente. Esa es la verdad. El niño moreno y fuerte continuador de la raza, ese nieto que es ahora su única razón de vivir, mira con los ojos azules y cándidos a Elsa.

Por fin a las tres de la mañana Juan Manuel se decide a levantarse del sillón junto a la chimenea, donde con desgano fumaba y bebía medio atontado por el calor del fuego. Salta por encima de los perros dormidos contra la puerta y echa a andar por el largo corredor abierto. Se siente flojo y cansado, tan cansado. «¡Anteanoche Silvestre, y esta noche yo! Estoy completamente borracho» —piensa.

Silvestre duerme. El sueño debió haberlo sorprendido de repente porque ha dejado la lámpara encendida sobre el velador.

La carta de su madre está todavía allí, semiabierta. Una larga postdata escrita de puño y letra de su hijo lo hace sonreír un poco. Trata de leer. Sus ojos se nublan en el esfuerzo. Porfía y descifra al fin:

«Papá: La abuelita me permite escribirte aquí. Aprendí tres palabras más en la geografía nueva que me regalaste. Tres palabras con la explicación y todo, que te voy a escribir aquí de memoria.

Aerolito: Nombre dado a masas minerales que caen de las profundidades del espacio celeste a la superficie de la Tierra. Los aerolitos son fragmentos planetarios que circulan por el espacio y que...»

—¡Ay! —murmura Juan Manuel, y, sintiéndose tambalear se arranca de la explicación, emerge de la explicación deslumbrado y cegado como si hubiera agitado ante sus ojos una cantidad de pequeños soles.

Huracán: Viento violento e impetuoso hecho de varios vientos opuestos que forman torbellinos.

—¡Este niño! —rezonga Juan Manuel. Y se siente transido de frío, mientras grandes ruidos le azotan el cerebro como colazos de una ola que vuelve y se revuelve batiendo su flanco poderoso y helado contra él.

Halo: Cerco luminoso que rodea a veces a la Luna.

Una ligera neblina se interpone de pronto entre Juan Manuel y la palabra anterior, una neblina azul que flota y lo envuelve blandamente. ¡Halo! —murmura—, ¡halo! Y algo así como una inmensa ternura empieza a infiltrarse en todo su ser con la seguridad, con la suavidad de un gas. ¡Yolanda! ¡Si pudiera verla, hablarle!

Quisiera, aunque más no fuese, oír la respirar a través de la puerta cerrada de su alcoba.

Todos, todo duerme. ¡Qué de puertas, sigiloso y protegiendo con la mano la llama de su lámpara, debió forzar o abrir para atravesar el ala del viejo caserón!

¡Cuántas habitaciones desocupadas y polvorientas donde los muebles se amontonaban en los rincones, y cuántas otras donde, a su paso, gentes irreconocibles suspiran y se revuelven entre las sábanas!

Había elegido el camino de los fantasmas y de los asesinos.

Y ahora que ha logrado pegar el oído a la puerta de Yolanda, no oye sino el latir de su propio corazón.

Un mueble debe, sin duda alguna, obstruir aquella puerta por el otro lado; un mueble muy liviano, puesto que ya consiguió apartarlo de un empujón. ¿Quién gime? Juan Manuel levanta la lámpara: el cuarto da primero un vuelco y se sitúa luego ante sus ojos, ordenado y tranquilo.

Velada por los tules de un mosquitero advierte una cama estrecha donde Yolanda duerme caída sobre el hombro izquierdo, sobre el corazón; duerme envuelta en una cabellera oscura, frondosa y crespa, entre la que gime y se debate. Juan Manuel deposita la lámpara en el suelo, aparta los tules del mosquitero y la toma de la mano. Ella se aferra a sus dedos, y él la ayuda entonces a incorporarse sobre las almohadas, a refluir de su sueño, a vencer el peso de esa cabellera inhumana que debe atraerla hacia quién sabe qué tenebrosas regiones.

Por fin abre los ojos, suspira aliviada y murmura: «Gracias».

—Gracias —repite. Y fijando delante de ella unas pupilas sonámbulas explica—: ¡Oh, era terrible! Estaba en un lugar atroz. En un parque al que a menudo bajo en mis sueños. Un parque. Plantas gigantes. Helechos altos y abiertos como árboles. Y un silencio... no sé cómo explicarlo..., un silencio verde como el del cloroformo. Un silencio desde el fondo del cual se aproxima un ronco zumbido que crece y se acerca. La muerte, es la muerte. Y entonces trato de huir, de despertar. Porque si no despertara, si me alcanzara la muerte en ese parque, tal vez me vería condenada a quedarme allí para siempre, ¿no cree usted?

Juan Manuel no contesta, temeroso de romper aquella intimidad con el sonido de su voz. Yolanda respira hondo y continúa:

—Dicen que durante el sueño volvemos a los sitios donde hemos vivido antes de la existencia que estamos viviendo ahora. Yo suelo también volver a cierta casa criolla. Un cuarto, un patio, un cuarto y otro patio con una fuente en el centro. Voy y...

Enmudece bruscamente y lo mira.

Ha llegado el momento que él tanto temía. El momento en que lúcida, al fin, y libre de todo pavor, se pregunta cómo y por qué está aquel hombre sentado a la orilla de su lecho. Aguarda resignado el: «¡Fuera!» imperioso y el ademán solemne con el cual se dice que las mujeres indican la puerta en esos casos.

Y no. Siente de golpe un peso sobre el corazón. Yolanda ha echado la cabeza sobre su pecho.

Atónito, Juan Manuel permanece inmóvil. ¡Oh, esa sien delicada, y el olor a madreselvas vivas que se desprende de aquella impetuosa mata de pelo que le acaricia los labios! Largo rato permanece inmóvil. Inmóvil, enternecido, maravillado, como si sobre su pecho se hubiera estrellado, al pasar, un inesperado y asustadizo tesoro.

¡Yolanda! Avidamente la estrecha contra sí. Pero entonces grita, un gritito ronco, extraño, y le sujeta los brazos. Él lucha enredándose entre los largos cabellos perfumados y ásperos. Lucha hasta que logra asirla por la nuca y tumbarla brutalmente hacia atrás.

Jadeante, ella revuelca la cabeza de un lado a otro y llora. Lloro mientras Juan Manuel la besa en la boca, mientras le acaricia un seno pequeño y duro como las camelias que ella cultiva. ¡Tantas lágrimas! ¡Cómo se escurren por sus mejillas, apresuradas y silenciosas! ¡Tantas lágrimas! Ahora corren por la almohada intactas, como ardientes perlas hechas de agua, hasta el hueco de su ruda mano de varón crispada bajo el cuello sometido.

Desembriagado, avergonzado casi, Juan Manuel relaja la violencia de su abrazo.

—¿Me odia, Yolanda?

Ella permanece muda, inerte.

—Yolanda. ¿Quiere que me vaya?

Ella cierra los ojos. «Váyase», murmura.

Ya lúcido, se siente enrojecer y un relámpago de vehemencia lo traspasa nuevamente de pies a cabeza. Pero su pasión se ha convertido en ira, en desagrado.

Las maderas del piso crujen bajo sus pasos mientras toma la lámpara y se va, dejando a Yolanda hundida en la sombra.

Al cuarto día, la neblina descuelga a lo largo de la pampa sus telones de algodón y silencio; sofoca y acorta el ruido de las detonaciones que los cazadores descargan a mansalva por las islas, ciega a las cigüeñas acobardadas y ablanda los largos juncos puntiagudos que hieren.

Yolanda. ¿Qué hará?, se pregunta Juan Manuel. ¿Qué hará mientras él arrastra sus botas pesadas de barro y mata a los pájaros sin razón ni pasión? Tal vez esté en el huerto buscando las últimas fresas o desenterrando los primeros rábanos: Se los toma fuertemente por las hojas y se los desentierra de un tirón, se los arranca de la tierra oscura como rojos y duros corazoncitos vegetales. O puede aun que, dentro de la casa, y empinada sobre el taburete arrimado a un armario abierto, reciba de manos de

la mucama un atado de sábanas recién planchadas para ordenarlas cuidadosamente en pilas iguales. ¿Y si estuviera con la frente pegada a los vidrios empañados de una ventana echando su vuelta? Todo es posible en una mujer como Yolanda, en esa mujer extraña, en esa mujer tan parecida a... Pero Juan Manuel se detiene como temeroso de hierirla con el pensamiento.

De nuevo el crepúsculo. El cazador echa una mirada por sobre la pampa sumergida tratando de situar en el espacio el monte y la casa. Una luz se enciende en lontananza a través de la neblina, como un grito sofocado que deseara orientarlo. La casa. ¡Allí está!

Aborda en su bote la orilla más cercana y echa a andar por los potreros hacia la luz ahuyentando, a su paso, el manso ganado de pelaje primorosamente rizado por el aliento húmedo de la neblina. Salva alambrados a cuyas púas se agarra la niebla como el vellón de otro ganado. Sorteas las anchas matas de cardos que se arrastran plateadas, fosforescentes, en la penumbra; receloso de aquella vegetación a la vez quemante y helada.

Llega a la tranquera, cruza el parque, luego el jardín con sus macizos de camelias; desempaña con su mano enguantada el vidrio de cierta ventana y abre a la altura de sus ojos dos estrellas, como en los cuentos.

Yolanda está desnuda y de pie en el baño, absorta en la contemplación de su hombro derecho.

En su hombro derecho crece y se descuelga un poco hacia la espalda algo liviano y blando. Un ala. O más bien un comienzo de ala. O mejor dicho un muñón de ala. Un pequeño miembro atrofiado que ahora ella palpa cuidadosamente, como con recelo.

El resto del cuerpo es tal cual él se lo había imaginado. Orgullosa, estrecha, blanca.

«Una alucinación. Debo haber sido víctima de una alucinación. La caminata, la neblina, el cansancio y ese estado ansioso en que vivo desde hace días me han hecho ver lo que no existe...» piensa Juan Manuel mientras rueda enloquecido por los caminos agarrado al volante de su coche. ¡Si volviera! ¿Pero cómo explicar su brusca partida? ¿Y cómo explicar su regreso si lograra explicar su huida? No pensar, no pensar hasta Buenos Aires. ¡Es lo mejor!

Ya en el suburbio, una fina llovizna vela de un polvo de agua los vidrios del parabrisas. Echa a andar la aguja de níquel que hace tictac, tictac, con la regularidad implacable de su angustia.

Atraviesa Buenos Aires desierto y oscuro bajo un aguacero aún indeciso. Pero cuando empuja la verja y traspone el jardín de su casa, la lluvia se despeña torrencial.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vuelves a estas horas?

—¿Y el niño?

—Duerme. Son las once de la noche, Juan Manuel.

—Quiero verlo. Buenas noches, madre.

La vieja señora se encoge de hombros y se aleja resignada, envuelta en su larga bata. No, nunca logrará acostumbrarse a los caprichos de su hijo. Es muy inteligente, un gran abogado. Ella, sin embargo, lo hubiera deseado menos talentoso y un poco más convencional, como los hijos de los demás.

Juan Manuel entra al cuarto del niño y enciende la luz. Acurrucado casi contra la pared, su hijo duerme, hecho un ovillo, con las sábanas por encima de la cabeza. «Duerme como un animalito sin educación. Y eso que tiene ya nueve años. ¡De qué le servirá tener una abuela tan celosa!» —piensa Juan Manuel mientras lo destapa.

—¡Billy, despierta!

El niño se sienta en el lecho, pestañea rápido, mira a su padre y le sonríe valientemente a través de su sueño.

—¡Billy, te traigo un regalo!

Billy tiende instantáneamente una mano cándida. Y apremiado por ese ademán Juan Manuel sabe, de pronto, que no ha mentido. Sí, le trae un regalo. Busca en su bolsillo. Extrae un pañuelo atado por las cuatro puntas y lo entrega a su hijo. Billy desata los nudos, extiende el pañuelo y, como no encuentra nada, mira fijamente a su padre, esperando confiado una explicación.

—Era una especie de flor, Billy, una medusa magnífica, te lo juro. La pesqué en la laguna para ti... Y ha desaparecido...

El niño reflexiona un minuto y luego grita triunfante:

—No, no ha desaparecido; es que se ha deshecho, papá, se ha deshecho. Porque las medusas son agua, nada más que agua. Lo aprendí en la geografía nueva que me regalaste.

Afuera, la lluvia se estrella violentamente contra las anchas hojas de la palmera que encoge sus ramas de charol entre los muros del estrecho jardín.

—Tienes razón, Billy. Se ha deshecho.

—... Pero las medusas son del mar, papá. ¿Hay medusas en las lagunas?

—No sé, hijo.

Un gran cansancio lo aplasta de golpe. No sabe nada, no comprende nada.

¡Si telefonara a Yolanda! Todo le parecería tal vez menos vago, menos pavoroso, si oyera la voz de Yolanda; una voz como todas las voces, lejana y un poco sorprendida por lo inesperado de la llamada.

Arropa a Billy y lo acomoda en las almohadas. Luego baja la solemne escalera de aquella casa tan vasta, fría y fea. El teléfono está en el *hall*; otra ocurrencia de su madre. Descuelga el tubo mientras un relámpago enciende de arriba abajo los altos vitrales. Pide un número. Espera.

El fragor de un trueno inmenso rueda por sobre la ciudad dormida hasta perderse a lo lejos.

Su llamado corre por los alambres bajo la lluvia. Juan Manuel se divierte en seguirlo con la imaginación. «Ahora corre por Rivadavia con su hilera de luces

mortecinas, y ahora toma la carretera que hiere derecha y solitaria la pampa inmensa; y ahora pasa por pueblos chicos, por ciudades de provincia donde el asfalto resplandece como agua detenida bajo la luz de la luna; y ahora entra tal vez de nuevo en la lluvia y llega a una estación de campo, y corre por los potreros hasta el monte, y ahora se escurre a lo largo de una avenida de álamos hasta llegar a las casas de “La Atalaya”. Y ahora aletea en timbrazos inseguros que repercuten en el enorme salón desierto donde las maderas crujen y la lluvia gotea en un rincón».

Largo rato el llamado repercute. Juan Manuel lo siente vibrar muy ronco en su oído, pero allá en el salón desierto debe sonar agudamente. Largo rato, con el corazón apretado. Juan Manuel espera. Y de pronto lo esperado se produce: alguien levanta la horquilla al otro extremo de la línea. Pero antes de que una voz diga «Hola» Juan Manuel cuelga violentamente el tubo.

Si le fuera a decir: «No es posible. Lo he pensado mucho. No es posible, créame». Si le fuera a confirmar así aquel horror. Tiene miedo de saber. No quiere saber.

Vuelve a subir lentamente la escalera.

Había pues algo más cruel, más estúpido que la muerte. ¡Él que creía que la muerte era el misterio final, el sufrimiento último!

¡La muerte, ese detenerse!

Mientras él envejecía, Elsa permanecía eternamente joven, detenida en los treinta y tres años en que desertó de esta vida. Y vendría también el día en que Billy sería mayor que su madre, sabría más del mundo que lo que supo su madre.

¡La mano de Elsa hecha cenizas, y sus gestos perdurando, sin embargo, en sus cartas, en el *sweater* que le tejiera; y perdurando en retratos hasta el iris cristalino de sus ojos ahora vaciados!... ¡Elsa anulada, detenida en un punto fijo y viviendo, sin embargo, en el recuerdo, moviéndose junto con ellos en la vida cotidiana, como si continuara madurando su espíritu y pudiera reaccionar ante cosas que ignoró y que ignora!

Sin embargo, Juan Manuel sabe ahora que hay algo más cruel, más incomprensible que todos esos pequeños corolarios de la muerte. Conoce un misterio nuevo, un sufrimiento hecho de malestar y de estupor.

La puerta del cuarto de Billy, que se recorta iluminada en el corredor oscuro, lo invita a pasar nuevamente, con la vaga esperanza de encontrar a Billy todavía despierto. Pero Billy duerme. Juan Manuel pasea una mirada por el cuarto buscando algo en que distraerse, algo con que aplazar su angustia. Va hacia el pupitre de colegial y hojea la geografía de Billy.

«... Historia de la Tierra... La fase estelar de la Tierra. La vida en la era primaria...».

Y ahora lee «... Cuán bello sería este paisaje silencioso en el cual los licopodios y equisetos gigantes erguían sus tallos a tanta altura, y los helechos extendían en el aire húmedo sus verdes frondas...».

¿Qué paisaje es éste? ¡No es posible que lo haya visto antes! ¿Por qué entra entonces en él como en algo conocido? Da vuelta la hoja y lee al azar «... *Con todo, en ocasión del carbonífero es cuando los insectos vuelan en gran número por entre la densa vegetación arborescente de la época. En el carbonífero superior había insectos con tres pares de alas. Los más notables de los insectos de la época eran unos muy grandes, semejantes a nuestras libélulas actuales, aun cuando mucho mayores, pues alcanzaban una longitud de sesenta y cinco centímetros la envergadura de sus alas...*».

Yolanda, los sueños de Yolanda..., el horroroso y dulce secreto de su hombro. ¡Tal vez aquí estaba la explicación del misterio!

Pero Juan Manuel no se siente capaz de remontar los intrincados corredores de la naturaleza hasta aquel origen. Teme confundir las pistas, perder las huellas, caer en algún pozo oscuro y sin salida para su entendimiento. Y abandonando una vez más a Yolanda, cierra el libro, apaga la luz, y se va.

Trenzas^[*]

Porque día a día los orgullosos humanos que ahora somos, tendemos a desprendernos de nuestro limbo inicial, es que las mujeres no cuidan ni aprecian ya de sus trenzas.

Positivas, ignoran que al desprenderse de éstas, ponen atajo a las mágicas corrientes que brotan del corazón mismo de la tierra.

Porque la cabellera de la mujer arranca desde lo más profundo y misterioso; desde allí donde nace y tiembla la primera burbuja; que es desde allí que se desenvuelve, lucha y crece entre muchas y enmarañadas fuerzas, hasta la superficie de lo vegetal, del aire y hasta las frentes privilegiadas que ella eligiera.

¿Las oscuras y lustrosas trenzas de Isolde, princesa de Irlanda, no absorbieron acaso esa primera burbuja en tanto sus labios bebieran la primera gota de aquel filtro encantado?

¿No fue acaso a lo largo de esas trenzas que las raíces de aquel filtro escurriéronse veloces hacia su humano destino? Porque quién ha de dudar jamás de que cabellera alguna gozara de tal rumor de fuentes subterráneas, de un tal suspirar de brisas y de hojas.

Rumor y suspirar que en esas noches suyas de amor y luna, Tristán destrenzaba a fin de escuchar extasiado el canto lejano, persistente y secreto... el canto natural de aquella cabellera.

Y sé y debo decirlo, que hasta cuando Isolde dormía, su cabellera seguía alentando entreabierta, ya sea en la almohada del castillo de Tintajel, ya sea en los trigos del destierro... y florecía de flores extrañas que ella arrancara atemorizada a cada amanecer.

Y las rubias trenzas de Melisanda, más largas que su mismo cuerpo delicado.

Trenzas que al inclinarse imprudentes, un atardecer de otoño, descolgáronse torreón abajo, sobre los hombros fuertes del propio hermano del Rey... su marido.

—Melisanda —grita Pelleas espantado. Luego estremecido y dejando por fin hablar su corazón—: Melisanda —murmura...—, tus trenzas, tus trenzas que al fin puedo tocar, besar, envolverme en ellas.

Por respuesta sólo un suspiro desde lo alto del torreón. Las trenzas habían ya confesado, sin saberlo, esa verdad tímida y ardiente que su dueña llevaba tan bien escondida dentro de su corazón.

¡Y por qué no recordar ahora las trenzas de nuestra dulce María de Jorge Isaac! Trenzas segadas y envueltas en el delantal azul con que ella regará su pequeño rincón de jardín.

Trenzas picoteadas de mariposas secas y de recuerdos con las que Efraín durmiera bajo la almohada su larga noche de congoja.

Trenzas muertas, aunque testamento vivo que lo obligara a seguir viviendo, aunque más no fuera para recordarla.

La octava mujer de Barba Azul... ¿la habéis olvidado? y de cómo su extravagante y severo marido al emprender inesperado viaje confiara a su traviesa esposa las llaves y acceso a todas las estancias de la suntuosa y vasta mansión, salvo prohibiéndole el hacer uso de aquella diminuta y mohosa que llevara a la última pieza de un abandonado y desalfombrado corredor.

De más está explicar que durante esa bienvenida ausencia marital, en medio de tanta diversión, amigas reidoras y airosos festejantes, el juego que más la intrigara y tentara, fuera el único juego prohibido. El de introducir en la correspondiente cerradura la misteriosa llavecilla de aquel íntimo cuarto abandonado.

Muy sabido es que tanto en las mujeres como en los gatos, la curiosidad siempre triunfó sobre toda otra pasión. Así, pues, cuando al regreso intempestivo de su amo y señor, la esposa desobediente hubo de hacerle temblorosa entrega del manajo de llaves, entre éstas, aunque maliciosamente disimulada, el temible caballero la descubrió no sólo mohosa..., sino además tinta en sangre.

«Vos, señora, me habéis traicionado —rugió—, no os queda otro destino que ir a reuniros con vuestras tristes amigas al final del corredor».

Dicho esto desenvainó su espada...

¿Y a qué viene este cuento que conocemos desde nuestra más tierna infancia, se estarán preguntando ustedes? En nada tiene que ver con trenza alguna...

—¡Sí que la tiene! —respondo con fuerza—. No comprenden ustedes que no fue la pequeñísima tregua que el indignado marido concediera a su inconsciente esposa, a fin de que orara por última vez; ni tampoco fueran los ayes ni llamados que Ana aterrorizada lanzara desde la torre pidiendo auxilio para su hermana.

Y ni siquiera el cabalgar desaforado y caprichoso que en esos momentos dos hermanos guerreros emprendían de visita hacia el castillo.

No, nada de todo aquello fue lo que la salvara.

Fueron sus trenzas y nada más que sus trenzas, complicadamente peinadas en cien y más sedosas y caprichosas culebras, las que cuando el implacable marido la echara brutalmente a sus pies, a fin de cumplir su cometido, las que trabaron y entrabaron sus dedos criminales, enredándose a sí mismo en desesperada madeja a lo largo del filo de su espada, obstinándose en proteger esa nuca delicada hasta la irrupción providencial de los dos dichos guerreros, también hermanos muy queridos, previamente invitados por nuestra pobre curiosa.

Así, pues, no en vano durante dieciocho inocentes y alegres abriles, esa muchacha que fuera luego la insensata castellana y última mujer de Barba Azul, cepillara

cantando esa su cabellera, comunicándole vigor y hermosura.

«Era muy pálida, como las mujeres que tienen la cabellera muy larga», describe Balzac, a una de sus enigmáticas heroínas.

Y no era un capricho verbal.

Porque Balzac hubo sin duda alguna de intuir desde siempre esa correspondencia íntima que suele establecerse entre los seres y el hondo misterio de la tierra.

Y aquí estoy para comprobar e ilustrar esa afirmación suya con el extraño acontecimiento presenciado y vivido no muchos años ha por tantos de nosotros.

¡A qué dar nombres ni lugares! Quienes los conocen los saben; los demás, bien pueden adivinarlos.

Dos hermanas.

Final de una larga, brillante, poderosa familia, aunque siempre acosada por escondidas pasiones, muertes inesperadas, suicidios.

La hermana mayor, marchita ya desde muy joven, recortóse el pelo, vistió poncho de vicuña y a pesar de las afligidas protestas de sus mundanos padres, retiróse al inmenso fundo del sur, que ella misma se dedicara a administrar con mano de hierro. Los campesinos refinados no tardaron en llamarla la Amazona. Era terca pero justa. Fea pero de porte atrayente y sonrisa generosa. Solterona... nadie sabe por qué.

La menor, por el contrario, era viuda por su propia voluntad de mujer herida en el orgullo de su corazón. Era bella en extremo aunque igualmente frágil de salud.

También ella vivía sola, pero en la antigua mansión de la familia en la ciudad. Tenía una voz suave, ojos castaños-tranquilos, pero la trenza roja que apretaba en peinado alrededor de su pequeña cabeza arrojaba violentos fulgores sobre su tez pálida.

Sí, era una mujer dulce y terrible. Se enamoraba y amaba perdidamente.

Todo empezó en el fundo esa noche de otoño, en la cual el guardabosque bajara a la hondonada gritando: «¡Incendio!»

Hacía rato, sin embargo, que con la frente pegada a los cristales de su ventana, la Amazona observaba intrigada aquel precoz purpúreo amanecer, despuntando allá arriba, dentro de los cerros de la propiedad...

Con su calma de siempre dio órdenes al personal de las casas, pidió su caballo y se encaminó hacia el incendio, en compañía de sus mayordomos.

Entretanto, en la ciudad, la hermana menor, de vuelta de un baile, yacía sobre la alfombra del salón, presa de un súbito desmayo.

Sus festejantes idos, sus servidores dormidos y ella por primera vez sumergida, abandonada en la sombra de los candelabros que hubiera empezado a apagar. Cual si mal cómplice, aquella ráfaga de viento helado, ahora soplando y estremeciendo los cortinajes de los altos balcones, entreabriéndolos para ir a instalarse sobre la frente,

hombros y pechos descubiertos de la indefensa.

En el fondo del sur la Amazona y su séquito ascendían cuestras, adentrándose en el bosque y sus incendios. Otro soplo, éste ardiente y acre, barría en contra de ellos bandadas de hojas chamuscadas, de pájaros enceguecidos y de nidos inflamados.

Sabiéndose vencida de antemano. ¡Quién lograría y de qué manera retener la furia de esa llamarada!

La Amazona sentada en el tronco de un árbol muerto y caído ha muchos años, resignada estoicamente al espectáculo de la catástrofe, con la tétrica dignidad con que un magnate ultrajado asiste al saqueo y destrucción de sus bienes.

El bosque ardía sin ruido y ante la Amazona impasible los árboles caían uno a uno silenciosamente y ella contemplaba como en sueño encenderse, ennegrecerse y desmoronarse galería por galería las columnas silvestres de aquella catedral familiar... permitiéndose recordar, pensar y sufrir por primera vez...

Ese enorme avellano consumiéndose... ¿no era bajo su avalancha de secos frutos que sus hermanos y niñeras se reunían para saborear el picnic codiciado?

Y tras aquel gigantesco tronco... árbol cuyo nombre olvido, venía a esconderse después de sus fechorías... y aquellas pobrecitas callampas temblorosas, que bajo el cedro arrancaran u hollaran sin piedad... y aquel eucalipto del que se abrazara —jovencita— llorando estúpidamente al comprender y sentir la desilusión primera, esa pena que no confesó nunca, esa pena que la incitara a cortarse el pelo, convertirse en la Amazona y resolverse a no amar de amor nunca... nunca...

Allá en la ciudad, despuntaba el alba, sobre la alfombra del cuerpo inerte de la hermana —la que se atrevió siempre a amar—, hundiéndose por leves espasmos en aquello que llaman la muerte... pero como nadie sabía, no se encontró a nadie que pudiera intervenir a tiempo para rescatar a esa roja trenza que persistía aún tras su loca noche de baile.

Y de pronto allá abajo en el fondo fue el derrumbe final, el éxodo de los valerosos caballos que volvían con el pelaje y crines erizados, salvando ellos a sus jinetes semiasfixiados.

Del inmenso bosque en ruinas empezaron a brotar enormes lenguas de humo, tantas y tan derechas como árboles se habían erguido en el mismo sitio.

Durante un breve instante, aquel fantasma de bosque osciló y vivió frente a su dueña y servidores que lloraban. Ella no.

Luego escombros, cenizas y silencio.

Cuando en la ciudad vinieron a cerrar los balcones y levantaron a la muy frágil para extenderla sobre el lecho tratando vanamente de reanimarla, de abrigarla, ya era tarde.

El médico aseguró que había agonizado la noche entera.

Pero el bosque hubo de agonizar y morir junto con ella y su cabellera, cuyas raíces eran las mismas.

Las verdes enredaderas que se enroscan a los árboles, las dulces algas a sus rocas,

son cabelleras desmadejadas, son la palabra, el venir y aletear de la naturaleza, son su alegría y melancolía, son su expresión por medio de la cual la naturaleza infiltra confusamente su magia y saber a los seres.

Y es por eso que las mujeres de ahora al desprenderse de sus trenzas han perdido su fuerza divina y no tienen premoniciones, ni goces absurdos, ni poder magnético.

Y sus sueños no son ahora sino una triste marea que trae y retrae imágenes cansadas o alguna que otra doméstica pesadilla.

Lo secreto^[*]

Sé muchas cosas que nadie sabe.

Conozco del mar, de la tierra y del cielo infinidad de secretos pequeños y mágicos.

Esta vez, sin embargo, no contaré sino del mar.

Aguas abajo, más debajo de la honda y densa zona de tinieblas, el océano vuelve a iluminarse. Una luz dorada brota de gigantescas esponjas, refulgentes y amarillas como soles.

Toda clase de plantas y de seres helados viven allí sumidos en esa luz de estío glacial, eterno...

Actinias verdes y rojas se aprietan en anchos prados a los que se entrelazan las transparentes medusas que no rompieran aún sus amarras para emprender por los mares su destino errabundo.

Duros corales blancos se enmarañan en matorrales estáticos por donde se escurren peces de un terciopelo sombrío que se abren y cierran blandamente, como flores.

Veo hipocampos. Es decir, diminutos corceles de mar, cuyas crines de algas se esparcen en lenta aureola alrededor de ellos cuando galopan silenciosos.

Y sé que si se llegaran a levantar ciertas caracolas grises de forma anodina puede encontrarse debajo a una sirenita llorando.

Y ahora recuerdo, recuerdo cuando de niños, saltando de roca en roca, refrenábamos nuestro impulso al borde imprevisto de un estrecho desfiladero. Desfiladero dentro del cual las olas al retirarse dejaban atrás un largo manto real hecho de espuma, de una espuma irisada, recalcitrante en morir y que susurraba, susurraba... algo así como un mensaje.

¿Entendieron ustedes entonces el sentido de aquel mensaje?

No lo sé.

Por mi parte debo confesar que lo entendí.

Entendí que era el secreto de su noble origen que aquella clase de moribundas espumas trataban de suspirarnos al oído...

—Lejos, lejos y profundo —nos confiaban— existe un volcán submarino en constante erupción. Noche y día su cráter hierva incansable y soplando espesas burbujas de lava plateada hacia la superficie de las aguas...

Pero el principal objetivo de estas breves líneas es contarles de un extraño, ignorado suceso, acaecido igualmente allá en lo bajo.

Es la historia de un barco pirata que siglos atrás rodara absorbido por la escalera de un remolino, y que siguiera viajando mar abajo entre ignotas corrientes y arrecifes sumergidos.

Furiosos pulpos abrazábanse mansamente a sus mástiles, como para guiarlo, mientras las esquivas estrellas de mar animaban palpitantes y confiadas en sus bodegas.

Volviendo al fin de su largo desmayo, el Capitán Pirata, de un solo rugido, despertó a su gente. Ordenó levar ancla.

Y en tanto, saliendo de su estupor, todos corrieron afanados, el Capitán en su torre, no bien paseara una segunda mirada sobre el paisaje, empezó a maldecir.

El barco había encallado en las arenas de una playa interminable, que un tranquilo claro de luna, color verde-umbrío, bañaba por parejo.

Sin embargo había aún algo peor:

Por doquiera revolviese el largavista alrededor del buque no encontraba mar.

—Condernado Mar —vociferó—. Malditas mareas que maneja el mismo Diablo. Mal rayo las parta. Dejarnos tirados costa adentro... para volver a recogerlos quién sabe a qué siniestra malvenida hora...

Airado, volcó frente y televista hacia arriba, buscando cielo, estrellas y el cuartel de servicio en que velara esa luna de nefando resplandor.

Pero no encontró cielo, ni estrellas, ni visible cuartel.

Por Satanás. Si aquello arriba parecía algo ciego, sordo y mudo... Si era exactamente el reflejo invertido de aquel demoníaco, arenoso desierto en que habían encallado.

Y ahora, para colmo, esta última extravagancia. Inmóviles, silenciosas, las frondosas velas negras, orgullo de su barco, hinchidas allá en los mástiles cuan ancho eran... y eso que no corría el menor soplo de viento.

—A tierra. A tierra la gente —se le oye tronar por el barco entero—. Cargar puñales, salvavidas. Y a reconocer la costa.

La plancha prestamente echada, una tripulación medio sonámbula desembarca dócilmente; su Capitán último en fila, arma de fuego en mano.

La arena que hollaran, hundiéndose casi al tobillo, era fina, sedosa, y muy fría.

Dos bandos. Uno marcha al Este. El otro, al Oeste. Ambos en busca del Mar. Ha ordenado el Capitán. Pero...

—Alto —vocifera deteniendo el trote desparramado de su gente—. El Chico acá de guardarrelevo. Y los otros proseguir. Adelante.

Y El Chico, un muchachito hijo de honestos pescadores, que frenético de aventuras y fechorías se había escapado para embarcarse en «El Terrible» (que era el nombre del barco pirata, así como el nombre de su capitán), acatando órdenes, vuelve sobre sus pasos, la frente baja y como observando y contando cada uno de ellos.

—Vaya el lerdo... el patizambo... el tortuga —reta el Pirata una vez al muchacho frente a él; tan pequeño a pesar de sus quince años, que apenas si llega a las hebillas de oro macizo de su cinturón salpicado de sangre.

«Niños a bordo» —piensa de pronto, acometido por un desagradable, indefinible malestar.

—Mi Capitán —dice en aquel momento. El Chico, la voz muy queda—, ¿no se ha fijado usted que en esta arena los pies no dejan huella?

—¿Ni que las velas de mi barco echan sombra? —replica éste, seco y brutal.

Luego su cólera parece apaciguarse de a poco ante la mirada ingenua, interrogante con que El Chico se obstina en buscar la suya.

—Vamos, hijo —masculla, apoyando su ruda mano sobre el hombro del muchacho—. El mar no ha de tardar...

—Sí, señor —murmura el niño, como quien dice: Gracias.

Gracias. La palabra prohibida. Antes quemarse los labios. Ley de Pirata.

«¿Dije gracias?» —se pregunta El Chico, sobresaltado.

«¡Lo llamé hijo!» —piensa estupefacto el Capitán.

—Mi Capitán —habla de nuevo El Chico—, en el momento del naufragio...

Aquí el Pirata parpadea y se endereza brusco.

—... del accidente, quise decir, yo me hallaba en las bodegas. Cuando me recobro, ¿qué cree usted? Me las encuentro repletas de los bichos más asquerosos que he visto...

—¿Qué clase de bichos?

—Bueno, de estrellas de mar... pero vivas. Dan un asco. Si laten como vísceras de humano recién destripado... Y se movían de un lado para otro buscándose, amontonándose y hasta tratando de atracarseme...

—Ja. Y tú asustado, ¿eh?

—Yo, más rápido que anguila, me lancé a abrir puertas, escotillas y todo; y a patadas y escobazos empecé a barrerlas afuera. ¡Cómo corrían torcido escurriéndose por la arena! Sin embargo, mi Capitán, tengo que decirle algo... y es que noté... que ellas sí dejaban huellas...

El Terrible no contesta.

Y lado a lado ambos permanecen erguidos bajo esa mortecina verde luz que no sabe titilar, ante un silencio tan sin eco, tan completo, que de repente empiezan a oír.

A oír y sentir dentro de ellos mismos el surgir y ascender de una marea desconocida. La marea de un sentimiento del que no atinan a encontrar el nombre. Un sentimiento cien veces más destructivo que la ira, el odio o el pavor. Un sentimiento ordenado, nocturno, roedor. Y el corazón a él entregado, paciente y resignado.

—Tristeza —murmura al fin El Chico, sin saberlo. Palabra soplada a su oído.

Y entonces, enérgico, tratando de sacudirse aquella pesadilla, el Capitán vuelve a aferrarse del grito y del mal humor.

—Chico, basta. Y hablemos claro. Tú, con nosotros, aprendiste a asaltar, apuñalar, robar e incendiar... sin embargo, nunca te oí blasfemar.

Pausa breve; luego bajando la voz, el Pirata pregunta con sencillez.

—Chico, dime, tú has de saber... ¿En dónde crees tú que estamos?

—Ahí donde usted piensa, mi Capitán —contesta respetuosamente el muchacho...

—Pues a mil millones de pies bajo el mar, caray —estalla el viejo Pirata en una de esas sus famosas, estrepitosas carcajadas, que corta súbito, casi de raíz.

Porque aquello que quiso ser carcajada resonó tremendo gemido, clamor de aflicción de alguien que, dentro de su propio pecho, estuviera usurpando su risa y su sentir; de alguien desesperado y ardiendo en deseo de algo que sabe irremisiblemente perdido.

Crónicas Poéticas

Mar, cielo y tierra^[*]

Sé muchas cosas que nadie sabe. Conozco el mar y de la tierra infinidad de secretos pequeños y mágicos.

Sé, por ejemplo, que aguas abajo, más abajo de la honda y densa zona de tinieblas, el océano vuelve a iluminarse y que una luz dorada e inmóvil brota de gigantescas esponjas refulgentes y amarillas como soles. Toda clase de plantas y de seres helados viven allí sumidos en esa luz de estío glacial, eterno: actinias verdes y rojas se aprietan en anchos prados vivos a los que se entrelazan las transparentes medusas que no rompieron todavía sus amarras para emprender por los mares un destino errabundo; duros corales blancos se enmarañan en matorrales estáticos por donde se escurren peces de terciopelo sombrío que se abren y se cierran blandamente, como flores; hay hipocampos cuyos crines de algas se esparcen en lenta aureola alrededor de ellos cuando galopan silenciosos, y si se levanta a ciertas caracolas grises, de forma anodina, se suele a menudo encontrar debajo a una sirenita llorando.

Sé de un volcán sumergido en constante erupción; su cráter hierva incansable día y noche y sopla espesas burbujas de lava plateada hacia la superficie de las aguas.

Sé que en las horas de bajamar quedan al descubierto, en las rompientes, pintados lechos de delicadas anémonas, y compadezco al que huelle esa alfombra ardiente que devora.

Sé de golfos repletos de espumas eternas por donde los ponientes arrastran pausadamente sus innumerables colas de arco iris.

Existe una ahogada muy blanca y enteramente desnuda que todos los pescadores de la costa tratan en vano de recoger en sus redes... pero tal vez no sea más que una gaviota extasiada que llevan y traen las corrientes del Pacífico.

Conozco los escondidos caminos, las venas terrestres por donde el océano filtra las mareas, para subir hasta las pupilas de ciertas mujeres que nos miran de pronto con ojos profundamente verdes.

Sé que los buques que se han caído por la escalera de un remolino siguen viajando siglos abajo por entre arrecifes sumergidos; que sus mástiles enredan enfurecidos pulpos y que en sus bodegas anidan estrellas de mar.

Todo eso sé del mar.

Sé de la tierra, que quien desprenda la corteza de ciertos árboles encontrará adheridos al tronco, durmiendo, mansas mariposas polvorientas que el primer rayo de luz traspasa y deshace como un implacable alfiler impío.

Recuerdo y veo un parque otoñal. En sus anchas avenidas se amontonan y pudren las hojas y debajo palpitan tímidos sapos color musgo que llevan una coronita de oro en la cabeza. Porque nadie lo sabe, pero la verdad es que todos los sapos son

príncipes.

Temo, con pavor desmedido de niño, a la gallina ciega. La gallina ciega es color de humo y vive echada debajo de los matorrales, semejante a un mísero montón de cenizas. No tiene patas para caminar, ni ojos para ver; pero suele levantar el vuelo ciertas noches con alas cortas y espesas. Nadie sabe adónde va, nadie sabe de dónde viene, al amanecer, tinta en sangre que no es la suya.

Conozco una lejana selva del sur en cuyo suelo de limo se abre un agujero estrecho y tan profundo que si te echas de bruces sobre la tierra y pones el ojo, divisarás allá abajo, igual que al extremo de un largavista, algo así como un polvo de oro que gira vertiginosamente.

Pero nada es más imprevisto que el nacimiento del vino. Porque no es cierto que el vino nazca bajo el cielo y dentro de la uva prieta de agua y de sol. El nacimiento del vino es tenebroso y lento; yo sé mucho de ese crecer furtivo de asesino. Una vez clausuradas las puertas de la fría bodega y después que las arañas han tendido sus primeras cortinas, es cuando el vino se decide a despuntar del fondo de las grandes tinajas herméticamente cerradas. A la par de las mareas, el vino sufre la influencia taciturna de la luna que ora lo incita a retraerse, ora lo ayuda a refluir. Y es así como nace y crece en la oscuridad y el silencio de su invierno.

Puedo contar algo más de la tierra. Sé de una región desértica adonde un pueblo ha quedado sepultado en los médanos, tan sólo emerge la aguja de la torre de la iglesia. En las noches borrascosas todos los rayos de la tormenta se precipitan sobre la flecha solitaria erguida en medio de la llanura, y se enroscan en ella, silbando, para hundirse luego en la arena. Y cuentan que, entonces, la torre desaparecida se estremece de arriba abajo y se oye resonar un tañido subterráneo de campanas...

El cielo, en cambio, no tiene ni un solo secreto pequeño y tierno. Implacable, despliega entero por encima de nosotros su mapa aterrador.

Me gustaría creer que tengo mi estrella, la que veo despuntar primero y brillar un instante para mí sola una cada anochecer, y que en esa estrella mis pasos tienen un eco y también mi risa y mi voz. Pero ¡ay! demasiado sé que no puede haber vida de ninguna especie allí donde los átomos cambian de carácter millones de veces por segundo y donde ninguna pareja de átomos puede permanecer unida.

Hasta miedo me da nombrar el sol. ¡Es tan poderoso! Si nos interceptaran su radiación, el curso de los ríos se detendría inmediatamente.

Apenas si me atrevo a hablar de un cóndor que los vientos empujaron fuera de la atmósfera terrestre y que, vivo aún, cae en el espacio infinito desde hace incontable número de años.

Tal vez la súbita caída de las estrellas fugaces responde a un llamado previsto desde la eternidad, que las precipita a integrar determinadas figuras geométricas, hechas de relucientes astros incrustados en un rincón apartado del cielo. Tal vez.

Y no quiero, no quiero hablar más del cielo; porque le temo y temo los sueños con que se introduce a menudo en mis noches. Entonces me tiende una escalera

estelar por la que subo hasta la bóveda rutilante. La luna deja de ser un pálido disco pegado al firmamento para convertirse en una bola escarlata que rueda solitaria por el espacio; las estrellas se agrandan en un parpadeo de rayos, la vía láctea se aproxima y derrama oleadas de fuego. Y, de segundo en segundo, yo más al borde de aquel precipicio abrasador...

No; prefiero imaginar un cielo diurno por donde deambulan castillos de nubes en cuyas flotantes estancias aletean las hojas secas de un otoño terrestre y los cometas de papel que perdieron jugando, los hijos de los hombres.

Washington, ciudad de las ardillas^[*]

A María Rosa Oliver

Ardilla: «Mamífero roedor, de pelaje rojizo y cola muy poblada».

Así define el Pequeño Larousse Ilustrado a las ardillas.

Me imagino que un hombre serio, un ensayista, por ejemplo, basándose en aquel axioma sería capaz de especificar en un artículo que las ardillas de América no tienen el pelaje rojizo, sino plomo —en el Canadá, a menudo negro— y entraría luego a sostener la tesis de que las ardillas fueron traídas de Europa junto con el caballo. Entonces se complacería en una larga demostración tendiente a probar la evolución de todo lo europeo en América, desde el hombre hasta el vegetal. Un periodista empezaría, tal vez, su artículo en los siguientes términos: «Pululan las ardillas en los parques de Washington. Aquí, ese animalito, calificado de ‘salvaje por naturaleza’, viene a comer en la mano...». En fin, pedantes o no, todos los que escribieran sobre la ardilla sabrían adoptar ese tono impersonal que confiere tanta dignidad al escritor.

Pero para el infeliz poeta que escribe en prosa —y éste es mi caso— nada más difícil que encarar un artículo en tercera persona, ya que su especialidad consiste en desmadejar una serie de impresiones tan personales como, al parecer, alocadas. Clasificaremos, pues, estas líneas en el género de la divagación. He aquí una divagación sobre las ardillas:

Nunca me atrevo a confesar la verdad cuando se extrañan de que, pudiendo vivir en Nueva York, me viniera a vivir a Washington. La verdad es que en Nueva York me sentía sola, de aquella soledad particular que no se siente sino cuando uno empieza a sentirse extranjero. Cuando pensaba en mi pasado, me parecía el pasado de otra persona, y no lograba juntarme con él, tan ajeno y distante lo sentía. ¡Y nuestro pasado, por muy triste que sea, es el único compatriota que en el extranjero nos permite reconocernos a nosotros mismos!

¿Debo confesar, además, que hasta empezaba a sufrir de terrores nocturnos? Tenía miedo de encontrar cabezas cortadas por todos lados y una puesta encima de la cómoda y que me mirara estúpidamente como emergiendo de un inverosímil baño turco. Miedo de que la puerta del armario se empezara a abrir lenta, lentamente, y que de pronto... no, no quiero ni pensar en lo que imaginaba mi soledad del ente que empujaba la puerta del armario. Miedo de que mientras durmiera una voz insidiosa me soplara al oído la idea de tirarme por la ventana del piso veintiuno, adonde vivía, y que mi espíritu dormido no tuviera tiempo de reaccionar para retener mi cuerpo sonámbulo. Miedo de que al abrir la canilla del agua caliente, el cuarto se llenara de leones. Miedo, en fin, miedo.

¡Quién no ha tenido alguna vez miedo en las noches, por lo menos de niño! Los que no tuvimos miedo de niños debemos pagarle su tributo al miedo de grandes, con la erudición aumentada, la que intensifica y complica aún más el suplicio.

—Pero ¿y las ardillas?

Fue por aquel tiempo que me vi obligada a venir a Washington, de pasada. Era un día gris, de esos días en que la tristeza cae del cielo como una lluvia. Atardecía cuando me tocó atravesar un parque...

De pronto, sentí unos pasos muy livianos entre la hojarasca otoñal. Me detuve. Y entonces vi y presencié encantada la sigilosa huida de una ardilla.

Pasó delante de mí, huraña y elástica. Dos veces se dio vuelta para mirarme, luego reanudó su carrera, que más parecía una danza caprichosa y burlona. Y fue como si su pasar veloz hubiera removido tiernamente la tierra de mi corazón.

La garra que me oprimía la garganta empezó a desapretar sus horribles uñas de hierro.

—¡Ardilla! ¡Ardilla! —murmuré. Y una serie de recuerdos pueriles empezaron a llover sobre mí, como si una primavera hubiera reemplazado la llovizna de mi tristeza y estuviera sacudiendo ramas floridas a mi alrededor. Y era una primavera, en efecto. La primavera de mi niñez...

¡Tarjetas postales enviadas desde otro continente hasta un lejano país estrecho, hasta una playa en donde el negro océano Pacífico estrella constantemente su lomo frío y poderoso!

Tarjetas postales: Una ardilla arrastrando una plateada brizna de árbol de Navidad. Una familia de ardillas anidando en el hueco de un árbol cargado de nieve. Lagunas heladas, y niños de rojas bufandas patinando sobre el hielo. Sombríos pinos agujereados de estrellas y de escarcha.

Ah, mis hermanas y yo deseábamos entrar en aquellas tarjetas postales. No nos cansábamos de mirarlas. Durante nuestras convalecencias, o cuando se nos retenía castigadas en el cuarto, el álbum de nuestras tarjetas postales era nuestra evasión; como lo es ahora algún libro, la poesía o la música.

—Mamá —preguntábamos—, ¿cómo es la nieve?... Es fría, claro, eso ya lo sabemos, ¿pero es dura, mamá?... ¿Y qué gusto tiene? Si mordiéramos una de las pelotas de nieve con que estos niños están apedreando a esa figura, ¿qué nos pasaría?... Díganos, mamá, y estas ardillas ¿rasguñan?

—¡Claro que rasguñan! ¡No ven que tienen cara de brujas!

Es así como nuestra madre nos enseñó, desde muy niñas, que todos los sapos son príncipes y llevan una coronita en la cabeza; que debajo de ciertas caracolas se suele encontrar una sirenita llorando, y que las ardillas son todas brujas, unas brujas juveniles y traviesas, pero brujas, a pesar de ello.

¡Oh mis queridas brujas que en Washington me devolvieron el sueño y la alegría! Salgo al balcón y las miro.

Son muchas, muchas. Algunas prescinden de mí y revolotean impúdicas en el

pasto. Otras se enojan porque las observo correr cargando una hoja y, deteniendo su tarea, me lanzan miradas furibundas. Otras están acurrucadas inmóviles entre la hojarasca, marcando los segundos con su pequeño corazón. Pero nadie lo sabe, nadie. Son como relojes perdidos que laten por su cuenta.

Una vez, me acuerdo, una amiga me llevó a una joyería. De todas las vitrinas sacaron alhajas que acumularon ante ella. El joyero tomó un reloj diminuto, un reloj no más grande que una almendra muy chica, le dio cuerda y luego de haber hecho saltar, mediante una leve presión, la tapa ligera como una lágrima de oro, procedió a mostrarnos la maquinaria: estaba toda punteada de rubíes. ¡Una infinidad de martillos y de ruedas dentadas latían rítmicamente; y sin embargo todo aquello hubiera podido caber dentro de una almendra minúscula...!

—La cuerda le dura más de cuarenta y ocho horas —nos advirtió orgullosamente el joyero, mientras yo observaba atenta y conteniendo la respiración, tal como se mira trabajar a una hormiga, la lucha acompasada de aquella maravilla. De pronto, alargando su enorme mano con un ademán de croupier que arrasa las fichas, barrió prestamente su tesoro para enterrarlo amontonado en un cajón de terciopelo.

Quedé aterrada.

—Vámonos, ya —me dijo mi amiga y me preguntó—: ¿Qué te pasa?

—Nada —le contesté, como se debe hacer siempre en semejantes ocasiones y con semejante gente—. Nada. Estaba distraída. —Y la seguí.

«La cuerda le dura más de cuarenta y ocho horas». Aquella noche desperté muchas veces pensando en aquel pobrecito reloj, sepultado vivo en las profundidades de un cajón, entre tanto metal muerto; viviendo por su cuento con su pequeño corazón punteado de rubíes, marcando el tiempo para él solo. ¡Oh, heroico, inútil, maravilloso!...

¿Qué hacen, qué piensan, qué utilidad prestan, para qué viven las ardillas?, me preguntan.

Pues, para jugar y contemplar. Para que no se pierda la noción del juego en el mundo, y para contar los minutos inadvertidos como aquel reloj. Para que nada se pierda.

¡Piensen ustedes en todo lo que se pierde, día a día, en Washington! Porque aquí, la Gran Máquina del Mundo requiere la constante atención de todos. Se dictan decretos y blackouts. Llegan y se van ministros, taciturnos y febriles. Y le echan carbón a la Máquina. Y la Máquina anda, suena y truena, y vomita resplandores rojizos como un dragón su fuego por las fauces. Y sucede que a veces se cansa y se tumba, y jadea, y llora, llora lágrimas de sangre. Y hay que enjugar su pobre cuerpo de hierro, empapado; y ayudarle a levantarse; y convencerla que es necesario que siga caminando.

Sí, esta Máquina sincera, terrible y contradictoria precisa ser atendida con urgencia, antes que los amaneceres, atardeceres y el amor, leyes naturales que pueden esperar.

Sin embargo el día corre, un solo día, único y que nunca volverá. Porque todo corre a un fin, todo corre a su formación y luego a su destrucción o transformación. Y el mundo también —solitario planeta momentáneamente enardecido—. Dentro del Tiempo, esta Era nuestra del hombre y del árbol no significará tal vez sino el breve y furioso incendio de una mísera partícula del gran sistema astral.

¡Oh, lo que nunca volverá y que no fue captado!

De todos los segundos de belleza inadvertida o perdida es de lo que gozan las ardillas, prestándoles un sentido y una utilidad.

Por ellas no se pierde ni un solo reflejo de la mañana. Una vez evaporadas las gotas de rocío, son ellas quienes lo siguen captando, como en otro prisma, vivo y consciente.

Y gozan asimismo de cada accidente del día en su transcurso. De una breve hora de neblina, de un puntazo de sol, de un soplo de viento, y de las hojas secas recién desprendidas y revoloteando como pájaros duros alrededor de su propio esqueleto: el árbol desnudo y ceniciento; y de los aromas pesados que empiezan a alentar las flores cuando va a llover.

A menudo, buscan ciertos lirios sombríos, de esos que tienen la raíz hundida en el corazón de Isolda. Y cavando el limo con sus uñas se adentran en una tierra llena de murciélagos y de gemidos, de algas celestes y de blandos pozos de humo.

Por las noches, aguzando el oído, percibo los pasos de ciertas ardillas intrusas aventurándose por las calles de este gran jardín otoñal que es Washington, y las oigo escurrirse por los cercos vivos y me las imagino asomándose a las últimas ventanas iluminadas.

He aquí la «casa del amor». Muchos tules entrecruzados velan el milagro produciéndose tras el balcón encendido. Pero algo así como las alas de un gran pájaro de seda parece golpear dulcemente los vidrios, o tal vez a ratos, más bien, una gran campana de oro, desordenada y febril. Y del corazón de las ardillas en acecho empiezan a subir, como del fondo de un agua dormida, millares de burbujas de plata; millares de sentimientos, de ideas, de añoranzas.

He aquí la «casa después del baile». La niña se está quitando los aretes. Un admirador le ha regalado un gran pañuelo estampado, tan fino que parece hecho de telaraña. ¿Dónde ha visto ella ese pañuelo? Está bordeado de una guirnalda celeste tan tupida y tan viva que se lo aplica al oído, como para oírle un murmullo de abejas. «¿Dónde he visto yo antes este pañuelo?», se pregunta, sin saber que aquel pañuelo está desde toda la eternidad tejido a la trama de su vida. Las ardillas lo saben, pero no se lo dicen. ¿De qué le serviría a la pobre niña conocer el destino de lágrimas que junto con el pañuelo y su donador le tiene asignado una fuerza superior e implacable?

Pasemos a la «casa del olvido», que los minutos corroen por dentro y por fuera. Las enredaderas de la fachada se desmoronan sin que nadie las ayude a levantarse. Y se desmoronan los libros de la biblioteca dentro del salón cubierto de polvo. Y en vano las ardillas golpean vivarachas a la ventana de «la que se quedó sola». Ha

tomado veronal para dormir; se ha escurrido en un pozo muy hondo en donde senderos de sombra se bifurcan en senderos de más sombra...

¡Mis brujas! Vienen a mí apenas las invoco para conjurar mis miedos. Vienen y me miran con sus ojos intactos, redondos y duros como cuentas negras. Y pasan, y corren con sus colas caprichosas; todas distintas y todas iguales, cabalgando en sus escobas de juguete.

Y en su carrera de encanto, algunas se enredan en mi colcha, otras se trepan por las cortinas, muchas se caen para irse a ahogar, allá arriba, en el vasto abismo del cielo, en donde las estrellas, hormigas de fuego, las devoran luego sin piedad.

¡Son locas, sí! Son locas y brujas. Pero los Héroes de la Máquina las toleran con ternura y tal vez las consideran necesarias. El hecho es que velan sobre ellas con benevolencia.

Como se hablara de expulsar a un griego, vendedor ambulante de los parques de Washington, *Mrs. Roosevelt* se opuso terminantemente, considerando que éste vendía menudencias y comida para las ardillas. Sí, las ardillas lo necesitaban, y Washington necesita a sus ardillas. Y me es grato terminar esta divagación con una seguridad de vida para aquel mundo que se mueve inocente, y al parecer inútil, entre la urgente tragedia de la Máquina.

Ahora nieva. El cielo está negro y mudo, pero el suelo blanqueado resplandece. ¡Ah, la triste magia azul de la nieve!

Es como si la tierra se hubiera tragado a la luna, me cuenta una ardilla.

La maja y el ruiseñor^[*]

A Patricia Lutz
a su encanto personal,
a su talento que es poesía y adivinar,
y a su infinita paciencia para con este autor.

... **Y** aun cuando con los ojos vendados me pasearan por el mundo entero tratando de perderme por sus caminos, con los ojos vendados me bastaría respirar hondo, tan sólo una vez, para saber que me encuentro en Viña del Mar.

—Pero ¿cómo?, ¿por qué? —se me pregunta.

—Porque nadie que haya nacido y vivido sus primeros años en Viña del Mar dejaría de reconocer al instante ese aire oloroso, mezcla de jardines recién regados y de cálidas neblinas, más la fragancia amarga de los pinos en los cerros de la Quinta Vergara, unida al aliento azul y frío del mar.

—Un perfume único —diríamos.

—En todo caso, inconfundible... para nosotros —contesto.

—Bien, sí, tal vez —se me responde—. Pero, aparte de su perfume y siempre con los ojos vendados, ¿en qué se reconocería usted además en Viña del Mar?

La pregunta me parece interesante, un desafío.

—Con los ojos vendados —contesto después de una pausa— uno también puede escuchar, oír. Y ahora mismo desde una ausencia de tantos años, yo escucho... oigo.

—¿Y qué oye?

—Oigo el silencio de Viña del Mar en un día tibio de invierno. Silencio desgarrado a ratos por gritos gozosos de niños a caza de los tímidos, destructivos caracoles, escondidos tras las enredaderas de geranios siempre en flor...

—¿A caza... de caracoles?

—Claro —río—, los jardineros no tienen tiempo que perder en tales guerrillas. Eramos los niños los encargados; soldados, he de confesar, a menudo mercenarios. ¡Una chaucha por el ciento de caracoles que se nos solía ofrecer! Un balde lleno de pobres bichos condenados a morir escaldados. Escaldados, ustedes saben lo que es...

—Sí, ¡oh sí! —se me interrumpe precipitadamente—; pero díganos: ¿qué otra cosa oye usted, así de tan lejos y después de tantos años?

—Bueno... algo insignificante. Algo así como el golpeteo de mil pies muy livianos en una marcha como de duendes... es la garúa azotando el asfalto de avenidas y calles tranquilas donde taciturnos faroles se empiezan a encender uno a uno.

—El silencio, los niños, los caracoles, la lluvia..., pero ¿y el mar?; ¿qué no existe?, ¿que no se le oye?

—Ah, el mar... por supuesto, ahí está —contesto con inconsciente frivolidad—, pero si he de hablar con franqueza, durante el invierno los viñamarinos lo echamos totalmente al olvido. Despechado por cierto, se levanta de pronto en temibles temporales, y amenaza, y grita ronco, llevándose cuanto puede alcanzar por sus orillas. Así y todo no es mucho lo que logra impresionarnos.

—Durante el invierno. Pero ¿y en verano?

—En el verano... oh, es muy distinto... —Y súbitamente arrastrada por la pasión del recuerdo hablo y explico de nuestro mar en verano.

De cómo apenas lo buscamos él vuelve a ser nuestro amigo. De cómo ya de muy niños, allá en la playa Miramar, él nos permitía corretear cerca y a lo largo de sus orillas jugando a mojar y remojar nuestros pies desnudos en el venir de sus primeras horas. Venir brusco y bravo durante el cual él encontraba, sin embargo, manera de salpicarnos hasta la frente su helado beso de buenos días.

De cómo en cambio, nosotros, ya entrada la mañana, sin su permiso ni respeto alguno, solíamos aventurarnos paso delante de su dominio. Las niñas, faldas alzadas, caminando hasta hundir la rodilla y muslo inseguro en sus aguas ahora vivas de sal y sol. Los niños, ellos dejándonos allí varadas —es la palabra— y prosiguiendo orgullosos la marcha hasta donde pudiéramos divisarlos, sumir cintura, luego medio pecho, para continuar internándose, los muy inconscientes...

—Es que ellos tal vez sabrían nadar —se me insinúa con leve sonrisa.

—¿Nadar? No, por cierto. Ni ellos ni nosotras —reacciono bruscamente—. Si no éramos más que una banda de infelices chiquilines.

—Y entonces, ¿cómo hacían para volver de semejante travesía?

—Las niñas —replico— nada más sencillo, caminando tomadas de la mano y siguiendo tranquilas la huella que nuestros inquietos pies supieran recordar bajo el agua en la arena. Ni un solo desliz, ni el menor malhadado enterrarse de nuestros pasos. Viaje feliz en el ascender cordial de la marea hasta alcanzar la playa mucho antes que nuestros valientes exploradores... y sin haber necesitado de su compañía ni del apoyo galante de su brazo —concluyo, echándome de pronto a reír junto con mis interlocutores de lo infantil de mi despecho y desahogo final.

—Pero ellos —me preguntan gozando aún de aquella pausa de espontánea e inocente hilaridad—, ellos, los arrogantes exploradores, ¿cuándo y cómo volvieron?, si es que volvieron...

—Volvieron. Sí que volvieron. O mejor dicho, llegaron, los trajeron...

Y libre ya de todo resentimiento, les cuento de cómo en tanto nosotras los esperábamos triunfantes, nuestros héroes, allá en su elemento, decidieron detenerse... cosa de un respiro.

Fue este punto de la hazaña que comprendiendo sus intenciones de reanudar la marcha en busca obstinada de algún peligro cierto y seguro, nuestro amigo Mar se

dignara al fin acusar recibo del atropello y enviar al encuentro de los invasores una de sus olas predilectas. Una de aquellas que él permite dormir apacibles y largo en lo recóndito de su ser, y que despertando alertas a su llamado, acuden sigilosas desde lo hondo.

Y levantando apenas el lomo poderoso por sobre la superficie de sus aguas, avanzan lentas a fin de empujar calladas y por la espalda al náufrago perdido, al nadador cansado, o a quien fuere su misión, hacia la vida, hacia la muerte, o a quién sabe cuál enigmático destino. En este caso...

Misión: los niños.

Destino: Playa Miramar, a la que los devolviera, dejándolos tendidos por las arenas, tiritando de susto y muertos de rabia y de vergüenza.

Pausa larga.

—A pesar de todo actuó noblemente su mar —declaran mis oyentes.

—Es que tiene corazón y es de verdad amigo... aunque rencoroso —agrego casi a pesar mío.

—¿Rencoroso él, luego de lo que acaba de contarnos? ¡Imposible!

Suspiro y, entonces, no sin cierto dejo de amargura, he de exponerles el caso de aquellos socavones que ahondáramos confiados en su arena, aunque ahora a discreta distancia, y guardándonos bien de ir nuevamente a explorar dentro de su intimidad y actividades personales.

Él, sin embargo, se encargaba en nuestra ausencia de venir a investigar y muchas veces de anegar nuestros pobrecitos socavones, cuyos corredores encontrábamos ya sea obstruidos, ya derrumbados, o totalmente desintegrados por dentro.

Claro está que, tal como si avergonzado ante nuestra inocente consternación, el muy hipócrita se excusaba, cada vez, alegando de la falta de disciplina y piedad de alguna de sus crecientes mareas.

—Y tal vez fuera verdad, o sólo bromas que él quisiera jugarles, bromas un tanto pesadas, pero muy propias de su carácter —se me objeta con benevolencia.

—¡Bromas! —exclamo—. ¿Broma también la del castillo?

—La del castillo. ¿Qué castillo? ¡Ah!, ya vemos, se refiere a ese cerro de ustedes que llaman el Cerro Castillo...

—No, por cierto —interrumpo airadamente—. Les hablo de cosas serias, de otra clase de castillos.

—Oh, no sabemos, no conocemos bien... —piden disculpas.

—Soy yo, al contrario, quien las pide —bajo la voz, de pronto, consciente de mi tono agresivo y poco adecuado a la situación—. Por favor, perdonen.

Se me perdona.

Y entonces aliviada empiezo a contarles del castillo de que intentara hablarles minutos antes.

Era un castillo de arena.

Castillo que, escarmentados con lo de los socavones, empezamos a construir

playa arriba y a vista de la hilera multicolor de nuestras carpas de familia.

Castillo, pese al pasado, hecho de las duras arenas mojadas y de las grises piedras alisadas, que bajábamos por turno a recoger a lo largo de las orillas de nuestro atrabiliario pero siempre generoso mar. Material este con que él nos permitía llenar a gusto los baldes de lata que cargáramos trabajosamente de vuelta a La Obra.

Bien, aquel castillo construido con tanto amor y empeño, aquel hermoso castillo con sus dos imponentes cuerpos de edificio, sus almenas ornadas de conchillas, sus puentes, torres y torreones y sobre el que flameaba al tope la banderita chilena de papel que entusiasmado nos regalara de yapa uno de los fotógrafos de la playa... Bien, aquel castillo único, recién terminado y alrededor del cual empezaban a apiñarse chicos y grandes, todos estupefactos, lelos, maravillados... he aquí una ola, que memoria de viñamarino alguno recordara haber subido así de veloz a semejante hora, irrumpe salvaje derecho hacia él y arrollándolo todo a su paso alcanza hasta las mismas carpas, entra en ellas para salir y retirarse con igual tanto desenfado como viniera... llevándose y sembrando tras sí, al azar, quitasoles, zapatos, carteras, sombreros de paja y hasta la banderita del castillo... nuestro castillo, ahora tan sólo un informe montón de piedras y arena.

Breve, atribulado silencio.

—Eso sí parecería ser acto de rencor —me dicen luego de un aparente reflexionar sobre el incidente—, aunque, tal vez, ¿por qué no?, un arrebato de celos.

—¡De celos! —exclamo sorprendida.

—Sí, recuerden que ustedes desertaron las orillas y compañía de una personalidad amiga tan importante como sensible... para organizar y vivir sus juegos allá arriba, a distancia, y cerca de lo que ésta ha de considerar insignificante, es decir, cerca de la gente.

—Verdad, es verdad. Pero celos... —repito pensativa y deleitándome con la idea—. Celos, nunca imaginamos, ni se nos ocurrió... En todo caso —reacciono brusco y atajando en mí aquella naciente ilusión—, en todo caso no impide que dicha notable y sensible personalidad nos perjudicara y ofendiera al punto de vernos obligados a romper relaciones con ella... por casi una semana. Semana durante la cual no asentamos pie en su dichosa orilla... ni jugamos, ni iniciamos trabajo alguno en sus famosas arenas.

—Pero, entonces, díganos: ¿qué hacían ustedes toda la mañana?

—Verán —replico.

Y haciendo memoria, les cuento de cómo apenas llegados a las carpas y luego de habernos descalzado y desvestido para vestir y calzar nuestras cómodas descuidadas prendas de playa, salíamos corriendo escapados en dirección a las rocas.

Aquellas altas empinadas rocas, verdadero bastión de aventura y acechanzas.

¡Con qué bélico entusiasmo emprendíamos su asalto y escalar! Buscando asideros y apoyos para pies y manos en las erizadas peñas y sus escondidos huecos, subíamos escudriñándolo todo entremedio, hasta alcanzar la cúspide.

Allí, las gaviotas, su grito errabundo, el aliento de la brisa, el acariciar del sol, y nosotros observando desde lo alto y sin que él lo supiera al amigo traidor.

Y mirándolo y admirándolo en toda su inmensidad y esplendor, extendiendo más allá del horizonte aquellas sus aguas azul-frío, ya refulgentes, ya apagadas... misteriosas.

Sí, era de verdad un espectáculo nuestro mar... y entretenido, además. Porque ya fuese que jugase a jugar o a no jugar, él...

Hasta que súbito y junto con el cañonazo de las doce viniendo a revolver el aire y las gaviotas, recordáramos a tiempo no estar en buenos términos con él, y dándole precipitadamente la espalda emprendíamos aquel alarmado regreso.

Saltando entre las rocas hasta encontrar cierta determinada y estrecha pendiente, tapizada verde y amarillo de aquel resbaladizo musgo marino llamado luce, nos deslizábamos como montaña rusa hacia abajo. Y una vez tocado playa corríamos acezando de vuelta a las carpas, frente a las cuales Amelia y Rosa, nuestras respectivas niñeras, esperaban sentadas un poco adelante en la arena, conversando y tejiendo de memoria... aunque, tal como lo presumiéramos, ya no sólo inquietas sino bastante irritadas.

—¡De nuevo en las rocas! ¿Que no se lo habíamos prohibido? ¡Y no, no lo nieguen...!, que desde aquí mismo los divisamos allá arriba en la punta, hechos unos locos. ¡Un día de estos se quiebran una pierna!

—¡O se rompen la cabeza! Se lo diré a la señora...

Calmadas, sin embargo, ante nuestro reaparecer ilesos, luego de ordenarnos dentro de las carpas a fin de que nos peináramos, calzáramos y vistiéramos de nuevo como la gente, ellas reanudaban esa conversación acerca de esa amiga y de ese anillo...

«De esa amiga cuyo anillo al enterrar y revolver distraídamente la mano en la arena, justo allá cerca, tres carpas a la derecha, se le había escurrido del dedo.

»Y el que, pese al afligido hurgar y delicada búsqueda de todos en su derredor, no se lograra encontrar.

»Era su anillo de compromiso, pobre muchacha.

»Y figúrense ustedes, que desde aquel mismo día las cartas de su novio, un apuesto mozo de la marina mercante, empezaron a escasear hasta que no recibiera palabra alguna acerca de su paradero ni sentimientos.

»El barco llegó y volvió a salir de Valparaíso sin que él diera señales de vida.

»Entonces, notándola triste, los patrones de la amiga, don Pepe y la señora Elvira, le ofrecieron ponerse al habla e informarse con la Compañía. Pero, aunque agradecida, ella rehusó, orgullosa, creyéndolo desenamorado o tal vez casado con otra en algún puerto lejano.

»Cuando sucede que el verano siguiente, ahora ya resignada y tranquila, dicha amiga viniera a sentarse justo allá en el mismo lugar, tres carpas a la derecha, y en tanto vigilara a los mismos niños y revolviere automáticamente al azar la misma

mano en la arena, algo duro vino a encajarse entre sus dedos. ¿Una piedrecilla? No... ¡El anillo, el anillo! Su propio anillo de compromiso, luciente y vivo ahí en la palma abierta de esa mano que levantara indiferente ante sus ojos».

Aquí, breve pausa emocionada, seguida de las inevitables exclamaciones de goce y admiración de parte de nuestras narradoras.

«Sin embargo, la historia no terminaba allí. Pues figúrense ustedes que a su vuelta de la playa, el novio perdido se encontraba él también en casa de los patrones.

»Y, arrepentido, llorando, le suplicaba casi de rodillas que lo perdonara, que volviera a él, que...»

—Puras mentiras —exclamó a este punto uno de los niños, aburrido de tanto milagro.

—¡Mentiras! ¿Qué me ha llamado mentirosa? Muy bien. Se lo diré a la señora.

—Además, los hombres no lloran.

—Y sigue, ¡mocososo insolente! Muy bien. Se lo diré a la señora... Ella sabe que es cierto —agrega, la voz quebrada y toda su persona así como temblorosa.

—Por supuesto —declara firme nuestra Amelia, e imperativa nos manda ipso facto, tanto a nosotros como a los niños de Rosa, a recoger nuestros haberes, es decir, palas, moldes, etc., y salir caminando adelante hasta el paseo en donde habíamos de esperarlas para continuar todos juntos camino a casa.

Obedeciendo encantados y con la celeridad del rayo alcanzábamos el paseo a la hora de su apogeo.

A la hora en que ya sea por grupos o en parejas, tomados del brazo o caminando aparte, los elegantes de Santiago así como los distinguidos rezagados de Viña del Mar iban y venían a lo largo de la playa, cruzándose y saludándose, recruzándose y sonriéndose, pero todos ellos visiblemente disfrutando del aire, del sol... y de aquella tan exclusiva como placentera vida social.

Telón de fondo: palmeras, coches victoria, cocheros amables y caballos relucientes trayendo o esperando a sus felices veraneantes.

Detenidos a la vera de esta procesión de refinada magnificencia y discreta ostentación, los niños aguardábamos pacientes, no por cierto a los tiranos que dejáramos atrás, sino al desfile ante nos de las muchachas de moda y primer baile.

Y entre ellas, por sobre todo ver, con nuestros propios ojos ver a la más rubia y graciosa, a la más transparente y azul, a la de la nerviosa risa de cristal y de porte alado, a la que muy pronto después fuera la primera reina de belleza oficialmente consagrada en nuestra historia de Chile.

Pilar, Pilar, o, para ser más exacto: Felicitas Subercaseaux. Quisiera decirte: ¡Cuán pequeño tu título y cetro en nuestro recuerdo, comparado a nuestro verte pasar! Verte pasar era milagro y emoción. Era el pasar de algo inasible, muy querido y frágil. Ráfaga de alegría mezclada a eso que uno siente cuando va a llorar...

Razón por la cual, perturbados, comprendiendo apenas lo que nos pasaba dentro,

emprendíamos súbita y atropellada carrera hacia el fin del paseo y hasta el último banco en donde aquel viejo señor alemán, siempre solo, acogía gustoso nuestra visita regalándonos helados y barquillos que, alineados junto a él, cual bandada de pajarillos sobre un alambre, saboreábamos a gusto, escuchando apenas sus consejos y raras ocurrencias.

—Niños —nos advertían—, en las horas de bajamar, quedan al descubierto, en las rompientes, pintados lechos de delicadas anémonas, pero ¡ay del que huelle esa alfombra ardiente que devora...!

Un silencio, luego.

—Niños, ¿sabían ustedes que existe una ahogada muy blanca y enteramente desnuda que todos los pescadores de Chile tratan en vano de recoger en sus redes?

—Tal vez una sirena... —insinúa tímidamente una de las niñas.

—¡Inocente! ¡Cabeza de chorlito! —reta severo nuestro viejo amigo—. Nada más que una gaviota desmayada que llevan y traen las corrientes del Pacífico —agrega frívolamente.

Reír de todos. Luego calma y el seguir saboreando helados hasta nueva declaración del amigo.

—Niños, ustedes no lo creerán, pero yo conozco las escondidas vetas, las venas comunicantes por donde el océano infiltra sus mareas en la tierra para subir hasta las pupilas de ciertas mujeres que nos miran de pronto con ojos profundamente verdes. ¡Y cuidado, hijos! Desconfiar de ellas, que son brujas...

—Pero si mamá tiene los ojos verdes y no es bruja —protesta uno de los niños.

—He dicho que esas mujeres que miran de pronto con ojos demasiado verdes — replica golpeado nuestro viejo señor—. ¿Qué no se les ha enseñado a escuchar?

Apenas si empezábamos a disculparnos, cuando he aquí a nuestra Amelia y Rosita, cayendo jadeantes y esta vez francamente enojadas, sobre la reunión.

—¡Si ya es el colmo! Arrancarse con tal descaro...

—¡Y nosotras buscándolos como tontas!

Acto seguido, sin miramientos ni explicaciones fue el tomarnos de un ala para seguir rápida marcha a casa, quejándose y retándonos «todo el camino».

—¡Y ahora de nuevo atrasados para el almuerzo!

—Y claro, porque a los preciosos se les antoja ir a sentarse con el viejo loco.

—Y sacarle tanto helado y barquillos.

—¿Qué no les da vergüenza? Pobre caballero. Se lo diré a la señora.

A este momento yo aquí, en Nueva York, siento y caigo en cuenta que me he extraviado en detalles pueriles y ajenos al propósito de la entrevista. Y ante todo que he hablado mal y que no he hecho del todo justicia a nuestro mar.

Porque de noche. ¡Oh, sí, nuestro mar es otro ser!

Y entonces, voz y ánimo cambiado, recuerdo y cuento ahora cómo desde mi casa, allá en el fondo de la calle Montaña, la noche entera percibíamos nítidamente el

nacer, alzarse y desplomarse de cada ola, y hasta el suspiro de la espuma que ésta desparramara por las arenas. Un breve silencio hecho de luna, y de nuevo el murmullo del nacer, alzarse y desplomarse de la próxima ola, y de la siguiente, y de la otra...

El mar en verano, el corazón mismo de Viña. Un corazón cuyos latidos podíamos contar.

Luego, más tarde en medio de la noche, era el pitido orgulloso del expreso de Santiago a Valparaíso, rayo luminoso cortando por entre pueblos y jardines... el temblar de las grandes casas dormidas a ambos lados de la línea...

Sí, oigo todavía ese pasar fantasma del «Nocturno», marcando para los que no dormíamos, la hora exacta de nuestro insomnio y tristeza.

—Tristeza, ¿habla usted de tristeza cuando empezaba a convencernos de que pudiera aún existir un pequeño rincón de paraíso?

Esta reacción de parte de mis interlocutores, reacción que no esperaba y que siendo sincera, me conmueve y sobrecoge a la vez.

—¿Existe, existe ese rincón de paraíso —me pregunto súbitamente alarmada—, o es que sin darme cuenta por mero placer poético, he estado propagando una ficción?

Y a mi memoria acuden presurosos mis últimos recuerdos de Viña del Mar.

El Casino con sus jardines bien trazados, su golf miniatura, sus iluminaciones, sus salas de juego y de baile, sus comedores, bares y orquestas... y al borde del mar, una que otra mansión convertida en lujoso restaurante.

Y el Hotel O'Higgins, moderno, cosmopolita, eficiente.

Y la plaza, aquel pequeño parque umbrío despojado de su misterio... ¡Pavimentada! Desaparecido el viejo estanque con sus cisnes. Uno de ellos era negro.

Y desaparecida en Miramar la playa en que de niños ahondamos socavones y levantábamos castillos de arena. Las altas rocas que solíamos escalar, desaparecidas, tragadas ellas también por el mar que avanza ahora triunfante hasta la rambla.

Rambla defensora, y a su largo, ancha vereda práctica, moderna y... desierta.

¡De ayer el Paseo Miramar y su pasear de moda al mediodía! ¡De ayer sus coches tirados por briosos y bien cuidados caballos, trayendo y esperando a sus veraneantes junto a las palmeras!

Pilar, Pilar, Felicitas Subercaseaux paseando su belleza e inquietud por otras playas y otros mundos.

Y muerto ya hace mucho, me lo dijeron, el viejo y solitario señor alemán que nos regalara de helados y barquillos, mientras contándonos de cosas que ahora comprendo no fueran locura sino... poesía.

¿Existe, existe aún ese rincón de paraíso?, me pregunto más y más angustiada, mientras afluyen a mi memoria las últimas noticias oídas aquí en Nueva York.

Edificios-departamentos, grandes garajes-modelo y la marea agresiva del turismo...

A este punto de la entrevista no sólo me atemoriza ya la idea de un desmentido al

pequeño mundo que acabo de describir, sino la del derrumbe de otro mundo, dentro de mi propio corazón.

Fue un silencio, si largo para mis interlocutores, infinito para mí.

Hasta que, suavemente, algo así como un rayo de sol, un dedo de oro sobre el hombro empezara a empujarme dentro de la memoria a lo largo de un largo parrón. Al final, una fuente, y detrás, un grupo de antiguos eucaliptos.

Y entremedio y sentadas en improvisados cojines, mezcla de gangochos y tierra de jardín, la espalda apoyada en sus troncos descascarados y a la sombra movediza de su follaje, tres niñas, ahora adolescentes, mis dos hermanas y yo leyendo en francés su primera novela rosa.

Era un domingo de tarde apacible y libre de colegio y tareas.

Ahí, pues, silenciosas, ensimismadas. La una, en la historia de las humillaciones, digna actitud y triunfo amoroso de la dulce «Magali» en la novela del mismo nombre. La otra, en la tenebrosa aventura de la valiente y delicada Lil, señorita de compañía en el castillo del taciturno duque de «Malencontre», nombre también del libro. La tercera sigue con pasión el destino de aquella maltratada joven de misterioso origen, de Edith de Ferlac, malévolamente sustraída en la cuna y que la fuerza de las circunstancias empujaron años después a tocar ignorante a la puerta de su legítimo hogar y padres engañados, en calidad de servidora de aquella otra niña que usurpara su identidad y situación...

Cuando he aquí que aquel súbito soplo de viento de casi cada tarde viene a interferir entre nuestra lectora y el feliz desenlace de su libro encantado *L'héritière de Ferlac*.

Soplo de viento que, tras de irrespetuoso sacudir de las dignas copas de los eucaliptos, se cuela entre éstas desordenando el follaje al pasar, así como ahora la cabellera de las niñas sobre el hombro de las cuales viene a inclinarse para volver a revolver sin tino las páginas de sus libros... seguir carrera, detenerse y recaer de golpe y un poco más lejos, con igual prontitud con el que naciera.

—¡Pobre viento! —comenta la primera de nuestras lectoras—. ¡Si él quería leer nuestros libros!

—¿Y eso en un segundo? Dime, o él o tú están locos —protesta la otra.

—¡En fin, ya sosegó! —suspira la tercera volviendo a su dominio de Ferlac y crueles pruebas de su heredera.

Cuando he aquí un nuevo soplo del mismo viento, levantándose para repetir veloz a su pasada los mismos hechos de su anterior incursión e ir a morir, abrupto y cerca, de idéntica y maliciosa manera.

Un momento de alivio, y hasta de esperanza en el ánimo de sus indulgentes víctimas.

¡Ilusión!, porque después de muy breve tregua, el alzarse y venir de otro soplo más, con sus consiguientes bromas, llevadas esta vez al extremo de provocar severo

temblor y desgarrar de ramas entre los eucaliptos, más el deshacer de rizos y trenzas de las niñas y el empecinarse en azotar y azotar las asustadas, palpitantes páginas de sus libros.

Hasta que, indignadas, sus dueñas, cerrándolos de un golpe, se incorporan y manteniéndolos fuerte bajo el brazo echan a andar camino del parrón... con el intruso siempre apegado a sus talones.

Intruso quien durante el circundar de la fuente se divierte en sorprender y hacer saltar dentro del agua a una ranita y a dos pequeños sapos acurrucados en su borde, los que, a su vez, originan, sin quererlo, un escurrirse alarmado de pececillos rojos allá en el fondo.

—¡Viento malo!

—¡Viento estúpido!

—¡Viento ocioso, que ya no sabe qué hacer! —increpan exasperadas, fuera de sí, las niñas.

Entonces, aquietando de golpe y como de costumbre su malvenido soplo, el interpelado refrena indefinidamente el próximo ímpetu para dejarlas caminar de vuelta a casa todo el largo del apacible parrón... en tanto el lento apagarse de un perezoso crepúsculo.

A lo lejos, el tañer melancólico de una campana.

Campana que, hoy lunes, las mismas niñas oyen de nuevo sonar, pero ahora a mediodía y bajo los tilos del Colegio de las Monjas Francesas de los Sagrados Corazones.

Toque de campana que a esta hora del recreo es mandato y llamado. Mandato de interrumpir juegos de *croquet* o pelota. Y llamado a inclinar la frente al recitar solemne de la Madre Superiora.

El recitar de aquellas primeras palabras que ha siglos vinieran a cambiar el curso de este mundo, así como el corazón del hombre.

«El ángel del Señor anunció a María».

Y alumnas y blancas monjitas asignados-vigilantes de los recreos. Y Manuel, el fuerte cuidador y jefe-jardinero, encaramado entre los tilos en activo despejar y cosechar de hojas. Más Felipe, el celoso trabajador-señor de la huerta, y hasta Matilde la flaca, orgullosa y recalcitrante portera... todos a un tiempo deteniendo faenas y ocupaciones para juntar las manos y responder a unísono.

«Y concibió por obra del Espíritu Santo».

Seguido, el rezar del primer «Dios te salve María», terminado el cual, vuelve el trémulo recitar de la Superiora.

«He aquí la esclava del Señor».

«Hágase en mí según Tu palabra»... Se responde otra vez a coro, pero ya en un declinar de voz y desde algo así como de una tierna, distante emoción. Y viene el segundo «Dios te salve María», durante cuyo rezo empezaba a hacerse paulatino

aquel único, recogido silencio.

Ni un solo, ni el más leve ruido. No más pasos ni deslizar de coches en la calle Alvarez a la vera del Convento.

Apagado el chasquido y susurro de las aguas regando el césped en los jardines vecinos.

Callado el abrir y cerrar de tijeras de podar... así como el crujir ronco y rítmico del tronco añoso de aquel árbol, balanceándose airoso a toda hora del día en un apartado rincón del parque.

La avenida de tilos de pronto inmóvil, ella también.

Las doradas florecillas de los aromos reteniendo, tímidas, su aliento oloroso.

Y el sol, sí, hasta el propio sol, velando su faz de luz tras de alguna nube, parece rezar, él también, con los que aquí bajo, a la sombra de su entreluz, dicen calladamente su oración hasta el venir solemne de las próximas palabras.

«Y el Verbo se hizo carne».

Para responder junto con ellos:

«Y habitó entre nosotros».

Aquí el tercer Ave María, en el curso del cual, ánimo cansado, las niñas empiezan una a una a desprenderse de aquel momento de intimidad con ese algo o alguien que llamamos el alma... para continuar rezando, pero ahora tan sólo con los labios... hasta a aquellos últimos, cortos, repetidos toques de campana marcando el final del Angelus, así como el permiso a un precipitado regreso y huir a los juegos y al bullicio.

¡Huían, huíamos!, me digo aquí, en Nueva York, después de tantos años.

Huíamos para regresar a lo cotidiano y a lo tangible. Sí, huíamos, pero guardando siempre en este triste juego de la vida el recuerdo de aquellos minutos de inexplicable emoción, recuerdo que suele despertar en nosotros, algún día, ya sea en consuelo, esperanza... o el resucitar del espíritu.

¡Y he aquí la confianza y la alegría volviendo en mí!, así como la fe absoluta que el Viña del Mar de mis días alienta, vive y vivirá siempre tras la fachada del balneario progresivo y dinámico.

Perdura su mar azul frío, y a sus orillas, estoy segura, alguna otra playa Miramar, en la que otros niños siguen jugando a mojar sus pies desnudos en sus aguas, y a cavar y construir en sus arenas, y a escalar e investigar, intrépidos, dentro de una nueva casta de rocas.

Y siempre, en algún banco perdido, uno que otro soñador, cultivando en secreto su locura.

Y Pilar, Pilar, Felicitas Subercaseaux, quiero decir su desencantado fantasma, lo sé y me consta, encontró en su río algunas de esas escondidas vetas comunicantes con nuestro mar, a fin de venir, vivir y revivir en el recuerdo de todos nosotros su belleza alada, su talento sutil, así como el intrépido, caprichoso gesto con que se despidió de la vida.

Perduran, Viña adentro, sus jardines con enredaderas de geranios siempre en flor, sus lluvias ligeras, sus tardes de sol y viento durante las cuales niñas lúcidas leen, a hurtadillas y al abrigo de la sonrisa irónica del lector-detective y de ciencia-ficción, antiguos o nuevos libros de romántico amor.

Y madres modernas que, al mediodía, así como en su ayer, inclinan aún la frente para rezar con diplomático disimulo el Angelus dentro de su corazón.

Perduran sus noches en tibia luna y aquel su tren alma-en-pena junto con la tristeza, no dudo, en muchos de sus adolescentes desvelados...

Y esparcidos por el ancho mundo, ausentes, que como a mí el destino apartara de sus orillas y jardines... escuchan a veces, durante el sueño, el ritmo suspirado de su mar y marea... o bien que en el medio de aquel sentir de abandono que hace despertar y gemir bajito, oyen de pronto, en la lejanía de su propio ser, el decir y repetir de un canto.

Canto que suena ya alegre gorjeo, ya dulce, embaucadora melodía.

La Maja y el Ruiseñor —nombre que Granados diera a la más acongojada y tierna de sus *suites* Goyescas.

En ella la maja llora desesperadamente un amor perdido, mientras el ruiseñor canta y le canta para consolarla.

¡Enrique Granados, tantos años ha, muerto-trágico, ahogado, desaparecido!

Enrique Granados, errante-sumergido por los vastos mares... déjame decirte, ¡aunque tú ya has de saberlo!, que en estas páginas a las que doy el nombre que a ti te inspirara tu propia música, en estas páginas, repito, yo y los ausentes somos tu maja.

Viña del Mar, mi pueblo, tu ruiseñor.

Pequeño ruiseñor nuestro, al que, estoy segura, tú has subido, compasivo y eternamente joven, a enseñarle en tu piano encantado el gorjeo y melodía del tuyo.

Sí, de aquel otro Ruiseñor tuyo, el gracioso, el inefable, el que no muere, aquel Ruiseñor cuyo canto es y seguirá siendo algo así como furtiva presencia e insinuante, melancólico llamado.

Otros Escritos

Reseña cinematográfica de Puerta cerrada^[*]

«**H**ay que entrar en el juego; la gente no sabe entrar en el juego», protesta Jorge Luis Borges cuando le oponen reticencias o sonrisas incrédulas a alguna ingeniosa construcción imaginativa porque no descansa sobre ciertos puntales lógicos, tan arbitrarios como ineptos, en que la mayoría de las personas se empecinan en apoyarse.

Entrar en el juego. Había aquí motivo para una serie de reflexiones trascendentales; por ejemplo: que el grueso público no quiere entrar nunca en el juego de la poesía; que las mujeres no quieren arriesgarse nunca en el juego del amor; que media humanidad se resiste a aceptar el juego de la vida, etc. Pero quiero hablar de un juego mucho más accesible, de un juego popular y cotidiano: el del cinematógrafo.

«¡Qué inverosímil, qué cursi!». Con estos reproches el público y hasta los críticos acogen películas cuyos méritos debieran ser juzgados precisamente en base de lo inverosímil y lo cursi. Y luego de haber hecho su reparo, unos y otros se sienten en paz con la inteligencia y el buen gusto.

Es posible, sin embargo, que esté calumniando un tanto al público y a la crítica. Mal pueden el público y la crítica entrar en el juego cuando, por lo general, los argumentistas y los directores de las películas en cuestión tampoco aciertan a entrar en el juego. Son tan ingenuos que aun tratando un asunto ingenuo desdeñan ser enteramente ingenuos, son tan cursis que no se atreven a complacerse en lo cursi de miedo, sin duda, de mostrar hasta qué punto son congénitamente cursis. Y es por esta razón que casi todos los melodramas cinematográficos son ineficaces porque sus propios autores, directores (y a menudo hasta los actores) desconocen el sentido y la gracia del melodrama.

Luis Saslavsky, argumentista y director admirable de Puerta cerrada, ha sabido entrar de lleno en el juego y junto con él sus colaboradores. Todos han entrado en el juego con entusiasmo, con elegancia, con una sonrisa entre burlona y tierna y con una gran probidad artística. Resultado: Puerta cerrada es probablemente el mejor filme argentino que se haya realizado hasta la fecha, y un filme perfecto en su género dentro de la cinematografía mundial.

Nada de trampas ni de temores en el argumento. Puerta cerrada es el perfecto y eterno melodrama con sus tradicionales situaciones y sus tradicionales personajes. La actriz que sacrifica su carrera al amor, el hijo veleidoso y bohemio, cuya mésalliance reprueba la clásica familia aristocrática. Hay idilio, miseria, cartas interceptadas, crimen, cárcel, veinte años de cárcel para una inocente y luego, malentendidos y un sublime sacrificio de madre y finalmente la puerta cerrada de la casa señorial que se

abre... demasiado tarde.

Luis Saslavsky ha puesto tanta habilidad, gusto y medida (medida no afectada ni intempestiva sobriedad) en la realización (dirección, fotografía, música y decorados); el diálogo se desarrolla con tanta inteligencia y certera psicología dentro de la arbitraria psicología propia del género, el ambiente es tan netamente característico (por primera vez en un filme argentino los personajes hablan como argentinos, por primera vez los malevos y las viejas tías de la honorable familia criolla y la dueña del inquilinato que reclama sus seis meses atrasados de alquiler, no parecen disfrazados, tienen frases, actitudes y vestimenta auténticas) que todas las situaciones sin excepción adquieren realidad, conmueven, emocionan como hechos reales.

Hasta los más mínimos detalles me parecen un acierto en este filme, porque me gusta que se encare con seriedad y convencionalismo lo convencional. Me gusta que lleve contra los ventanales del atelier-buhardilla de la pareja enamorada, me gusta la huida de los hermanos después del crimen (ella arrastrando una cola de encajes y llevando al hijo pequeño en los brazos), perseguidos por los policías de a caballo en la noche tormentosa. Y nada más lindamente teatral que esa salida de una reclusa a quien entregan la ropa con que ingresó y que sale a errar por el Buenos Aires de hoy con su vestimenta de fin de siglo. Y poético, sí, poético convencional, pero poético, el detalle del muchacho ciego que en el cafetín de bajos fondos se pone a tocar Claro de luna de Beethoven a la hora en que se dispersa en retirada la gente del hampa.

¡Y Libertad Lamarque! Alguna vez la vimos trabajar en películas nacionales; y si nos sedujo su clara voz con pájaros, llena de juventud y de agua fresca, nunca pudimos apreciar su extraordinario temperamento dramático. Es en Puerta cerrada que la vemos actuar y moverse por primera vez con soltura, gracia y dignidad. Otro triunfo de Luis Saslavsky este de habernos descubierto (dirigiéndola) a una verdadera actriz por fin. A una actriz patética, de humildad, de emoción contenida, a una actriz más expresiva y más inteligente, no tengo miedo de escribirlo, que muchas de las grandes figuras de la pantalla.

En Nueva York con Sherwood Anderson^[*]

Encontrarse de pronto con que una ciudad encaja dentro de su leyenda es, desde luego, una emocionante sorpresa. Pero si llega, como Nueva York, a sobrepasar su leyenda, con qué infinito bienestar se mueve uno por ella.

En Nueva York no hay rascacielos. Quiero decir lo que nosotros entendemos por rascacielos: un edificio descomunal e indiscreto como un grito. Las dimensiones arquitectónicas de Nueva York son diferentes de las nuestras: Nueva York es una ciudad de proporciones más poderosas y exaltadas, eso es todo. Manhattan está toda construida a una misma escala, sin nada que sobresalga, sin nada que pretenda pujar como un desafío a la lógica y a las leyes de la armonía. Estamos frente a otra lógica. En Nueva York no hay rascacielos.

Nueva York es la ciudad del silencio. Porque Nueva York, la ciudad en donde transitan y se entrecrocán todas las razas, donde se hablan todas las lenguas, la ciudad del movimiento, de las aglomeraciones, es una ciudad... silenciosa. Los límites de su silencio comienzan en los muelles donde la aduana canaliza y distribuye el aporte humano de varios vapores a un tiempo. De entrada, la ciudad impone natural y automáticamente la más elegante de las disciplinas: el silencio. Y también la ciudad del orden es la ciudad de la simpatía y el respeto al prójimo. Los americanos parecen haber comprendido mejor que nadie que la civilización consiste ante todo en un pacto y una transacción. Un pacto consigo mismo, con la parte subversiva de sí mismo, y un pacto y una transacción con los demás. Allí nadie antepone sus ventajas, impulsos o ideas personales a lo que se ha establecido como regla de bienestar general; y la regla es respetada hasta tanto no se haya encontrado una más eficaz.

Nueva York es una ciudad poética. Allí no se ha perdido el impulso imaginativo, sentimental o «feérico», porque se ha ganado en organización y en practicismo.

Los puentes —kilométricos hilos de tela de araña suspendidos entre riberas diferentes como dos mundos—; el Central Park donde se pasea, entre céspedes, estanques, pájaros y cisnes, remanso que la ciudad cerca por todos sus lados como un bloque; y las idílicas estaciones de recreo; y la moda romántica de las mujeres; y el Planetarium donde se asiste a las posibles y diferentes maneras del fin del mundo; y los pabellones de la exposición —el de la luz, el de la electricidad, el de la General Motors, que más que una demostración de fuerza industrial son una expresión de alegría y de fantasía—, todo parece concebido y realizado por un ser ingenioso y sensible que tuvo una infancia demasiado corta, que se quedó con ganas de jugar y al que de grande la vida le ha brindado, junto con elementos inalcanzables cuando era niño, la ocasión de realizar los juguetes apetecidos en sus sueños infantiles.

Cuando dije que quería conocer a Sherwood Anderson hubo sonrisas irónicas, exclamaciones escépticas. «¿Sherwood Anderson? Nunca ve a nadie. ¡Es inalcanzable! Hay que entenderse con su editor».

Sin embargo, fue W. W. Norton, que no es el editor de Sherwood Anderson, quien me consiguió, rápida y gentilmente, la entrevista que solicitaba. Mr. Sherwood Anderson me llamó al hotel una mañana y me citó para esa misma tarde a las 16:00.

A bordo yo había preparado, con la inexperiencia de una periodista de ocasión, una especie de preguntas pomposas con las que me proponía poner al descubierto «el espíritu del escritor americano», a saber:

a) ¿Tiene, según usted, derecho el escritor a aislarse, a permanecer ajeno a los problemas sociales, a no tomar parte activa en la política?

b) ¿Qué escritores, qué literatura, qué tendencias han ejercido, según usted, influencia en su propia literatura?

c) ¿Qué opina usted de la América del Sur, de su cultura, cuáles pueden ser nuestras afinidades intelectuales con los Estados Unidos, etcétera?

Pero Sherwood Anderson vino a abrirme en persona la puerta de su casa, un espacioso estudio de altos vitrales. Esta recepción tan poco solemne no estaba en mis cálculos. Sin embargo, sin inmutarme, me puse a observar con curiosidad alrededor mío. Sherwood Anderson me advirtió sonriente: «No se dé tanto trabajo. Este estudio no es mío. Nos lo ha prestado una amiga mientras estamos aquí. Nosotros vivimos en el campo. En Virginia». Y sin más preámbulos me presentó a su señora, una graciosa americana tan inteligente como tranquila.

A pesar de todo, y para no dejar de cumplir con lo que yo consideraba mi deber de periodista, formulé la primera pregunta.

—¿Tiene según usted el escritor derecho a aislarse, a no tomar parte activa en la política?

Sherwood Anderson me miró gravemente un instante.

—¡Oh, sí! Si es que puede.

—¿Cómo es posible que no haya concurrido un solo escritor americano a las sesiones del PEN Club? —pregunté a renglón seguido, traicionando desde luego mi programa.

—¡Oh! Sabe usted, a nosotros los escritores americanos no nos gusta hablar tanto y tanto. Preferimos escribir cada cual en su rincón; mal o bien, pero escribir.

Y Sherwood Anderson sonrió con simpatía y con un poco de cansancio.

La ocasión me pareció buena para sincerarme.

—Francamente (no pude menos que decirle) no tengo pasta de periodista, Sherwood Anderson. ¡Qué parecido es usted a Sherwood Anderson!

Porque el autor de *Poor White* y de *Death in the Woods* era realmente igual a la idea que nos hacemos de él: varonil, franco, canoso, de una seriedad tan alegre, de una inteligencia accesible y serena. La señora de Anderson trajo «whisky». Ella y su marido me mostraron luego el jardincito sobre el que se abría el estudio, luego el

estudio y los cuadros de la amiga, y sonriendo con benevolencia de mis entusiasmos, me hicieron a su vez preguntas.

Pero fue a mí a quien tocó sonreír cuando Sherwood Anderson manifestó su sorpresa ingenua a la par que cierta incredulidad de que en la América del Sur pudieran conocer sus libros.

—¿Cómo? ¿En qué idioma? ¡En inglés!

—Sí, en inglés o en traducciones al francés y al español también.

—¿Así es que en la América del Sur saben que yo existo? ¡Qué raro! ¡Qué maravilla!

—¿Le gusta a usted Greta Garbo? —le pregunté antes de irme, a quemarropa y resuelta ya a quebrar definitivamente con mi austero programa periodístico.

—¡Oh, oh! —rió a carcajadas—, creo que soy el único americano que se haya librado de verla. No voy nunca al cine. —Y encarándose con su encantadora mujer, la interrogó a su vez: «¿Le gusta a usted Greta Garbo? Conteste por mí».

—«América del Sur, América del Sur» —repetía mientras me acompañaba hasta la puerta.

Al día siguiente me mandó una carta de la que transcribo aquí algunos renglones.

«Se está hablando mucho de la necesidad para todos nosotros, en nuestras dos Américas, de tratar de conocernos mejor los unos a los otros. Creo que esto debiera emprenderse comenzando por la traducción y publicación aquí de vuestros novelistas y poetas... En estos momentos existe, sin duda alguna, un gran interés por la América del Sur. Me atrevo a afirmar que no es sólo un interés de orden comercial; hay en este interés una especie de sentimiento nuevo. Algo terrible parece haberse apoderado del Viejo Mundo. Ya no podemos seguir tomando nuestros impulsos culturales de allí. Algo está allí corrompido».

Como invitada al congreso de los PEN Clubs, no pudo menos que impresionarme profundamente la última frase de la carta. Todos los escritores europeos que frecuentaba en las sesiones y en los viajes sólo me parecían preocupados en vigilar sus derechos de autor. Yo los observaba moverse en ese maravilloso país. Los intelectuales europeos vienen a América a ver América según se les ha antojado a ellos que es América, me decía. Tienen miedo de ver las cosas limpia y sinceramente, sin prejuicios ni lugares comunes. Parecería que temiesen recoger nuevas impresiones, ver nuevos paisajes, como si cada nuevo elemento, en lugar de enriquecerlos, fuera a romper el equilibrio precario de sus parsimoniosas vidas intelectuales.

¡Qué distinto fue, en cambio, el gran paseo a que nos invitó en su coche Sherwood Anderson para mostrarnos algunos aspectos de Nueva York! China Town, Harlem, donde cada espectáculo y cada tipo de negro entusiasmaban a Sherwood como si los estuviera viendo con nosotros por primera vez. A la vuelta de una calle un negro muy elegante y deportivo se bajó de su automóvil y vino a reprender a Sherwood, que maneja deplorablemente. El más ilustre de los escritores americanos

escuchó con atención y expresión suave el discurso, por lo demás bastante insolente, del «gentleman» de color, y poco faltó para que se excusara.

—Jamás un negro se atreve a interpelar así a un americano —intercedió alguien—. Ha sido usted demasiado indulgente.

Anderson sonrió y explicó:

—Si hubiera sido un blanco, no respondo de lo que hubiera pasado; pero a un negro mejor es dejarle la ilusión de sus derechos.

Como la mayor parte de los intelectuales americanos, Sherwood Anderson ama a los negros; un amor hecho de curiosidad y a la vez de prudente e inteligente admiración.

Después fue Wall Street y los «docks», la ciudadela industrial de Nueva York. Y entre los bancos y las centrales de las grandes compañías comerciales, la iglesia de la Trinidad, negra y esbelta, rodeada del apacible y abierto cementerio, y el gran revuelo de palomas en las estrechas calles empinadas.

Luego pedí a Sherwood Anderson que nos detuviésemos en algún lugar estratégico de donde pudiera ver clara y concretamente la estatua de la Libertad.

—*Girl Lib* —me corrigió él.

Yo alegaba que la famosa estatua no era más que un telón de fondo, una especie de réclame que utilizaban sobre todo las películas norteamericanas, que *Girl Lib* no podía existir, puesto que los norteamericanos encontraban siempre manera de hacer entrar al viajero al puerto a una hora en que le era imposible abrir los ojos para darse el gusto de verla, o si no, para más seguridad, en medio de una espesa neblina.

—De todas maneras se arreglan para que uno no pueda ver si es cierto que...

—Usted nos está calumniando —interrumpió Sherwood—. Mírela allí.

Allí estaba, en efecto, frente a nosotros; pero tan lejana, tan remota, tan ligera en el atardecer gris, que hasta el día de mi partida sostuve al maestro que con una falta de lealtad impropia entre escritores se había ingeniado por patriotismo en mantener una mentira tradicional de la gran ciudad.

Durante el trayecto de vuelta Sherwood Anderson, con un entusiasmo y una sencillez sin límites, me habló del libro que estaba escribiendo, del capítulo que acababa de resolver esa misma tarde, antes de venir a buscarnos. Me preguntaba casi mi opinión.

—Es una situación un poco extraña —me decía—. Pasa en una casa de campo, de gente más bien humilde. Una casa de madera aislada en medio del campo. Los tabiques son muy delgados. El hijo recién casado trae a su mujer a vivir a la casa, y durante las noches la madre viene a ser el testigo forzoso y mudo, el oído involuntariamente atento del amor de la joven pareja.

Esta situación crea un extraño complejo en la recién casada...

Por la noche tuvo lugar el banquete solemne con que fueron cerradas las sesiones del congreso de los PEN Clubs. Ochocientas personas, pero muy pocos escritores americanos. Negrin estaba sentado en la mesa de cabecera. El día anterior había

llegado de España. Algunos sudamericanos lo mirábamos ingenuamente emocionados, conmovidos por el drama que significaría para él tener que sentarse vestido de frac a una mesa, por demás literaria y elegante, al día siguiente de una capitulación tan dolorosa. No fue lo mismo cuando al final del banquete accedió a tomar la palabra y con la copa en la mano bromeó sobre su mala dicción inglesa, habló de la belleza de los rascacielos, etc. Entonces su resignación nos pareció un tanto exagerada.

Pero la noche nos tenía reservadas otras sorpresas: Pearl Buck nos habló breve y sobriamente de la China destrozada, y luego... luego se levantó y habló la China misma en la persona del ilustre escritor Lin Yutang; habló esta vez con la alegría y verbosidad de un *speaker* de radio.

No sé qué pensaría en ese momento Pearl Buck. Por mi parte, mientras volvía al hotel, la frase de Sherwood Anderson me resonaba en los oídos.

—Algo terrible parece haberse apoderado del viejo mundo. No podemos ya seguir tomando nuestros impulsos culturales allí. Algo está allí corrompido.

Inauguración del Sello Pauta^[*]

Sinceramente creo que nuestro artista Tortorella me hace demasiado honor al pedirme que hable en un acto tan importante y hermoso como éste.

Porque si bien yo puedo escribir, confieso que no sé hablar. Y ustedes van a darse cuenta. Sufro de pánico.

Así pues ruego que se me disculpe el que hable leyendo mi escrito. Por favor, pido hagan cuenta de que estoy leyendo una partitura. Después de todo si a los músicos se les permite hacerlo ¿por qué no a mí?

Bueno, empiezo por no saber cómo explicar la sorpresa y emoción que sentí cuando el maestro Tortorella me expresó su deseo de que dijera aquí estas palabras.

Sorpresa, porque no soy profesional ni crítico ni tan siquiera lo que llaman musicólogo. Sólo soy y formo parte de esos miles de «vagos» enamorados de la música, que no logran vivir para ella, pero que no pueden vivir sin ella.

Emoción, porque el maestro Tortorella intuyó milagrosamente que, entre todos los instrumentos musicales, el clavicordio siempre ha sido para mí el más misterioso y atrayente.

El que a mi parecer ejerce una especie de sortilegio en su mezcla de serenidad y nostalgia, de gracia y severidad. Y ahora, después de haber escuchado a este ángel del clavicordio —porque hay que tener por lo menos un pacto con los ángeles para tocarlo como él lo sabe hacer—, más que música siento ese misterioso encantamiento que ustedes también han de sentir. De no ser así, no estarían aquí.

Ese encantamiento hecho de ese sonido diáfano y sin embargo secreto y triste como un suspiro o más bien como el eco de un suspiro. Y es como si escucháramos en sueños la melodía con la que un alma en pena y muy querida viniera a rozarnos como una consolación o una caricia. El niño Mozart, él mismo tal vez, escurriéndose de noche y subiendo con los pies desnudos la escalera a la buhardilla y hasta el clavicordio de su padre para jugar calladamente esas melodías que desbordaban de su corazón tan juicioso y puro como su imaginación. Porque cuando el clavicordio es tocado por el maestro Tortorella me parece que encarna en sí el alma fugitiva de Mozart.

Pero naturalmente no todo es canto y evocación. Porque aquí viene la otra parte del misterioso encanto del clavicordio: es ese sonido preciso, esa lógica ordenada que impone al maestro en su interpretación de la obra musical que sea, ese compulsarlo a despojarse de todo efecto, de todo lo que no sea música sobria, escueta. Y si junto a esto —haciendo un esfuerzo para escuchar más profundo— logramos captar la fuerza escondida, reprimida, y alentando tras del seráfico instrumento y la aparente placidez

de su intérprete... y si a esto agregamos una experiencia mía de ayer...

Fue la revelación de un elemento, de una fuerza reprimida pero viviente alentando tras del instrumento y su intérprete.

No se puede sino pensar que el clavicordio y sus compositores e intérpretes resumen ese pensamiento de Pascal que unía un todo en tres palabras.

Geometría – Pasión – Poesía

Y ahora quiero felicitar a quienes nos procuran este disco Sello Pauta que imprimirá una colección dedicada exclusivamente a los intérpretes argentinos bajo la supervisión de la musicóloga Pola Suaver, irán apareciendo sucesivamente distintas placas con obras no grabadas o casi desconocidas de las editoras comerciales. Debemos mencionar con honor al patrocinador de esta iniciativa, el señor Hugo Luchelli-Bonadeo.

Mi adhesión está basada en el valor que otorgo a una iniciativa tan importante para la vida cultural argentina.

En mi trayectoria cultural se entrelazan las culturas de muchos países, aunque soy chilena. Como chilena, sobre todo, celebro este gesto que coincide con la actitud asumida por Chile hacia sus artistas.

Discurso en la Academia Chilena de la Lengua^[*]

Honorable Academia:

Orgullo. Emoción. Gratitud. Es lo que siento al recibir este premio que considero el más grande al que un escritor pueda aspirar.

Premio que premia tanto a la persona como al escritor. Porque es prueba que inspiración, poesía, pensamiento, locuras, ideas... en fin ese mensaje que cada uno de nosotros lleva en sí, hemos sabido expresarlo con acierto y pureza en el más hermoso y altanero de los idiomas: el castellano.

La fuerza de las circunstancias me ha obligado a pasar más de la mitad de mi vida hablando y escribiendo en otros idiomas. Primero en Francia, luego en los Estados Unidos. En este mundo de maravilla que son todos los idiomas pude haber adoptado uno ajeno al nuestro. Pero elegí. Me explico.

Mi infancia y mi primer encuentro con las letras sucedió en ese colegio de encanto: las Monjas Francesas de los Sagrados Corazones de Viña del Mar. Allí me inicié en la magia del francés —aunque a la vez me destacué en ese «deber de estilo» que tanto cuidaba nuestra Madre Catalina, profesora de Castellano.

Luego vino Francia misma. Sea quien sea que llegara a Francia a los trece años de edad a proseguir estudios ha de sentir el embrujo y dominar sobre el de la lengua francesa.

Lo digo, pues fue mi experiencia primeramente en el célebre convento y colegio Notre-Dame de l'Assomption de la rue de Lübeck en París. Seguido en el Liceo La Bruyère más en el Institut Catholique en donde continué estudios a fin de alcanzar mi bachillerato de Latin Langues que obtuve con mi más alto puntaje en... el francés.

Después y finalmente fue la Sorbona, en donde me gradué en... Literatura Francesa.

El francés, la lengua que fuera entonces en la que yo viviera, hablara, escribiera, la lengua que yo amara y creyera habría de ser la mía en mi anhelo de futuro escritor... Aunque sin embargo en todo aquel tiempo un impulso natural, un interés algo así como un segundo secreto amor me llevara a seguir leyendo y escribiendo en... castellano, fuera y aparte de mis estudios obligatorios.

Y he aquí de nuevo en mi vida el hacerse presente esa fuerza de las circunstancias que mencionara. Fuerza que me devolviera a mi tierra: Chile, la Argentina... y al castellano.

He dicho a la Argentina porque Chile y la Argentina son para mí un solo país —y mi país— no sólo por ascendencia y vínculos de familia, sino porque fue allí que al volver me cupo el privilegio de vivir mi primera juventud dentro del mundo de lo que

fuera la «época de oro» del Buenos Aires de la década de los treinta.

Vivir en medio de lo más representativo del mundo intelectual y artístico que se congregara allí en aquel momento: Victoria Ocampo, Pablo Neruda, Jorge Luis Borges, Federico García Lorca, Luigi Pirandello, Alfonsina Storni, Oliverio Girondo, Norah Lange, José Ortega y Gasset, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso y tantos, tantos otros. Y fue allí, en ese mandato y en aquel momento, que fuera mi destino el elegir, escribir y publicar mi primer libro en... castellano.

Años después, sin embargo, me encontraba en los Estados Unidos —país al que fui invitada como representante de Chile por el PEN Club. Estados Unidos en que en este viaje me vinculara y al que intereses de orden literario me llamaran a un segundo viaje que, esta vez, había de significar (juego del destino) el quedarme viviendo veintinueve años, la mitad de mi vida, escribiendo y publicando en inglés.

Escribí al inglés una nueva versión de mi *Ultima niebla* —otra novela diría yo, aunque basada sobre el tema inicial de mi libro en castellano. Tema: Sueño y ensueño —, novela que titulé *House of Mist* y que publicó la casa editora Farrar Straus en Estados Unidos. Luego en Inglaterra la casa Cassell and Company.

El éxito de la crítica y del público lector que obtuviera me animó a traducirme yo misma del castellano al inglés.

Traduje al inglés mi novela *La amortajada*, la cual, bajo el título *The Shrouded Woman*, fue asimismo publicada por ambas casas editoriales en ambos países.

Fue de aquellas publicaciones mías... en inglés, que mis dos obras han sido traducidas y publicadas en francés, alemán, japonés, sueco, checoslovaco.

En Brasil, *House of Mist*, traducida al portugués por Carlos Lacerda, obtuvo el premio del libro del año.

Sin embargo quisiera aquí decir y revelar la razón por la cual me he permitido retenerlos contándoles de esta errante vida literaria mía que siempre y durante todo aquel tiempo, a pesar de mi creciente admiración e interés por ese idioma entre misterioso y diabólico —por lo concentrado— que es el inglés, nunca al escribirlo sentía ese goce íntimo, total de escribir, y no me explicaba el porqué. Ahora sé que era la nostalgia de mi propia lengua.

Y vuelvo a Chile, vuelvo al castellano.

Escribo recuerdos de infancia en el primer tomo de *El niño que fue*, obra publicada por la Universidad Católica de Santiago.

Roberto Silva Bijit publica mi novela corta (inédita en Chile) *Historia de María Griselda* en su editorial El Observador.

Las Prensas Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso publican una segunda edición.

Y ahora la honorable Academia me premia con el premio que representa para mí el honor máximo... en castellano. Este castellano nuestro tan rico, grande y estricto, al que no vencen modas. Esta lengua en la que todo escritor puede elegir su modo de

expresión, ya sea dentro de lo espontáneo o perfeccionista, de lo natural o sofisticado, de lo gracioso o majestuoso y en el que nunca, si tratado con distinción y amor, puede su estilo dejar de ser noble y clásico.



MARÍA LUISA BOMBAL nació en Viña del Mar, Chile, el 8 de junio de 1910. A los doce años, tras la muerte de su padre, pasó a cursar estudios en París, donde residiría hasta 1931. En 1933 se estableció en Buenos Aires, donde se hospedó durante dos años en casa de Pablo Neruda y entró en contacto con el grupo de la revista Sur. En 1940 contrajo matrimonio con el conde Raphael de Saint-Phalle y pasó a residir en los Estados Unidos hasta la muerte de su esposo en 1970, fecha en que regresó a Chile. Murió el 6 de mayo de 1980.

Notas

[1] José Bianco. *Sobre María Luisa Bombal. Ficción y reflexión*. México: Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 241. <<

[2] «María Luisa Bombal quiso ser actriz, vivió en el sur y escribe novelas», *Ercilla*, 17 de enero de 1940. <<

[3] «María Luisa Bombal», *El Mercurio*, 7 de enero de 1975. <<

[4] Agata Gligo. *María Luisa*. Santiago, Chile: Editorial Andrés Bello, 1984. <<

[5] En uno de sus ensayos sobre la mujer publicados por Gertrudis Gómez de Avellaneda en *Álbum cubano de lo bueno y lo bello* (La Habana, 1860), la escritora asevera: «Si la mujer —a pesar de esto y otros brillantes indicios de capacidad científica— aún sigue proscrita del templo de los conocimientos profundos, no se crea tampoco que data de muchos siglos su aceptación en el campo literario y artístico. ¡Ah!, ¡no! También ese terreno le ha sido disputado palmo a palmo por el exclusivismo varonil, y aún hoy día se la mira en él como intrusa y usurpadora, tratándosela, en consecuencia, con cierta ojeriza y desconfianza, que se echa de ver en el alejamiento en que se la mantiene de las academias *si barbudas*». Gómez de Avellaneda se estaba refiriendo al hecho de que, pese a su vasta obra, la Academia Española de la Lengua no había aceptado que ella ingresara por ser mujer. <<

[6] Victoria Ocampo. *La mujer y su expresión*, *Sur*, Año V, N.º 11 (agosto 1935), p. 36

<<

[7] Al respecto es importante señalar que sólo en estos últimos años, la crítica feminista comienza a delinear los hitos de dicha tradición; revaloración crítica que ha permitido nuevos análisis de los textos de escritoras del siglo XIX, tales como Mercedes Cabello de Carbonera, Juana Manuela Gorriti y Soledad Acosta de Samper, mientras, simultáneamente, se estudia toda una corriente testimonial y autobiográfica que se extiende desde la Colonia hasta nuestros días. <<

[8] Gligo. Op., cit., p. 51. <<

[9] Carta personal que la escritora chilena Ana Vásquez me envió desde París en 1985. <<

[10] Consultar la reseña de Ricardo Latcham titulada «*La última niebla*, por María Luisa Bombal» (*La Opinión*, 23 de marzo de 1935) y el ensayo de Amado Alonso «Aparición de una novelista», que fue publicado originalmente en la revista *Nosotros*, vol. I, N.º3 (junio 1936), pp. 241-256. <<

[11] Bernardo Subercaseaux. «Masculino y femenino al comenzar el siglo», *Mapocho*, N.º33, 1993, p. 61. Entre los valiosos datos que presenta en su trabajo, Subercaseaux menciona que en su *Autobiografía*, Pablo de Rokha se refiere a su alejamiento del movimiento modernista y la iniciación de una nueva voz poética, entre 1913 y 1914, que define como la voz de «un animal potente», de «toro y potro». De «macho que está alerta», mientras Huidobro y otros poetas influidos por la poesía francesa le parecen a De Rokha, «degenerados», «cobardes» y «afeminados». <<

[12] A causa de la conquista, el donjuanismo español, dadas las nuevas circunstancias, se transformó en el continente americano en un machismo que aún en la década de los sesenta establecía una íntima conexión entre caudillaje político y conquista amorosa. <<

[13] «María Luisa Bombal: Siempre postergada», *Ercilla*, N.º2251, 20 de septiembre de 1978, p. 52. <<

[14] Lucía Piossek Prebisch, *La mujer y la filosofía*. *Sur*, N.º 326-328 (septiembre 1970 - junio 1971), pp. 95-101. La experiencia del embarazo posee importantes implicaciones éticas y filosóficas, no sólo porque anula la dicotomía falocéntrica establecida entre Sujeto y Otro, difuminando, de esta manera, toda noción de poder y jerarquía, sino también porque ofrece las alternativas de la reciprocidad en lo que Luce Irigaray ha denominado la «economía de la placenta». <<

[15] Un análisis de este aspecto se encuentra en el interesante libro de Rosalind Coward titulado *Patriarchal Precedents: Sexuality and Social Relations* (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1983). <<

[16] Para una discusión y reelaboración de este concepto de Freud, se puede consultar el artículo de Jacques Lacan titulado «La significación del falo» incluido en sus *Escritos*, vol. I, México: Siglo XXI, 1971, pp. 279-289. <<

[17] Para un análisis detallado de la representación de la sexualidad femenina en la obra de María Luisa Bombal y otras autoras coetáneas, se puede consultar mi ensayo «Invasión a los cuarteles del silencio: Estrategias del discurso de la sexualidad en la novela de la mujer latinoamericana» por aparecer en el volumen de la revista *Inti* dedicado a la crítica feminista hispanoamericana. <<

[18] Simone de Beauvoir. *The Second Sex*. Nueva York: Vintage Books Editions, 1974, p. 713. (La traducción es mía). <<

[19] De acuerdo al Proceso N.º 32 400, fs. 56, citado por Agata Gligo. <<

[20] De acuerdo al Proceso N.º 32 400, fs. 57. <<

[21] *Ibíd.* <<

[22] En mi libro titulado *La mujer fragmentada: Historias de un signo*, (Editorial Cuarto Propio, 1995), hago un análisis de estas elaboraciones desde la escolástica hasta el pensamiento posmoderno. <<

[23] En *Washington, ciudad de las ardillas*, María Luisa Bombal vuelve a utilizar el discurso enciclopédico como símbolo del conocimiento racionalizador. Inicia esta crónica poética diciendo: «ARDILLA: mamífero roedor, de pelo rojizo y cola muy poblada. Así define el *Pequeño Larousse Ilustrado* a las ardillas. Me imagino que un hombre serio, un ensayista, por ejemplo, basándose en aquel axioma sería capaz de especificar en un artículo que las ardillas de América no tienen el pelaje rojizo, sino plomo —en el Canadá, a menudo negro—, y entraría luego a sostener la tesis de que las ardillas fueron traídas de Europa junto con el caballo. Entonces se complacería en una larga demostración tendiente a probar la evolución de todo lo europeo en América, desde el hombre hasta el vegetal». Le sigue a este primer párrafo, lo que la autora denomina «divagación» acerca de las ardillas, ofreciendo así un contratexto del discurso positivista. <<

[24] Este dato está incluido en un artículo de Manuel Peña Muñoz titulado *María Luisa Bombal: Tres cartas y un prólogo* (Revista *Mapocho* N.º38, 2.º semestre, 1995). <<

[25] En 1922, Freud escribió un breve texto titulado *La cabeza de Medusa* y que sólo se publicó póstumamente en 1940. Este texto está incluido en la antología *Sexuality and the Psychology of Love*, editada por Philip Rieff (Nueva York: MacMillan Publishing Co. Inc., 1963, pp. 212-213). <<

[26] Ricardo Gutiérrez Mouat. «Construcción y represión del deseo en las novelas de María Luisa Bombal», incluido en *María Luisa Bombal: Apreciaciones críticas*, editado por Marjorie Agosín, Elena Gascón-Vera y Joy Renjilian-Burgy (Tempe, Arizona: Bilingual Press/Editorial Bilingüe, 1987, p. 105). <<

[27] Para un análisis más amplio de este aspecto, se puede consultar mi ensayo «La marginalidad subversiva del deseo en *La última niebla*», de María Luisa Bombal, *Hispanamérica*, año XXI, N.º62. 1992, pp. 53-63. <<

[28] Carta personal que me envió Blanca Bombal el 17 de marzo de 1981. <<

[29] Sara Vial. «Testimonios: Las ardillas de María Luisa Bombal», *Las últimas noticias*, 6 de agosto de 1978, p. 4. <<

[30] Este texto fue entregado por la autora a Marjorie Agosín, quien afirma que los personajes al igual que el diálogo carecen de profundidad y desarrollo dramático. («Conflictos y resoluciones parciales en *Believe Me Love* de María Luisa Bombal», *Chasqui* 9 (1), noviembre 1979, pp. 76-78). <<

[31] A su muerte, este baúl quedó a cargo de Carlos Bombal, para que se lo entregara personalmente a su hija Brigitte de Saint Phalle. Ella no ha viajado a Chile a recoger su contenido. <<

[32] Enviadas por el autor a Richard Cunningham y Lucía Guerra para la traducción al inglés de la obra de María Luisa Bombal (*New Islands*. Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 1982). <<

[33] Novela publicada por primera vez en 1934 por Editorial Colombo, en Buenos Aires, bajo la dirección de Oliverio Girondo. <<

[34] Publicada por primera vez en la revista *Norte*, N.º 10, agosto 1946, pp. 34-35 y 48-54. <<

[35] Publicado por primera vez en la revista *Sur*, N.º53, febrero 1939, pp. 13-34. <<

[36] Publicado por primera vez en la revista *Saber Vivir*, N.º2. Buenos Aires, 1940, pp. 36-37. <<

[37] Publicado por primera vez en la edición de *La última niebla*, realizada por Editorial Nascimento, en Santiago, el año 1944. <<

[38] Crónica poética publicada en revista *Saber vivir*, N.º1, Buenos Aires, 1940, pp. 34-35. <<

[39] Se publicó en revista *Sur*, N.º106, Buenos Aires, septiembre de 1934, pp. 28-35.

<<

[40] Se publicó por primera vez en revista *Viña del Mar*, N.º 7, enero 1960, pp. 8-12.

<<

[41] Se publicó en la revista *Sur*, N.º 53, Buenos Aires, febrero 1939, pp. 78-80. <<

[42] Entrevista publicada en *La Nación*, Buenos Aires, el 8 de octubre de 1939, p. 3.

<<

[43] En Buenos Aires, 1973. <<

[44] Discurso pronunciado por María Luisa Bombal al recibir el Premio de la Academia Chilena de la Lengua que le fue otorgado el 22 de septiembre de 1977. <<